La TRAICIÓN de Natalie Hargrove

LAUREN KA) Lectulandia

Natalie es, con diferencia, la más hermosa y la más perfecta candidata a convertirse en la reina del baile de este año. O eso considera ella. Su vida parece un sueño y su novio Mike es el acompañante ideal. Ha trabajado con esmero, ha cuidado todos los detalles y no va a permitir que nadie ponga en peligro su nombramiento. Ni siquiera Justin, ese odioso chico por el que ya no siente nada. Sin embargo, un trágico accidente dejará al descubierto algunos secretos del pasado que cambiarán su vida para siempre. Y es que nadie puede engañar al destino...

Lectulandia

Lauren Kate

La traición de Natalie Hargrove

ePUB v1.0 Chris07dx 24.09.13

más libros en lectulandia.com

Título original: The betrayal of Natalie Hargrove

Lauren Kate, 2009

Traducción: Mercedes Núñez Salazar-Alonso

Diseño portada: Beatriz Tobar

ePub base v2.1

Para Jason, cómplice

Prólogo



Hubo un tiempo en que no sabías nada.

No tenías la culpa, solo eras una niña. Y al crecer donde creciste, casi todo el mundo daba por sentado que, a la larga, era lo mejor. Cuanto más tardaba una chica sureña, provinciana, en comprender los anticuados hábitos de su entorno, mejor para los demás.

En aquel entonces, tus mayores preocupaciones consistían en que no te pillaran robando un paquete de chicles Juicy Fruit en la tienda de la esquina... Ah, y en sobrevivir a la primaria con un mínimo de espíritu.

El peligro era innegable. ¿Te acuerdas del uniforme? ¿De la falda plisada color verde guisante que llegaba hasta media pantorrilla? ¿Te acuerdas de los adultos, tus modelos de conducta? De la primera a la última, tus profesoras pertenecían a esa clase de mujer que viste ropa interior desvaída, le hace falta depilarse el bigote y a quien no le han echado un polvo en su vida. Necesitabas toda tu energía para mantenerte despierta mientras, un curso detrás de otro, se colocaban junto a la pizarra y recitaban de corrido las emocionantes insignificancias del estado de la unión donde residías.

«Carolina del Sur —anotabas—. Octavo estado en ratificar la Constitución de los Estados Unidos. Patria del árbol del palmetto, el reyezuelo listado, el jazmín amarillo, el arribista embaucador...». Un momento, eso último no entraba en el examen (al menos, por ahora).

Si, por poco que fuera, te parecías a Natalie Hargrove, te importaba un bledo aprobar o suspender el examen sorpresa de la semana. Pero lo que no te explican en los estados sureños es que algún día, con el transcurso del tiempo, algo tan inofensivo como el árbol representativo de Carolina del Sur puede convertirse en un asunto de vida o muerte.

Capítulo I

Algo malo viene por el camino



Era la semana más importante de mi vida. Quedaban diez minutos para que sonara el timbre. Me había colocado tras la puerta del baño de chicas de cuarto de secundaria y estaba perfeccionando una de mis destrezas favoritas, aunque eso de «escuchar a escondidas» suena fatal. Más que nada porque, en mi caso, se me da estupendamente. Admítelo: el truco del móvil pegado a la oreja, el sofisticado gesto de concentración en el semblante... A la primera te convencía de que solo estaba escuchando un mensaje nocturno de Mike, o revisando los preparativos para la fiesta que Rex Freeman organizaba el fin de semana con motivo del carnaval Mardi Gras. ¿Verdad que te convencía?

Y es que en el instituto Palmetto las cosas nunca eran lo que parecían. Cualquier bicho viviente sabía que las chicas de cuarto —también conocidas como «las bambis»— eran los juguetes preferidos de los alumnos de último curso. Las pocas chicas del instituto que teníamos la suerte de haber nacido inteligentes habíamos averiguado que las sesiones matinales de belleza de las bambis eran terreno fértil para escuchar a escondidas. El fisgoneo en el baño de las de cuarto curso era meramente preventivo, para mantenerse al tanto.

A través de la puerta, entre los siniestros estallidos de los truenos procedentes de la tormenta que rugía en el exterior, distinguí el gimoteo de una bambi:

—¿No os parece injusto que haga un tiempo tan espantoso?

El mes de febrero en Charleston era especialmente impredecible. Grandes nubarrones negros llevaban rondando toda la mañana, amenazando con descargar en cualquier momento y calarnos hasta los huesos.

- —Es como una maldición de Dios para que el pelo se nos ponga todo encrespado esta noche, en el partido —convino su amiga, otra bambi—. ¡Eh! ¿Quién me ha quitado el corrector?
- —Cariño —intervino una tercera bambi con su acento sureño—. Las campanas de fiesta de la semana que viene están demasiado lejos para que ya empecéis a poneros en plan diosas. Pásame el acondicionador.

¡Dios mío! Aquellas chicas eran unas plastas. Si quería enterarme de algo a través

de ellas (es decir: a quién pensaban dar su voto los de segundo de bachillerato en las ansiadas elecciones a Palmetto Court, o Corte del Palmetto, la semana siguiente), no tenía más remedio que entrar en el baño. Cerré el móvil de un golpe y dediqué mi sonrisa más teatral al grupo de actores aficionados partidarios del amor libre que pasaron junto a mí por el pasillo. Luego, furtivamente, atravesé el umbral del cuarto de baño.

Una vez en el interior de Bambilandia, elevé las cejas, fruncí los labios y me introduje en una nube de laca para el pelo de aroma a naranja con objeto de abrirme paso hasta el espejo.

—Chicas de cuarto —espeté—. A un lado.

Tras un coro de «Hola, Natalie» y «Perdona, Natalie», las bambis cerraron el pico y se retiraron. Toda conversación sobre las nubes de tormenta y el subsiguiente encrespado de pelo pareció quedar olvidada.

Hasta la propia Kate Richards, cabecilla del grupo y la menos censurable del conjunto, soltó sus tenacillas de rizar y se apartó. Kate se había ganado mi admiración durante su novatada en tercero de secundaria, el año anterior, cuando una alumna de último curso le había entregado unas tijeras y le había pedido que rindiera respeto sacrificando sus tirabuzones, que le llegaban hasta la cintura. La mitad de mi clase aún no se había repuesto del espectacular desafío por parte de Kate, quien se marchó hecha una furia negándose a pagar su novatada aunque, personalmente, me veía obligada a respetar a una chica con tal coraje.

Aquella mañana Kate sabía —al igual que sabían todas las demás— que no era corriente el hecho de que una alumna de segundo de bachillerato se adentrase en territorio bambi para retocarse. De un solo gesto, se colocó en el pliegue del codo los estuches de maquillaje de toda su camarilla y me dejó un espacio libre en la encimera. Le di las gracias con un guiño y ella me hizo otro guiño en respuesta, al tiempo que se echaba hacia atrás la parte rizada de su ya legendaria melena de color miel. Con aire despreocupado, solté mi neceser con las pinturas. Eché una ojeada al espejo. El cabello, moreno, me caía suavemente sobre los hombros, otorgando brillo a mis ojos marrón oscuro. Mi piel era suave y tersa. Pero justo en mitad de la frente me descubrí una fastidiosa línea que denotaba preocupación. Respiré hondo de nuevo y saqué mi rizador de pestañas.

A través del ojo que no estaba atrapado en lo que Mike denominaba «aparato de tortura medieval» inspeccioné el efecto que mi presencia había causado en la escena, ahora silenciosa.

—¿Qué pasa, chicas? —pregunté, dando la espalda a Kate de manera que supiera que no me refería a ella—. ¿Es que Nat os ha comido la lengua, o qué?

Steph Merritt, la típica alumna de cuarto rubia de bote, se miró los pies y balbuceó:

—Verás, Nat, estábamos comentando que nos encantan tus carteles para Palmetto Court.

—¿Ah, sí?

Las ventanas de la diminuta nariz de Steph se ensancharon a causa de la alarma. Por regla general, yo respetaba las mentiras sin importancia —una chica se ve obligada a hacer ciertas cosas—, pero ese día los falsos halagos de Steph resultaban tan patéticos como su tinte de pelo. Antes de que yo entrara, aquellas chicas habían estado completamente absortas en su pelo estropajoso y su acné. En caso de que los tíos con los que se acostaban hubieran mencionado a quién iban a votar, las bambis, seguramente, serían demasiado estúpidas como para acordarse. En efecto, dormían con su enemigo; pero, a su edad, un jugador de fútbol americano de segundo de bachillerato se confundía con el siguiente.

Me indignaba malgastar el tiempo antes de que sonara el timbre. Una vez que mi máscara de pestañas se hubo secado, supe que tendría que buscar la información en otra parte.

Las alumnas de primero de bachillerato no estaban ni mucho menos tan unidas a los de último curso como las bambis. Las de primero eran apasionadas, sí; pero tendían a un modo de vida alternativo y, por lo general, pasaban el tiempo en los pantanos con forasteros desaliñados que conducían furgonetas surtidas de inhaladores para todo tipo de sustancias.

Aun así, se sabía con certeza que en su cuarto de baño, antes de las clases, ocurrían cosas extrañas. Corrían rumores de que la flor y nata del curso había pronosticado cuándo perdería la virginidad Lanie Dougherty —incluso la hora exacta — y había acertado. Y justo el mes anterior, esas mismas alumnas habían sido las primeras en enterarse del humillante escándalo del desfalco que acabó con la destitución del director Duncan, reemplazado temporalmente por el director Glass, un pringado de marca mayor.

En el espejo situado detrás de mí, Darla Duke se estaba hurgando un enorme grano rojo en la zona T. Créeme cuando te digo que Doble D no me caía mal del todo, porque su padre salía con mi madre. Con la espalda cubierta de acné, la nariz permanentemente quemada por el sol y el escote demasiado visible, la chica era un cardo. Cuando me pilló observando —con las cejas enarcadas a causa del horror—cómo se toqueteaba el grano, de la forma en la que un vegetariano observaría, por ejemplo, una ternilla de cerdo, dejó caer las manos a los costados.

Abrí mi caja de polvos compactos y me di unos toques en la nariz con la borla rosada.

—No te preocupes, Darla —le dije—. Puede que esta tarde haya desaparecido.

Las bambis ahogaron un grito. Era una grosería mencionar los problemas de acné de otra chica, incluso en la intimidad del tocador.

Puse los ojos en blanco.

—Me refiero a la tormenta.

Afuera, rugían los truenos. Largas ramas de sauces llorones golpeaban las ventanas, y las de cuarto gimoteaban y se tiraban del pelo al mismo tiempo. Resultaba embarazoso observar hasta qué punto se indignaban por unos cuantos mechones sin importancia antes de la fiesta previa a un partido. ¿Cómo esperaban aguantar el tipo al cabo de dos años, cuando habría asuntos legítimos sobre los que preocuparse? Solté un suspiro y, de mi mochila color púrpura, saqué mi arma secreta: un bote de brillo para el pelo, gentileza de mi madre. No es que necesitara conseguir votos de aquellas chicas; pero, en su terreno, podías atrapar un montón de moscas con productos para el pelo buenos de verdad.

—¿Me prometéis compartirlo? —pregunté a las de cuarto, al tiempo que agitaba el bote en el aire.

La Reina del Acné alargó las manos como si yo acabara de hilar oro en una rueca.

- —Ay, Dios mío, gracias —Darla parpadeó varias veces—. Nos echaremos un toque cada una.
 - —De acuerdo —repuse yo, encaminándome a la puerta—. Y no os volváis locas.
- —Nat —la voz ronca de Kate destacó entre los gorgoritos de las otras chicas. Tiró de la correa de mi mochila—. Espera un momento.
- —Dime —me giré para enderezar el cuello de su camisa blanca modelo Oxford y ajustarlo bajo el jersey de cachemir rosa pálido.
- —Tracy Lampert quiere verte —anunció, dejando a la vista por un instante el *piercing* en la lengua que apenas enseñaba en el instituto—. Baño de primero de bachillerato —decretó Kate—. Antes del timbre.
- Mmm... Tracy Lampert era la autoproclamada gurú de la clase de primero. Daba audiencia permanente en el cuarto de baño correspondiente a su curso, hasta el punto que había quien se preguntaba si asistía a clase alguna vez.
- —Me va bien —respondí, al tiempo que me preguntaba fugazmente de qué iría el asunto. Tracy y yo éramos colegas, pero no recordaba la última vez que habíamos quedado para vernos—. De todas formas, iba camino a la planta de arriba —añadí, mientras me despedía del resto de las bambis encogiendo los hombros—. Hasta luego, chicas.

Mientras subía las escaleras en dirección al sanctasanctórum de Tracy me sorprendí al descubrir que, de pronto, los pasillos se habían llenado de carteles electorales de mis adversarios, los candidatos a ser elegidos príncipe y princesa de la «Corte» del instituto. Al contemplarlos, solté una carcajada, y no solo porque alguien hubiera convencido a June Rattler para que ampliara una foto suya con la cara roja y las mejillas hinchadas mientras tocaba una tuba, y la utilizara para su cartel de aspirante a princesa del instituto —aunque resultaba divertido y, en cierta forma,

perturbador—. No, me eché a reír porque, por extraño que pudiera parecer, me agradaba darme cuenta de que no era la única estudiante del Palmetto a quien obsesionaba la idea de ostentar la corona.

El instituto al completo parece volverse loco ante la llegada del Palmetto Ball Court, el gran baile anual. Durante un mes, año tras año, los *hippies* olvidan su juramento de reducir las emisiones de dióxido de carbono y se acomodan alrededor de sus hogueras, altas como cometas, mientras elaboran tantos carteles rutilantes como el resto de sus compañeros. Las más golfas empiezan a ponerse ropa interior y regresan a la iglesia para ganar puntos ante los virtuosos jueces que anuncian la decisión final. Por norma general, antiguas princesas convertidas en madres sobornan al instituto con donaciones para nuevas salas en la biblioteca con objeto de asegurar el legado real de sus propios hijos. Hasta los chicos se ponen a dieta a base de salsa de apio picante con el fin de bajar unos kilos antes de posar para las fotos de su campaña.

Sí, los tíos también se lo toman así de en serio. A menos, claro está, que hablemos de mi novio. Le quiero, ¿vale? En serio. Mike y yo, indiscutiblemente, somos la pareja con más posibilidades de éxito del instituto. Lo que pasa es que si todo el mundo en la faz de la tierra consiguiera salirse con la suya prestando tan poca atención a ciertas cosas, como es el caso de Mike... en fin, puede que no existiera una campaña electoral para la elección de la Corte del Palmetto.

Y eso que la campaña es solo el principio. Una vez concluida la votación y anunciados los ganadores, empieza el auténtico reinado del príncipe y la princesa. Alcanzar la «realeza» en el Palmetto significa que te conviertes en un cruce entre embajador de buena voluntad y celebridad del más alto rango. En resumen: has llegado.

Para celebrar la ocasión, el instituto en pleno te dedica una serie de fiestas que se prolongan durante una semana. En primer lugar, la coronación en el club de campo —a la que el príncipe y la princesa acuden en una rutilante carroza—. A continuación, el Día del Jazmín, cuando las chicas lucen en sus vestidos ostentosos ramilletes de la flor característica de Carolina del Sur. También está el célebre vídeo *Camino a Palmetto*, ampliamente distribuido y con fama de haber conseguido que antiguos príncipes y princesas accedieran a las mejores universidades del país. Finalmente, claro está, se celebra el gran baile.

—Dame una cuenta atrás para el baile. ¡Venga! —la voz de Rex Freeman resonó por el pasillo.

Rex, con su pelo rojo rapado y sus bíceps abultados bajo las mangas enrolladas de la camiseta, era mucho más pasota de lo que en ese momento parecía. Por lo general, solo se ponía en plan tirano cuando se trataba de conseguir la cantidad suficiente de barriles de cerveza para sus fiestas. Pero por la expresión de pánico de su larguirucho

ayudante de cuarto de secundaria, Rex se estaba tomando muy en serio su trabajo como comisario electoral del año.

- —¿Es que soy tartamudo, o qué? —ladró Rex al pobre chico—. Te he preguntado que cuántos días quedan.
 - —Eh... quince —gorjeó el chico, retrocediendo hasta chocar contra una taquilla.
- —¿Y cuántos carteles se le permite colgar en las paredes a cada candidato cuando quedan quince días? —vociferó Rex.

Mientras el alumno de cuarto hojeaba frenéticamente un fajo grapado de normas e instrucciones, Rex levantó la vista y me sonrió.

- —Supongo que su número de carteles es conforme al reglamento, señorita bromeó, adoptando el tono provinciano de los agentes de la ley del estado de Carolina mientras me daba un apretón en el hombro.
- —Ay, agente, ya sabe usted que siempre obedezco las reglas —repliqué yo también en broma, correspondiendo a su acento sureño con mi mejor interpretación de damisela en apuros.
- —Pues ya es más de lo que se puede decir de tu novio —Rex hizo una mueca y bajó la vista a sus bíceps—. Creo que voy a necesitar un curandero después del placaje que me ha hecho hoy.

Solté un gruñido y me metí un Juicy Fruit en la boca. Rex y Mike estaban muy unidos desde que, sin querer, ataron juntos los cordones de sus respectivos zapatos cuando estaban en segundo de primaria, de modo que me había acostumbrado a sus chascarrillos. Pero aquella semana no era el mejor momento para sufrir una estúpida lesión en un partido de fútbol americano, desde luego.

Por lo general, me encanta la actitud de Mike en el instituto: alegre y despreocupada, siempre conseguía triunfar. Saltaba a la vista que nos complementábamos. Pero la elección de Mike para la Corte del Palmetto debería haber sido coser y cantar, como ocurría en mi caso. Y lo habría sido si se hubiera esforzado en lo más mínimo. Bueno, y también si no fuera por Justin Balmer.

Me incliné y di unos golpecitos en el fajo de papeles que el lacayo de Rex seguía manoseando.

—En tu lugar, me fijaría en el número de carteles de J.B. —advertí, y me encaminé pasillo abajo.

De todos los carteles pegados en las paredes, seguro que el de Justin era el que más nerviosa me pondría, por lo cual me prometí esquivarlo. Estaba a punto de llegar sin percance al baño de las chicas de primero cuando me topé frente a frente con la encarnación en cartulina de J.B. y me detuve en seco.

En la foto, Justin aparecía bronceado y desnudo de cintura para arriba en uno de los barcos atracados en el muelle privado de su padre, en los alrededores de Folly Beach. De acuerdo, la foto no estaba mal del todo. De hecho, la intensa mirada de sus

ojos verde oscuro estuvo a punto de hacerme dar un traspié. Cuando me incliné hacia delante para mirar más de cerca, caí en la cuenta de que conocía aquel barco. En cierta ocasión había pasado en él una tarde interminable, cuando... Bueno, cuando las cosas eran diferentes.

«Justin Balmer —rezaba el cartel—, destinado a ser príncipe desde hace dieciocho años».

¡Venga ya! ¿Justin, príncipe? Más bien impostor, diría yo. A fuerza de sinsabores, aprendí que J.B. era mucho menos que la suma de sus virtudes sociales. Te costaría encontrar un tramposo de su talla en el Palmetto, que ya es decir. Concentré mi atención en la imagen mientras me preguntaba qué zorra del grupo de las bambis se habría encargado de hacer la fotografía, y cuándo.

—Creía que ya no rendías culto a los ídolos —era Justin. Estaba apoyado en la pared y me sonreía, satisfecho, con esos mismos ojos verdes. Desprendía el olor de siempre: a loción para después del afeitado y a hierba recién cortada.

Señalé el cartel con gesto indiferente.

- —Estaba comprobando si tenías una mancha en el pecho, o un lunar gigante comenté—. Has engordado, ¿no?
- —Bonito pretexto, Nat —respondió en voz baja—. Pero tú y yo ya sabemos todo lo que hay que saber sobre nuestras respectivas y encantadoras imperfecciones —me pasó la mano por la parte baja de la espalda, por dentro de la cinturilla de los vaqueros.

Le empujé contra la taquilla y, acto seguido, me giré en busca de posibles testigos. No quería que nadie me viera pelearme con Justin Balmer a plena luz del día. Por suerte, la única persona que se encontraba en el pasillo era Ari Ang, quien pasó a toda velocidad por nuestro lado llevando en la mano un tazón con un líquido verde.

—No he visto nada —imploró Ang, al tiempo que se cubría sus enormes gafas con el tazón—. Solo voy a clase de Química… —su voz se fue apagando y me giré para encararme con Justin.

Tiempo atrás, nos habríamos reído de la costumbre de Ang de llevar una bebida caliente en la mano permanentemente. Pero ahora lo que me apetecía era escupir en la cara de J.B. el chicle que me acababa de meter en la boca. Aun así, me obligué a tragarme la bilis y esbocé una sonrisa forzada.

—Mmm —ronroneé—. Me encanta que aún te creas que tus... ¿Cómo has dicho antes?... «encantadoras imperfecciones» siguen siendo un secreto — deliberadamente, clavé los ojos en la entrepierna de Justin y luego escupí el chicle, arranqué un pedazo del cartel de Justin y envolví la bola amarilla con el papel—. No te preocupes —proseguí—. Mis labios están sellados. Pero si alguna vez quieres comprobarlo, en serio, prueba a meterte en el blog que las bambis tienen sobre ti, y a

lo mejor dejas de ir por ahí echando polvos sin parar. Esas pibas son implacables. Hasta luego.

- —Nat —me agarró de la muñeca, obligándome a mirarle cara a cara—. Venga ya.
- —¿Venga ya, qué?
- —¿Es que un tío no puede cambiar? —formuló la pregunta en voz tan baja que tuve que inclinarme para oír.

Me quedé allí parada, conociendo la respuesta tan bien como conozco mi propio nombre: no. Pero me faltaron arrestos para contestarle. Al final, opté por apartar la mano de un tirón y esconderme en el baño de las de primero de bachillerato. Una vez dentro, me apoyé contra la puerta para recuperar el aliento. Me pregunté si Justin seguiría al otro lado. Me pregunté si habría algo que yo pudiera hacer para que perdiera los nervios.

—Eh, Tracy —dije, volviendo a encajarme una sonrisa en la cara al ver a las de primero en su círculo esotérico.

Tracy Lampert abandonó su puf azul marino, en un rincón del cuarto de baño. Sus largas trenzas negras oscilaron hacia delante cuando se dirigió a darme un abrazo. Por lo general, soy la primera a quien molesta que, en Charleston, una chica no pueda salir un momento a consultar su buzón de voz sin que a la vuelta le den un abrazo; pero tras mi rifirrafe con Justin en el pasillo no me venía mal un poco de afecto, aunque procediera de la pseudovidente Lampert.

—Nat, ¿te encuentras bien? —preguntó Tracy. Aunque sus proverbiales gafas con cristales azul zafiro le ocultaban los ojos, era como si me mirara fijamente con la voz
—. Tu órbita de energía está muy presente, lo que puede ser positivo o negativo, según…

—Estoy bien —atajé.

Tracy arqueó las cejas, aunque dio el tema por cerrado.

—Siéntate —indicó con voz melodiosa—. Toma un poco de té.

Tracy me sirvió una taza de humeante *chai* de una tetera caliente, situada en el alféizar de la ventana, mientras sus dos ayudantes, Liza Arnold y Portia Stead, tomaban asiento en sus respectivos pufs flanqueando a su líder. Portia se recogió la larga melena en un gigantesco moño rubio mientras que Liza cerró los ojos con aspecto meditabundo. Ahogué una carcajada al tiempo que pensaba que, para cuando aquellas chicas llegaran a segundo de bachillerato, habrían superado aquella fase hasta tal punto que, al mirar atrás, ellas mismas se doblarían de risa. Pero en aquel momento me encontraba en sus dominios, así que me dejé caer sobre el puf que quedaba libre en el círculo.

—Bueno —empezó Tracy, otorgando a la palabra un peso de lo más curioso—. ¿Cómo te va?

Ladeé la cabeza.

—Me va bien —repuse—. ¿Y si hablamos de por qué me has llamado?

Liza abrió los ojos, abandonando su estado de meditación. Echó un vistazo a su reloj y luego le dijo a Tracy:

—Cuéntaselo. Va a sonar el timbre.

Levanté la barbilla.

- —¿Contarme, qué?
- —Vale, iré al grano —respondió Tracy. Su voz experimentó un cambio y dejó paso a su nativo acento sureño, lo que provocaba que el lunar hindú que llevaba en medio de la frente resultara más bien ridículo—. Mi cuñada va a estar en el equipo de recuento de votos para la Corte del Palmetto de este curso —explicó—. Anoche me contó una cosa sobre Justin Balmer. A ver, ya sé que Justin y tú tenéis una historia…

Coloqué una mano en alto.

- —No tenemos ninguna historia, para nada.
- —Lo que tú digas —respondió Tracy—. Salta a la vista que Mike y tú sois muy felices; lo único que digo es que, en mi opinión, deberías saber que este año corren rumores sobre J.B.

Noté que la sangre me teñía las mejillas. Aunque, teóricamente, en las elecciones para la Corte del Palmetto solo votaban los alumnos, todo el mundo sabía que, entre bastidores, la Dirección del instituto, tan virtuosa, tan de derechas, no quitaba ojo a las urnas para cerciorarse de que ningún «indeseable» conseguía la corona.

Tendría que haberme imaginado que J.B. haría una de las suyas para asegurarse de que algún miembro de la mesa electoral le echara un cable. ¿Qué habría hecho? ¿Sobornar a los jueces? A mí también se me había ocurrido, la verdad...

—De acuerdo, ¿a qué contadora de votos llena de arrugas se está follando ese gilipollas? —solté de sopetón.

Las de primero ahogaron un grito, y Tracy se tapó la boca para sofocar la risa.

—No, tesoro, me has entendido mal. Los jueces no tienen precisamente una buena opinión de J.B. —se colocó una trenza por detrás de la oreja—. Entre tú y yo, alguien está intentando que no consiga la corona. Alguna enemistad el verano pasado, creo; no conozco los detalles. Te decía esto porque…

Recuperé el aliento. Hasta me entraron ganas de besar a Tracy.

- —Porque sabes que estaba preocupada por Mike —concluí yo.
- —Exacto —Tracy hizo un gesto de asentimiento—. No hay nada seguro, claro está; pero se me ocurrió que debía informarte. Esa cara de póquer tuya no está nada mal. Aun así, odio ver que a una chica guapa le salen arrugas prematuras en la frente cuando puedo hacer algo por echarle una mano.
- —¿Sabe Justin que le están poniendo la zancadilla? —pregunté, tratando de alisarme la frente sin que se notara demasiado.

Pero antes de que Tracy pudiera responder, un trueno de dimensiones

apocalípticas estalló en el exterior. Todas las chicas se apiñaron junto a la ventana para mirar.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Liza, contemplando lo que se iba convirtiendo por momentos en una tormenta de granizo monumental—. Nos dejamos las pancartas en el aparcamiento. ¡Están pintadas con témpera! ¡Se van a borrar!

Al instante, el baño de primero de bachillerato se movilizó. Supuse que los *hippies* no siempre podían estar en paz con el clima. Las chicas empezaron a chocarse entre sí para guardar sus botes de aceite corporal en sus neceseres de cáñamo y proteger de los elementos sus pancartas representativas del espíritu de primero.

Antes de salir, Tracy me agarró por el codo.

—J.B. no sabe nada de esto —advirtió—. Mejor será que lo dejemos así, ¿me entiendes?

A continuación, ella y sus amigas se dispersaron, trasladando al exterior su propia tempestad. La única señal de vida en el baño vacío era el movimiento de la puerta de vaivén que daba al pasillo. La puerta de vaivén con la cara de J.B. pegada a la madera.

«¿Es que un tío no puede cambiar?».

La pregunta seguía resonando en mis oídos. Pero ya la había escuchado demasiadas veces. Así que me planté frente al cartel medio arrancado y pasé la mano por encima de su cara, como hacen en las películas para cerrar los ojos de los muertos.

Luego, mirando a ambos lados del pasillo desierto, arranqué el cartel de la puerta, lo doblé por la mitad cuidadosamente y lo arrojé a la papelera de reciclaje de primero de bachillerato. Al fin y al cabo, mi curso de primero no quedaba tan lejano como para haberme olvidado de cómo se practicaba el vudú.

Capítulo II

El brío de mi lengua



—He tenido un día asqueroso —comenté aquella tarde mientras me descolgaba la mochila púrpura del hombro y la arrojaba sobre el asiento bajo el ventanal, en la habitación de Mike.

Él estaba de pie, junto a la puerta, retorciendo su sudadera de fútbol empapada por la lluvia, y cuando empecé a quitarme mis vaqueros mojados —lo bastante despacio para que pudiera disfrutar del espectáculo— vi que su reflejo en el cristal se tensaba en señal de atención.

- —Defíneme «asqueroso» —indicó, dando un paso en mi dirección. La habitación estaba a oscuras, con la excepción del cálido resplandor de la lámpara de la mesilla de noche y la difusa luz blanca que entraba por la ventana desde el club de golf de más abajo. Mike recorrió mi pierna de un extremo a otro con el dorso de la mano y me dedicó una media sonrisa seductora—. ¿Asqueroso en plan intoxicación en un bar de mala muerte, o peor aún que el asqueroso día de ayer?
- —Te burlas de mí —protesté con un gemido, apartándome de él para contemplar la hierba recién cortada del hoyo trece y la frondosa hilera de árboles que rodeaba el límite del campo de golf. Condensaciones de nubes verdosas se agitaban en lo alto, dispuestas a convertirse en lluvia de un momento a otro.
- —Estás demasiado vestida para tomarte en serio —replicó Mike, haciendo que mi atención regresara al dormitorio y, mi cuerpo, junto al suyo. Dio un tirón a la ceñida camiseta de cuello vuelto negro que aún no me había quitado—. ¿No fuiste tú quien estableció la norma? —bromeó al tiempo que me besaba en el cuello entre palabra y palabra—. La verdad. Desnuda. Y absoluta.

Puse los ojos en blanco, pero también sonreí a medida que me sacaba la camiseta por la cabeza. Hacía frío en la habitación, y noté que en los brazos se me ponía la piel de gallina. Me estiré en sentido diagonal sobre la gigantesca cama de agua con el conjunto negro de ropa interior que me daba suerte y luego giré sobre el estómago de manera que Mike tuviera que pasar por encima de mí para encontrar espacio.

—La verdad, luego —dije, señalándome el cuello—. El masaje, ahora. Tengo una contracción del tamaño del estado de Georgia... Sí, ahí.

Mike, que se había quedado en calzoncillos de cuadros estilo *boxer*, se colocó sobre mí y adoptó la postura de masajista. Cerré los ojos y, por primera vez en todo el día, pude respirar en condiciones.

Después de enterarme por Tracy de lo cerca que estábamos de la victoria, no pude parar quieta en las clases, cada vez más ansiosa por urdir un plan que nos asegurara el triunfo; hasta el momento, era lo único en lo que podía pensar. Pero al sentir las manos de Mike en el cuello, tan enérgicas, tan poderosas, me olvidé de todo lo demás.

Me vino a la memoria la primera vez que vi sus manos: fuertes, bronceadas, agarrando un bate de béisbol; toda una presencia que considerar. Y es que el dormitorio de Mike daba al exclusivo club de golf Scot's Glen, donde los chicos del otro lado de la ciudad — el lado malo de la ciudad — lo pasaban en grande al colarse a escondidas en el campo para lanzar pelotas de golf a las mansiones de alrededor. Típico de adolescentes, ya lo sé; pero es que en el lado del puente que daba a Cawdor no había gran cosa con que entretener a los críos acostumbrados a vivir en un camping para caravanas. Parte de la diversión consistía en que los chicos ricos guardaban arsenales junto a sus puertas traseras para ahuyentar a los vandálicos pobres.

Por descontado, yo había pasado buenos ratos con esos mismos malotes, carne de reformatorio, que solían tener nombres como Junior Junior. Mi antigua amiga Sarah Lutsky decía que no había nada que diera más emoción a un romance de clase baja que un altercado con la ley. Pero alrededor de la época en la que conocí a Mike ya me había decidido por hacer borrón y cuenta nueva.

Era el quince de septiembre, tercero de secundaria, y me había cambiado al Palmetto. Mi madre se acababa de volver a casar, *otra vez*, consiguiendo por fin la meta de su vida: trasladarnos al lado bueno del puente y, por lo tanto, al distrito escolar del instituto Palmetto. Así que cuando mi pelota de golf atravesó la ventana del dormitorio de Mike fue —por una vez— de manera accidental y, ni que decir tiene, supuso el fin de mi fugaz trayectoria como golfista.

Ahora parece una locura, pero nunca olvidaré que, cuando Mike salió de su casa agitando el bate de béisbol, con unos pantalones cortos de color caqui recién planchados, desnudo de cintura para arriba, mi primer instinto fue echar a correr. Ante la posibilidad de que te pillaran in fraganti, Sarah siempre había dicho: «Cuando la cosa se pone fea, vuelve nadando a casa».

—¡Eh, espera! —había gritado Mike mientras salía corriendo detrás de mí—. No te vayas, creí que eras… otra persona.

Me quedé paralizada junto a su piscina, con mi polo de golf recién estrenado y mi minifalda blanca plisada —regalo de mi padrastro y lo más caro que había tenido jamás—. En ese momento caí en la cuenta, por primera vez en mi vida, de que me

había ganado el derecho a estar allí. Solo tenía que aceptarlo.

Mike aún desconocía lo mucho que aquel primer encuentro me había influido. Le gustaba pensar que el momento en que nos lo montamos junto al cobertizo de la piscina era lo que me hacía recordar aquel día con tanto afecto, e insistía en celebrar el aniversario un mes tras otro. Ahora llevábamos más de tres años saliendo en plan serio (bastante más de lo que duró el tercer matrimonio de mi madre). Llegado ese punto, en lo tocante a ciertos aspectos de mi pasado, todo ese asunto de «la verdad desnuda y absoluta» no tenía por qué cumplirse a rajatabla.

Mientras Mike se afanaba en masajearme el cuello, noté que me iba hundiendo cada vez más en un estado de relajación y solté un suspiro de felicidad.

—Eh, conozco ese sonido —Mike se inclinó sobre mi oreja para susurrarme—: Te estás quedando dormida. Ten en cuenta que no eres la única persona en el mundo que necesita aliviar la tensión después de las clases.

Mis ojos se abrieron como movidos por un resorte y me incorporé sobre la cama de agua, provocando que oscilara.

- —¿Es que también te preocupa lo de las votaciones? —pregunté con voz acelerada—. Pensaba que era la única; pero hoy habrás visto los carteles, claro. ¿Crees que hemos puesto suficientes? ¿Crees que salimos mejor que todos los demás?
- —No es que quiera estropear el momento —bromeó Mike. Frotó una mano en mi costado—. Solo me refería a que no me vendría mal un poco de… ejem… alivio para el estrés… No sé si captas la indirecta.
- —Ah —respondí, alargando el brazo hacia el borde de la cama en busca de mi bolsa para meterme un chicle Juicy Fruit en la boca—. Eso.
 - —Sí —repuso Mike—. *Eso*. No te veo muy emocionada.

Cuando le miré a los ojos, me di cuenta de lo estúpido de mi respuesta. No era esa mi intención. Al estar tan pegada a su cuerpo siempre sentía la necesidad de arrancarle la ropa a tirones. No es que ya no fuera así; es que no me podía quitar la Corte del Palmetto de la cabeza.

—Lo siento, cielo —me disculpé, ocultando la cara en su pecho—. No hablaba en serio. Sabes que me vuelves loca —empecé a besarle hasta llegar a su estómago, lo que siempre le dejaba paralizado. Levanté la vista justo por encima de sus calzoncillos para mirarle cara a cara—. Lo que pasa es que quiero que todo el instituto se muera de ganas, tanto como yo, de que seas su príncipe.

Mike soltó un gemido y me acarició la cabeza.

—Me conformo con tu respaldo, no necesito más.

Introduje los pulgares por la cinturilla de los calzoncillos y chasqueé la lengua.

—Oh, oh. No es suficiente. Sabes que quiero celebrar nuestro estatus... con coronas.

- —¿Por qué? —susurró—. ¿De qué estatus hablas? ¿A quién le importa otra cosa que no seamos tú y yo? —tiró de mí hacia arriba, y noté que nuestros cuerpos encajaban con la naturalidad de siempre. Tuve que hacer un esfuerzo para apartarme de él.
 - —Me importa a *mí*.
- —Nat —suspiró Mike. Se incorporó y se alisó el pelo con los dedos—. Ya sé que llevas haciéndote ilusiones sobre que nos coronen a los dos desde que empezamos a salir, prácticamente; pero también entenderás que existe una vida aparte de la Corte del Palmetto, ¿verdad?

Mike me dedicó la sonrisa que siempre me dedicaba cuando empezaba a entusiasmarme. Sus ojos marrones estaban entrecerrados y el cabello oscuro, ondulado, le caía sobre la frente. Tenía que recordarle a Binky, la ama de llaves de la familia, que habría que cortarle el pelo a Mike en unos tres... no, en cuatro o cinco días, aunque por el momento le quedaba bastante mono.

Aun así, la monería no iba a conseguirnos nada en aquella etapa de nuestra vida. ¿Por qué era yo la única persona en la habitación que parecía ser consciente de ello? En momentos como aquel me daba cuenta de que Mike no entendía el concepto de trabajar por algo. Era como si, en caso de no tenerlo ya, o no poder lograrlo con sus encantos, no le interesara. A veces me preguntaba si siquiera era capaz de *desear* algo que costara conseguir.

Ahora se inclinó para besarme, pero le detuve, empujándole el pecho con dos dedos. Estaba a unos centímetros de mi boca.

—Si Justin Balmer te arrebata la corona, me muero —declaré.

Mike suspiró y se desplomó en la cama.

- —No quiero volver a hablar de J.B. —afirmó. Clavó la vista en los adhesivos fosforescentes del sistema solar que había pegado en el techo en la época en la que empezamos a salir, en la época en la que los sueños de la corona del instituto parecían tan lejanos como las estrellas del firmamento.
- —Es increíble lo poco que te importa que a mí me importe tanto este asunto —di un puñetazo en la cama, provocando aún más olas. Luego, me agarré el puño con la otra mano para mantenerme quieta—. Por cierto, ¿has encargado ya mi ramillete de jazmín?

Nota: en caso de que estés leyendo esto en otro planeta, el jazmín no es solo la flor característica de Carolina del Sur; también es la que se elige, desde tiempo inmemorial, para el ramillete que lucen las chicas del Palmetto en los bailes del instituto. Por descontado, con el transcurso de los años, la tendencia a la horterada — tan propia de los estados del Sur— se infiltró en la antigua tradición y, hoy día, el ramillete de jazmín se ha convertido en el pariente lejano y nuevo rico del broche original.

En los viejos tiempos, los chicos se limitaban a recoger unos puñados de jazmín silvestre y sujetarlos con un imperdible. Pero el ramillete de hoy en día solo puede encargarse en la exclusiva floristería Duke of Jessamines, y las flores tienen el aspecto de estar montadas sobre asteroides. Son de seda, del tamaño aproximado de un disco volador y están decoradas con todos los pitos y campanas (y lazos y pegatinas y chapas con fotos y emblemas del instituto; hasta puedo jurar que el año pasado vi uno que se iluminaba y reproducía música) que tu pareja se pueda permitir.

Los chicos los encargan con semanas de antelación, y las chicas llevan puesto el ramillete al instituto el día anterior al baile. Es la única vez del año en que ves a las animadoras con pantalones de peto —la tela vaquera es la que mejor sujeta el peso—. El Día del Jazmín se ha convertido en un acontecimiento de tal importancia que, si tienes la mala suerte de que nadie te pida acompañarlo al baile, sencillamente, llamas diciendo que estás enferma. Mejor mentir que presentarse sin flores.

Es muy fuerte, ya lo sé. La gente de Duke of Jessamines tiene incluso que contratar empleados temporales para la confección de ramilletes en esta época del año. Y así fue como mi madre consiguió su empleo actual, y su actual benefactor... quiero decir, novio.

- —¿Nat? —Mike me acarició el pómulo con el pulgar, interrumpiendo mis pensamientos—. Te he dicho que lo voy a encargar mañana.
- —¡MIKE! —pegué un bote, horrorizada. Elegir el ramillete perfecto era la mayor demostración de compromiso que un chico podía dedicar en público a su novia—. ¡El baile es dentro de una semana! Sabes que siempre se agotan las mejores flores.

Mike me rodeó con su pierna. De nuevo, intentó besarme; pero escondí los labios y los fruncí.

—¿Es que te he fallado alguna vez? —preguntó.

Crucé los brazos, sin estar segura de que mi rabieta fuera en serio o en broma.

- —Por el momento, no —respondí.
- —Nunca te voy a fallar —prometió él.
- —Me lo creeré cuando ganes a J.B. en las elecciones para príncipe.

Mike puso los ojos en blanco y esbozó una sonrisa.

—Tu obstinación resulta de lo más sexy. Pero ya te lo he dicho, ahora me llevo bien con Balmer. Me ha enseñado su disfraz para la fiesta del fin de semana.

Ay, Dios mío, con tantas emociones se me había olvidado por completo la alocada fiesta de carnaval de Rex Freeman.

Era la única vez del año en la que todos los alumnos del Palmetto —con excepción de los monitores de grupo más puritanos— se desmelenaban y hacían toda clase de locuras. Aquel fin de semana, las chicas se pondrían las típicas máscaras con plumas y velo; pero yo estaba decidida a presentarme con algo que resaltara entre el gentío de aspirantes a prostitutas. Los chicos llevarían sombreros panamá, petacas en

la americana y camisa ajustada apenas sin abrochar. Con frecuencia, acababan teniendo un aspecto más escandaloso que sus compañeras.

Me encantaba elegir nuestros disfraces cada año; pero, en realidad, lo que más me gustaba de Mardi Gras era que, a la mañana siguiente, en la iglesia, veía a todas las chicas recién duchadas, tan modositas, cuando aún las recordaba enseñando los pechos para conseguir collares, según la costumbre del Mardi Gras de Nueva Orleáns. Era una ocasión que esperaba con impaciencia año tras año pero, aquel día en particular, la idea de la fiesta de Rex se convertía en otro asunto más del que encargarse.

- —¿Y qué? —pregunté a Mike con tono malhumorado—. ¿J.B. y tú estuvisteis intercambiando collares de Mardi Gras en el cuarto de baño? —previamente, Mike y yo habíamos acordado que nuestros disfraces serían una sorpresa hasta que nos presentáramos en la fiesta.
- —Claro que no —Mike se encogió de hombros—. Solo me enseñó lo que va a llevar. El muy tonto se va a poner una boa de plumas. Te partes.
- —Lo dudo —repliqué. La imagen de J.B. avanzando a traspiés, borracho, con una boa de plumas rosa fucsia no me seducía en lo más mínimo, a menos que dicha boa de plumas sirviera para humillarle y/o aniquilarle en público.

Entonces, Mike me puso el pulgar en los labios.

—¡Eh! —dijo con suavidad—. Si prometo conseguirte un ramillete que deje por los suelos a todos los demás, ¿me darás un beso?

Me incliné hacia él y traté de calibrar la expresión de sus ojos. Parecía totalmente sincero. Me pregunté si su opinión cambiaría en caso de que le contara unos cuantos detalles desagradables sobre J.B. Aunque, claro, supondría divulgar cierta información acerca de mi pasado que me había encargado de desterrar a lo más recóndito de mi mente; pero, a veces, la situación se vuelve desesperada.

—Venga —insistió con tono cariñoso—. Bésame.

Tiré de Mike hacia mí de manera que nuestros labios apenas se rozaban cuando tomé la palabra.

—Si te beso, ¿me prometes ocultarle tu disfraz a J.B. hasta el sábado por la noche?

Mike frunció el entrecejo de la manera que hacía cuando, aun sin entender mi lógica, se fiaba de mí lo bastante como para no ponerla en cuestión. Sus poderosas manos me rodearon y apretó sus labios contra los míos. Me separó la boca con la lengua y, al entregarme a él, percibí dentro de mí una fuerza desconocida hasta entonces.

Capítulo III

El mejor de los asesinos



Cuando salgas con un miembro de la alta sociedad de los estados sureños, no te olvides de llevar contigo ropa de repuesto.

Está el conjunto informal (biquini estilo triángulo y camisola negra transparente) que llevas a la villa de tu novio, a la orilla de la bahía, para el recorrido nocturno en su lancha fueraborda de última generación... Después, el vestido tipo polo de piqué de algodón lila y la impecable chaqueta blanca de punto que metes en la bolsa por si acaso sus aristocráticos padres se presentan inesperadamente a cenar... una vez más.

- —¡Adivina quién ha llegado! —gorjeó Diana King mientras entraba en la residencia de vacaciones de la familia. Escuché el *bum* de su bolsa de viaje de cocodrilo al aterrizar en la alfombra persa que ocupaba el centro del gigantesco vestíbulo. Acto seguido, oí el repiqueteo de sus tacones de aguja sobre el mármol tornasolado a medida que iba derecha a las escaleras, hacia la puerta de los aposentos de su hijo menor, en la que, evidentemente, se negaría a llamar.
- —Hora de marcharse —anuncié con un gruñido mientras rodaba sobre el edredón azul marino para separarme de Mike. Estaba claro que la recién llegada se plantaría ahí arriba, a husmear, antes de que su hijo pudiera reponerse del esfuerzo al que yo le acababa de someter.
- —Continuará —indicó Mike al tiempo que, con los labios, tiraba del lóbulo de mi oreja—. Hola, mamá —dijo elevando la voz a medida que atravesaba el dormitorio para hurgar en la cómoda de caoba de estilo náutico en busca de algo que ponerse.

Me las arreglé para encerrar mi persona, escasa de ropa, en el cuarto de baño de Mike (equipado con *jacuzzi*) una milésima de segundo antes de que Diana llegase a la habitación. Cuando se detuvo en el umbral, me llegó el olor de su perfume característico. Y por el frenético murmullo que procedía de la habitación de al lado, daba la impresión de que Mike todavía estaba forcejeando para enfundarse la camisa. Perfecto. Como si Diana necesitara más munición todavía para portarse conmigo como una reina de hielo.

—No sabía que ibais a venir de fin de semana —comentó Mike con tono agradable, seguramente enderezándose para dar a su madre los dos besos en las

mejillas que ella siempre exigía—. ¿Qué se celebra?

—*Tch*, *tch* —escuché decir a Diana, y me vino a la memoria el comentario chistoso de mi madre acerca de la irritante costumbre que tienen las clases altas de hablar con onomatopeyas, «¡Cómo si no les llegara el dinero para comprar unas cuantas vocales!»—. Cariño, no te hagas el sorprendido —decía la madre de Mike—. No pensarás que Natalie es la *única* a quien le gusta hacer uso de nuestra villa. Está aquí, contigo, ¿verdad?

Sniff, sniff. Me imaginé que las ventanas de su nariz —sometida a una rinoplastia… perdón: a un enderezamiento del tabique nasal— aleteaban a causa de una sospecha apenas disimulada.

—Está, eh... en la ducha —mintió Mike para cubrirme, y abrí el grifo sobre la marcha. No había contado con ducharme hasta *después* de terminar lo que habíamos empezado en el dormitorio y hubiéramos aprovechado un par de horas de la puesta de sol para dar una vuelta en la lancha. Pero claro, siempre que la madre de Mike hacía su aparición como estrella invitada, nuestros planes se esfumaban en uno de sus bolsos de firma.

Malhumorada, me resigné a lavarme el pelo. Minutos después, al notar la corriente de aire frío procedente de un tirón en la cortina de la ducha, pegué un bote.

- —¡Mierda! —espeté ahogando un grito—. Creía que eras...
- —¿Mi madre, que venía a frotarte la espalda? —Mike elevó una ceja.
- —Ven aquí —le agarré del brazo para meterlo en la bañera. Por fin, las cosas volvían al estado que tenía que ser: el rojo vivo.

Pero Mike paseó la vista a su alrededor, como si su familia nos estuviera viendo en el cuarto de baño, solos él y yo.

- —No puedo —argumentó—. Tengo que ayudar a mis padres a sacar el equipaje. Mamá quiere que cenemos con ellos.
- —¿Cenar con ellos? —la cena en *chez* Diana no formaba parte del plan. Necesitaba tiempo a solas con Mike para hacer preparativos de cara a nuestra gran semana—. ¿Y qué pasa con el lago?

Mike me arrancó de la mano la esponja de crin, me dio la vuelta con un hábil movimiento de la muñeca y empezó a enjabonarme los hombros.

- —No cambies de tema —protesté.
- —No nos podemos librar tan fácilmente —razonó Mike—. Te llevaré en la lancha después de cenar.

Giré la cabeza a toda velocidad.

- —¿Solos los dos?
- —Y eso que esta mañana hemos tenido instituto —me hizo un guiño.
- —¡Aah! —sonreí con picardía—. ¿Qué va a decir mamá?

Una vez limpia y adecuadamente ataviada con el vestido tipo polo que Mike me

había dejado colocado sobre la cama —¿es que pensaba que iba a presentarme a cenar en sujetador?—, bajé a pisotones las escaleras de madera maciza.

A través de las puertas de cristalera vi a los señores King cómodamente instalados en el porche, frente a las rutilantes aguas del extremo oeste de La Ensenada. Diana, con su traje de chaqueta azul marino, estaba sentada con las piernas cruzadas mientras leía el periódico y daba pequeños sorbos de su simbólica copa de *viognier*. Llevaba su cabello con mechas recogido en la nuca y su maquillaje, como siempre, resultaba perfecto. El padre de Mike, Phillip, quien acarreaba visibles signos de estrés en cada parte de su anatomía —y a quien Mike se parecía solo físicamente— tenía el ceño fruncido y pegaba gritos a su teléfono móvil. Con la puntera de su reluciente zapato de piel dibujaba en el aire vertiginosos círculos.

Nada indicaba la inminente cena con los padres que iba a tener lugar. Pero cuando oí el revelador estrépito de cacharros tras la puerta de la cocina, lo entendí. El hecho de que ninguno de los King hubiera puesto el pie en esa cocina desde que aprobaran los planes del arquitecto no significaba que otra persona no estuviera preparando un banquete en su honor. Por descontado, no se les ocurriría recorrer los cincuenta kilómetros hasta la costa sin «ayuda doméstica». Por descontado, se habían traído a Binky, el ama de llaves, con ellos.

Binky y yo manteníamos una relación un tanto complicada. Había momentos, como aquel, en que me identificaba con ella más que con el resto de la familia de Mike. Sabía que, cuando no se quedaba a pasar la noche en casa de los King, vivía en mi antigua zona, en Cawdor, al otro lado del puente. De hecho, cuando conocí a Binky, establecimos un vínculo por nuestra compartida predilección por los huevos rancheros que servían en Dos Hermanos, un garito mexicano que estaba cerca de su casa. Hasta que la señora King ladeó la cabeza al mirarme y me preguntó, extrañada, cuándo había estado yo en aquella zona de la ciudad, no caí en la cuenta de mi nueva situación. Tuve que recurrir a un balbuciente comentario sobre haberme perdido en cierta ocasión durante mi examen de conducir, de lo cual no me siento orgullosa. A partir de aquello, aprendí a tener cautela sobre lo que podía decir o no cuando Binky estaba presente. Para entonces, sabía que lo tendría más fácil si no confundía la línea fronteriza entre los sirvientes y los servidos.

- —Ah, estás ahí —dijo Mike, que salía de la biblioteca—. Espero que no te haya importado. Cuando mamá vio tu vestido, se lo dio a Binky para que lo planchase.
- —¿Tu madre ha registrado mis cosas? —pregunté. Así que Diana, y no Mike, había extendido mi vestido sobre la cama. No es que llevara en mi bolsa nada sospechoso, pero dar rienda suelta a Diana para que hurgara en mis pertenencias era un precedente que me negaba a establecer.
- —Solo tratábamos de ayudarte a cambiar de vestuario lo antes posible —explicó Mike, siempre conciliador—. Hablando de vestuario, ¿vas a dedicarme un preestreno

nocturno de tu disfraz para mañana?

La fiesta de Mardi Gras. Por fin me había decidido por un disfraz, y tras una leve batalla con Mike —¿por qué los chicos siempre se empeñaban en ponerse maquillaje y medias de mujer?— le había convencido de que, ese año, íbamos a dejar a todo el mundo asombrado al tomar la ruta de la distinción. Era evidente que todas mis amigas seguirían adoptando el consabido aspecto de empleadas de burdel, y me encantaba la idea de ser la única dama de la fiesta. El disfraz elegante de Mike era de igual importancia ese año en particular. Iba a destacar entre los demás, sin lugar a dudas, sobre todo en contraste con Justin Balmer y su vestido de minifalda.

- —Nuestros disfraces para mañana siguen siendo una sorpresa, ¿verdad? —advertí —. ¿No se lo has dicho a J.B., ni a nadie más? Es nuestra ocasión para hacerles sombra, para demostrarles que nos merecemos un lugar en la realeza.
- —Confía en mí —repuso Mike mientras me cogía de la mano para saludar a su propia familia real, acomodada en el porche—. Seremos la sensación de la fiesta.
- —Hola, Natalie —el señor King se levantó y me dio un fuerte apretón en el hombro—. Estás muy bronceada, ¿no? —observó, lo que me dejó atónita.
- —Dios santo —intervino Diana, mirándome por encima del periódico—. Está muy morena, ¿verdad?
- —Es por las clases de golf —solté de sopetón, no fuera a ser que creyeran que había estado trabajando en el campo—. En el club.

Diana bajó la vista hacia sus brazos.

—Yo soy muy pálida, como Scarlett O'Hara. Como sabes, antes era lo que se llevaba —paseó la vista a su alrededor y nos dedicó una sonrisa tirante—. ¿Os apetece cenar en el porche?

Encogiendo los hombros, Mike dejó la decisión en mis manos.

—Por supuesto —respondí, tomando asiento entre el señor y la señora King. Como mi madre siempre decía: no importa dónde estés; si actúas como si estuvieras en tu casa, lo estarás. Pero claro, no estaba yo muy segura de si el repertorio de libros de Emily Post que mamá sacaba de la biblioteca le habría servido de mucho con aquella familia.

Sobre todo con una mujer como Diana, que recogió una campanilla de plata de la mesa de cristal y agitó su delgada muñeca, tan pálida como la de Scarlett O'Hara. El tintineo agudo, metálico, resonó por todo el jardín y me pregunté qué pensaría de aquella llamada sin palabras cualquiera que estuviese en la bahía. Aunque claro, las casas en La Ensenada estaban tan dispersas entre sí que los King y yo podríamos haber sido las únicas personas en un radio de varios kilómetros.

Segundos después, Binky acudió en respuesta a la llamada. Vestía un uniforme negro almidonado que olía a lavanda, y los cordones de sus prácticos zapatos negros llevaban un nudo doble. Su cabello corto y oscuro tenía el matiz azulado que delata

un tinte adquirido en la tienda de la esquina. Su sonrisa resultaba inexpresiva cuando, a la espera de órdenes, se colocó junto a la mesa de sus señores.

- —A nuestra invitada le apetece cenar en el exterior —indicó Diana—. Espero que no le suponga mucho problema.
- —Desde luego que no —Binky asintió con la cabeza. Me miró—. Hola, señorita Natalie.

Sonreí y le devolví el gesto de asentimiento, pero opté por mantener la boca cerrada. Había cenado con los padres de Mike más de cien veces, y aun así me seguían catalogando como «invitada».

Acababa de empezar la época del año en Charleston en que el tiempo seguía siendo lo bastante benigno como para nadar y las tempranas puestas de sol te tomaban siempre por sorpresa. El dosel de ramas de pino que nos cubría desde lo alto arrojaba un tono verdoso sobre los King y sobre mí mientras los cuatro esperábamos a que alguien retomara la conversación. Las cigarras cantaban en el atardecer. Una piña se desplomó en el suelo con un ruido sordo.

Ante el sonido de voces cercanas al amarradero, Diana esbozó una sonrisa radiante y abandonó su asiento. Agitó la mano, con el sobrio giro de muñeca propio de una antigua reina de la belleza, en dirección al hermano de Mike, Phillip Jr., y a su reciente prometida, Isabelle, a medida que ambos subían por el sendero.

Me fijé en el velero amarrado en el muelle privado de los King pero, a juzgar por la elegante ropa blanca y recién planchada que Phillip e Isabelle vestían, me imaginé que ellos, también, llevaban un par de empleados a bordo.

—Justo a tiempo —dijo Diana elevando la voz.

Isabelle repartió un cúmulo de besos en el aire mientras Phillip Jr. se trasladaba al bar.

—Oímos tu campanilla y vinimos corriendo —explicó él con tono seco mientras añadía unas gotas de extracto de cáscara de naranja a un vaso de *bourbon*.

En contra de los deseos de su padre, Phillip Jr. había optado por renunciar a la radiología, la tradición familiar, tras graduarse en Medicina. A cambio, estableció su propia consulta médica y, desde entonces, se había convertido en uno de los jóvenes cirujanos plásticos más solicitados de Charleston. El asunto se llevaba con suma discreción —la cirugía plástica rozaba lo inaceptable en una familia de médicos «de verdad»— pero, por la piel uniforme que rodeaba los ojos de Diana cuando le sonrió a su futura nuera, saltaba a la vista que cierta persona había descubierto las ventajas de tener un hijo con inagotables reservas de bótox.

—Isabelle, querida, le estaba explicando a Natalie las reformas que Phillip y tú estáis haciendo en el barco —mintió Diana mientras alisaba los suaves mechones rubios de la prometida de su primogénito, que se parecían a los suyos hasta un punto extraordinario.

Se giró en mi dirección.

Os pediría que, después de cenar, nos acompañarais a dar un paseo en el velero
 vaciló unos segundos, tratando de encontrar las palabras acertadas—, pero me da la impresión de que preferís una marcha más emocionante.

Los puñales estaban en alto antes que nunca: apenas habíamos acabado los aperitivos. ¿Cómo responderle que me arrojaría al fondo del agua con el ancla antes que soportar otras tres horas de aburrimiento en un velero, con los King?

Mike me había prometido una travesía a la luz de la luna en la lancha fueraborda, pero cuando lo miré y lo vi practicando su tiro de golf en el césped por órdenes de su padre, supe que nuestra breve excursión se esfumaría al instante si se enteraba de la posibilidad de un paseo en el barco de Phillip Jr. Mike odiaba que lo dejaran fuera de los planes familiares. El complejo típico del hijo menor.

- —Nos encantaría —respondí—. Pero es que no he sido capaz de subirme a bordo de un velero desde hace años, desde lo que le ocurrió a papá —sostuve la mirada de Diana—. Mike te ha contado lo del accidente, ¿verdad?
- —Claro que sí —respondió Diana con voz monocorde. Ladeó la cabeza ligeramente y luego se giró hacia Isabelle—. Aun así, seguro que los demás disfrutaremos de un paseo encantador —añadió mientras daba palmaditas en la mano de su protegida, con exquisitas uñas acrílicas—. Ah, ahí llega Binky con más bebidas, gracias a Dios.

Cuando el resto de la familia se arremolinó alrededor de la bandeja de plata con los cócteles, me acerqué a Mike y le di un tirón de la manga.

—Tu madre me sigue tratando como si yo no fuera nadie —comenté con los dientes apretados.

Mike me rodeó la cintura con el brazo y me apretó contra su costado.

—No es nada personal, Nat; es la costumbre —su tono indicaba que ya me lo había explicado con anterioridad—. Mamá apenas hizo caso a Isabelle hasta que Phillip le colocó el anillo de compromiso. Además, nuestras familias han sido amigas desde hace generaciones.

Ya empezábamos. Incluso cuando Mike trataba de consolarme, era imposible que no saliera a relucir la omnipresente jerarquía de las clases sociales en Charleston. ¿Qué se necesitaría para que los King me consideraran merecedora de un lugar en su corte?

- —Quería comentarte —dije a toda prisa mientras Binky llegaba empujando un carrito con las ensaladas—. He declinado la invitación de tu madre para dar una vuelta en el velero de P.J. después de cenar —antes de que Mike pudiera protestar, añadí—: Sabes que lo paso fatal.
 - —¿Lo sé? —Mike se mostró desconcertado.

El tintineo de la campanilla nos interrumpió.

—La cena está servida —anunció Binky, y la familia feliz al completo tomó asiento. Esbocé una sonrisa irónica al fijarme en que, por la tarjeta que indicaba mi lugar en la mesa, Mike se iba a sentar justo enfrente de mí. Dudaba mucho que Diana hubiera ordenado semejante disposición de haber sabido hacia dónde se dirigía mi pie, subrepticiamente, bajo la mesa. A ver, señora King, ¿qué era eso de una marcha emocionante?

—Mikie —dijo Phillip Jr., utilizando el mote que yo tanto odiaba, mientras extendía mantequilla sobre una galleta de boniato—. La madre de Justin Balmer ha estado hoy en mi consulta.

¿He mencionado que, por lo general, Phillip Jr. era un pelmazo? Pero, de pronto, se ganó mi atención más absoluta.

—Por lo que me ha dicho —prosiguió—, sus bolsas bajo los ojos no son lo único que se está hundiendo con motivo de la Corte del Palmetto. ¿Cómo van tus pronósticos para que te nombren príncipe? ¿Son exageraciones de la señora Balmer, o realmente J.B. te lo va a poner difícil?

Diana, alarmada, dejó caer su tenedor sobre el plato. Clavó los ojos en Mike.

- —Phillip está de broma, madre —dijo Mike, encogiendo los hombros para quitar importancia al asunto.
- —En realidad, no —replicó Phillip. Pasó la vista a sus padres—. Recordadme cuántas generaciones de la familia King han sido coronadas en el Palmetto. ¿Cuatro, cinco, quizá?
- —Todas y cada una de las generaciones desde que se fundó el instituto respondió Phillip padre, al tiempo que hacía un gesto a Binky para que retirase su plato. Levantó su cuchillo para carne en dirección a Mike de modo que parecía una extensión de su cuerpo—. No se trata de un concurso de belleza que se pueda tomar a la ligera, Michael. Sabes que nuestra familia tiene un récord intachable.

Siempre me había imaginado que Mike se mostraba tan despreocupado sobre la posibilidad de convertirse en príncipe porque era la clase de asunto del que su familia no haría ningún caso. Pero ahora comprendí por fin una de las numerosas batallas silenciosas que yo libraba con Diana: cada día, después de clase, cuando yo colocaba en la parte delantera del escritorio de Mike el marco que encerraba su Certificado Nacional de Excelencia Académica, alguien lo volvía a colocar junto a su trofeo de fútbol americano una vez que me había marchado.

El éxito era cosa habitual para los King. Y ya que, cuando alcanzaban la madurez, se esperaban por su parte logros respetables, profesionales... ¿sería posible que el instituto, a ojos de la familia, significara deportes y popularidad, hasta el punto que ambos aspectos superaran a lo académico? De modo que los King se preocupaban por el resultado de la votación para la Corte del Palmetto tanto como yo misma. De repente, aquella cena pasó de ser un rollazo a una ocasión extremadamente

beneficiosa.

- —Desde luego, ¿quién podría olvidar el impecable discurso de coronación de Phillip Jr.? —recordó Diana al tiempo que se daba toquecitos en los labios con la servilleta—. ¿Cómo era, cariño? «En agradecimiento a este honor que se me confiere…».
- —«... me ganaré vuestra absoluta confianza» —concluyó Phillip Jr., al tiempo que asentía con gesto altivo. Mirando a Mike, elevé los ojos al cielo para indicar que él no resucitaría semejante joya en nuestra coronación.

Phillip Jr. bajó la voz y apartó la cabeza de su madre.

—Pero claro, si le preguntáis a Isabelle, lo que recuerda de ese día no es precisamente mi habilidad verbal —masculló al tiempo que propinaba un codazo a su hermano Mike—. «No se te ocurra llamar cuando una carroza veas pasar». Ya sabéis...

Él y Mike compartieron una poco frecuente risita fraternal ante la mención de lo que ocurrió tras las puertas de aquella carroza durante el célebre trayecto del príncipe y la princesa camino a su coronación. Era una de las costumbres más antiguas del instituto, y también uno de su tabúes más conocidos. Media hora antes de la ceremonia de la coronación, una carroza tirada por caballos efectuaba dos paradas en el club de campo Scot's Glen. Primero, para recoger al príncipe, en la sala principal; luego, recogía a la princesa, a las puertas del salón para señoras. Entonces, los destinados a la corona recorrían los dieciocho hoyos del campo de golf y eran transportados a la ceremonia para su gran entrada, justo a tiempo de pronunciar sus respectivos discursos.

Dependiendo de la relación entre los dos futuros miembros de la realeza, el trayecto en la carroza podía resultar una ocasión un tanto violenta o bien un paseo de lo más apasionado. Y, ni que decir tiene, siempre daba pie a todo tipo de rumores en el instituto. En caso de que existiera alguna química entre los elegidos, enviar a una princesa a la carroza era como enviarla al tálamo nupcial. De ahí el alarde subido de tono por parte de Phillip Jr.; de ahí la gélida y furiosa mirada en plan «delante de tus padres, ni se te ocurra» por parte de Isabelle.

—¿Y tú, Natalie? —me preguntó, desviando la conversación hacia un terreno más apropiado—. ¿También te vas a presentar como princesa?

Antes de que pudiera yo abrir la boca, Diana espetó con brusquedad:

—Isabelle, no cambies de tema.

Con el dedo gordo del pie, empujé a Mike en la ingle. Cuando levantó la cabeza como movido por un resorte y su mirada se encontró con la mía, enarqué las cejas de la forma más seductoramente amenazante que me podía permitir en una cena familiar. «Cariño, ha llegado el momento de pasar a la acción».

—Nadie está cambiando de tema —espetó Mike, obediente—. Si salgo ganador,

será gracias a Nat.

Diana golpeaba contra el plato los dientes de su tenedor sin caer en la cuenta de que la mesa entera temblaba al ritmo de sus nervios. Me introduje en la boca otro pedazo de *filet mignon*, disfrutando al máximo del delicioso momento.

Nunca había visto a Diana King tan fuera de control. Había algo encantadoramente transparente en su cara de póquer.

- «¿Había descuidado sus deberes como madre de la alta sociedad?».
- «¿Tendría que hablar del asunto con alguien?».
- «¿Era... uf... demasiado tarde?».
- —En realidad, señor y señora King —dije con voz melodiosa mientras colocaba la mano en el brazo de Diana para silenciar el tenedor—. No tienen por qué preocuparse —introduje el dedo gordo a más profundidad entre las piernas de Mike, preguntándome fugazmente si conseguiría abrirle la bragueta con los dedos del pie.
 - —No es tan fácil como parece, querida —me respondió Diana.
- —Puedo prometerles —respondí, otorgando peso a cada palabra— que su hijo y yo hemos encontrado una forma infalible de ganar —pasé la vista a Mike, y le desabroché el pantalón en presencia de su estirada familia—. Dentro de poco… habremos solucionado el asunto.

Mike se mordió el labio. A veces costaba averiguar si el rubor en sus mejillas se debía a la excitación que yo le provocaba, o a que le diera vergüenza nuestro inocente escarceo delante de su familia. Todos, excepto yo, parecieron aliviarse con la interrupción cuando Binky llegó con el sorbete entre platos.

—Gracias, Binky —dijo Diana, volviendo a adoptar su papel de reina—. Creo que le pediremos que nos sirva el postre a bordo del velero de P. J. Aunque claro, seremos solo nosotros cuatro —señaló a todo el mundo, excepto a Mike y a mí.

Mike me miró.

- —¿Seguro que no te apetece…?
- —Tu madre y yo ya hemos hablado de eso, ¿te acuerdas? Ha sido muy amable al tener en cuenta mis sentimientos, después de lo que le ocurrió a papá.
- —Sí, claro —Mike asintió, mostrándose un tanto incómodo por no haberse acordado al instante. No le culpaba, la verdad, porque no es que exactamente me pasara la vida presumiendo de la desaparición de mi padre. El trágico accidente náutico no era más que una historia conveniente, lo bastante limpia para hacerla pública y lo bastante trágica para que nadie, ni siquiera Mike, me hubiera preguntado alguna vez por los detalles—. En ese caso, madre, cogeremos la lancha a motor, si te parece bien.
- —Como quieras —respondió Diana, mientras se levantaba con intención de darnos permiso para abandonar la mesa—. Pero no te olvides de que, en lo que se refiere a la elección del príncipe la semana que viene, hablamos de algo más que de

lo que tú quieres —volvió la vista hacia mí—. Se trata de un asunto de familia.

Mientras Mike y yo bajábamos por el sendero en dirección al muelle, me hizo una seña desde detrás del pino donde en cierta ocasión habíamos grabado nuestras iniciales. Nos abrazamos entre el denso follaje de las atrapamoscas que crecían como hongos en el jardín de los King. Las mandíbulas de aquellas plantas carnívoras estaban abiertas, aguardando su comida nocturna.

- —Mi madre y tú os habéis compinchado para mi elección como príncipe del Palmetto —bromeó—. Mira, siento lo del velero. Me debería haber dado cuenta.
- —Asunto cerrado —respondí a toda prisa—. Y si gracias a que tu madre y yo nos compinchemos consigues la corona, seré capaz de soportarlo durante una semana.

Pero yo no sentía que existiera ninguna complicidad entre nosotras. De hecho, mi orgullo aún se resentía por su salida de «un asunto de familia». ¿Cómo es que Mike no le daba importancia? Ahora estaba desamarrando la lancha. Mientras yo observaba cómo flexionaba los brazos al trabajar, noté una vibración en el cuerpo. Una fuerte vibración. Ah, un momento... era mi móvil, que vibraba en mi bolso.

Hice una mueca, pensando que debía de ser mi madre para pedirme que le comprara otra botella de vino en mi camino de vuelta a casa. Ninguna madre se ha emocionado tanto al enterarse de que su hija había conseguido su primer carné de identidad falsificado.

Pero el mensaje de texto no era la clásica demanda de alcohol por parte de mamá.

Adivina quién ha resucitado de entre los muertos. Vuelvo a ser un hombre libre y quiero celebrarlo con mi hija preferida. ¿Nos vemos y tomamos una copa?

La fachada de calma que había conseguido mantener durante la cena se esfumó, de pronto, en la oscuridad de la noche. Una gruesa y negra serpiente mocasín me pasó rozando los pies, y me agarré al pilote del muelle para estabilizarme.

- —¡Nat! —me llamó Mike desde la lancha alzando la voz—. El motor está encendido. Ven de una vez para que te encienda a ti.
 - —Ahora voy —respondí con voz ronca.

Resucitado de entre los muertos, sí.

Papá.

Capítulo IV

Ambición insensata



—¿Cómo es que estás tan tranquila? —me preguntó Kate al día siguiente, mientras desayunábamos a media mañana. Estábamos sentadas frente al paseo marítimo entablado de Catfish Row, bordeado de palmeras, terminando nuestra segunda ronda de capuchinos en la terraza del célebre MacLeer's Biscuit Café.

Cualquier residente en el distrito de Palmetto te diría que MacB's era el único sitio donde desayunar a última hora, no solo por las galletas de mantequilla y las mermeladas caseras de albaricoque, sino también por la oportunidad de comprobar quién se presentaba con quién. Ya que las nubes, por fin, habían dejado paso al sol, la temperatura superaba los quince grados y daba la impresión de que el instituto en pleno se paseaba por la histórica pasarela de madera que discurría por delante de MacB's.

Sentados a la mesa redonda de ocho plazas, la más cercana a la calle adoquinada, los miembros del consejo de alumnos —que jamás se tomaban un descanso—forcejeaban para hacer sitio a sus bollos entre las abultadas carpetas con los planes para el baile. A orillas del agua, Tracy Lampert y su camarilla de primero de bachillerato formaban un grupo amorfo; columpiaban sus pies descalzos al borde de la pasarela y se entrelazaban flores de cornejo en sus respectivas melenas. Y a mi mesa habitual, en el rincón más apartado de la terraza, una pandilla de chicas de último curso se sentaba codo con codo formando una larga hilera. Miraban hacia el océano mientras se terminaban sus quiches de clara de huevo.

- —¿Tratamiento facial a las cinco, Nat? —preguntó Jenny Inman mientras las chicas desfilaban frente a mí en dirección al aparcamiento.
- —Te llamaré —respondí con una sonrisa, tratando de aplacar el desconcierto que le había producido el hecho de que ese día, en el MacB's, yo no hubiera ocupado mi asiento habitual, a su lado.

Las chicas sabían que Kate era uno de mis proyectos preferidos. Aquella mañana me había prestado a darle mi opinión a la hora de escoger un disfraz de carnaval en la tienda de segunda mano de los alrededores. Pero mientras observaba cómo, de manera simultánea, sorbía ruidosamente su capuchino, examinaba el extremo de su

larga coleta en busca de puntas abiertas y trataba de captar la atención de la escurridiza camarera para pedirle la cuenta, me pregunté si Kate necesitaría ayuda para algo más que su disfraz. Demasiados movimientos innecesarios a la vez y eso que, por lo general, Kate daba un aspecto de lo más sereno. Cuando caí en la cuenta de que aún aguardaba una respuesta a su pregunta, decidí no mencionar el hecho de que la gente en estado frenético solía ejercer sobre mí un efecto curiosamente relajante.

—Estoy tranquila —repuse, sin embargo— porque ya tengo disfraz para esta noche. Y tú estás histérica —añadí, contemplando el gentío de alumnos del Palmetto atacados de los nervios con motivo de la fiesta de Mardi Gras— porque te dejas llevar por el ambiente.

En ese mismo instante, un grupo de bambis pasó rozando nuestra mesa, gimoteando a causa de las limitadas existencias de medias de rejilla de talla «XS» de la tienda de disfraces de la esquina.

—Tienes razón —Kate me miró a los ojos y soltó una carcajada. Se echó su cabello ámbar por detrás del hombro—. ¡A la mierda el ambiente!

Le ofrecí una tira de chicle e incliné la cabeza en dirección a las bambis que se alejaban.

—¿Es verdad que este año te vas a unir al disfraz de cuarto de secundaria? — pregunté—. He oído algo así como… estilo burdel con un toque chic.

Kate soltó un bufido y firmó el justificante de la tarjeta de crédito que, por fin, la camarera le había entregado. Nos levantamos y arrimamos nuestras sillas de mimbre a la mesa.

—¡Por favor! —protestó Kate—. ¿Y convertirme en un calco de las bambis? —se estremeció, provocando que su larga melena reluciera bajo el sol—. Antes me uniría al coro del instituto.

Sonreí ante la idea de Kate subida al púlpito junto a un puñado de alumnos pertenecientes a grupos juveniles y, antes de que nos marcháramos, arrojé un par de dólares sobre la mesa. Aunque en la actualidad mi madre jamás lo admitiría de forma voluntaria, había sido camarera hasta que yo cumplí los catorce años, de modo que me sabía de memoria lo injusto de dejar menos propina de la debida.

Kate miró a su alrededor y bajó la voz hasta adoptar un susurro ronco.

- —Esta noche es mi ocasión para cerrar el trato con Baxter, que *todavía* no me ha pedido que sea su pareja en el baile.
- —¡Claro! Por eso estás de los nervios —bromeé. Baxter Quinn era el borracho más legendario del Palmetto, y también el camello habitual en la mayoría de las fiestas posteriores a las celebraciones del instituto. Era alto y de pelo claro, y su pinta de holgazán larguirucho le daba un aspecto bastante sexy. A pesar de que a menudo era incapaz de mantenerse erguido, no sé por qué, nunca le faltaban chicas.

—Y por eso tú estás tan tranquila —replicó Kate, al tiempo que tiraba de mí sobre los charcos de la pasarela, apartándome así de los oídos de los demás alumnos—. Tienes el novio más increíble del estado de Carolina. Apuesto a que ni te acuerdas de lo que es pasarlas mal por un tío.

Durante unos segundos, mis pies aminoraron la marcha sobre los tablones. Pasarlas mal por un tío en particular era justo lo que yo había tratado de evitar con todas mis fuerzas desde que la noche anterior recibiera aquel inquietante mensaje de texto de mi padre. Ni que decir tiene que lo de «vuelvo a ser un hombre libre» no era precisamente la buena noticia que él pregonaba.

Me descubrí apretando demasiado la mandíbula sobre la tira de chicle que acababa de desenvolver. Cada vez que el Juicy Fruit perdía su sabor en menos de cinco minutos, me daba cuenta de que tenía que encontrar una manera alternativa de relajarme.

Kate se detuvo ante una casa adosada de estilo sureño, de tres pisos y verde brillante, con un porche pintado de púrpura que rodeaba toda la vivienda. Un cartel de madera se balanceaba sobre sus bisagras desde una viga del techo: «Weird Sister's Closet».

Kate abrió de un tirón la puerta de vidriera y entró en la tienda. Al igual que en la mayoría de las mansiones reconvertidas en *boutiques* a lo largo de Catfish Row, en Weird Sister's Closet abundaban toda clase de prendas que realzaban el escote. Pósteres de explosivas actrices de cine empapelaban las paredes, y los percheros estaban a reventar de sujetadores sin tirantes de todas las hechuras y tallas posibles. Pero dado que la tienda se encontraba en una bocacalle de adoquines, apartada del paseo marítimo entablado —el itinerario más frecuentado—, Kate me había asegurado que Weird Sister's era el único comercio del aburguesado barrio rojo de Charleston que, aquel día, estaría libre de bambis.

—¿A qué viene ese gesto de gatita enfurruñada? —me preguntó, clavándome la vista—. ¿Dónde está esa sonrisa de futura alteza real?

Desterrando los pensamientos sobre mi padre, al menos por el momento, le concedí una risita involuntaria. Kate tenía razón. Encontrarse a punto de alcanzar la realeza era motivo más que suficiente para sonreír, sobre todo después de tantos preparativos. En tan solo unos días —crucé los dedos—, Mike y yo seríamos felizmente coronados.

La campaña electoral habría concluido, y ambos podríamos disfrutar del éxito de nuestro laborioso trabajo en común. Nos quedaríamos levantados hasta tarde, corrigiendo nuestros discursos de coronación y practicando el vals para el acontecimiento. Sí, bailaríamos un vals. Y, después del baile, cogeríamos una botella de champán, nos iríamos directos a nuestro lugar preferido, la catarata secreta cercana a Mount Pleasant, y no regresaríamos a casa hasta el amanecer.

Solos nosotros dos, como siempre habíamos planeado.

- —A eso me refería —aprobó Kate mientras asentía con la cabeza al fijarse en mi cambio de actitud—. Ahora, centremos la atención en el asunto importante, que consiste en un «culo de *lycra* adornado con plumas» —colocó en alto un ceñido mono de lentejuelas rojas y agitó la percha para mostrar el manojo de plumas colocado en la parte posterior—. ¿Nos encanta, o nos espanta?
 - —Mmm, ¿eso es la cola? —pregunté, en parte horrorizada y en parte fascinada.
- —Por si os interesa —intervino la estrafalaria y pelirroja dueña de la tienda mientras se aclaraba la garganta tras la caja registradora—, también lo tenemos en color púrpura.
- —Solo ciertas mujeres pueden llevar púrpura —Kate me dedicó una sonrisa—, como Nat —dicho esto, se apretó contra el pecho el mono de *lycra* rojo y me hizo un guiño con picardía—. Creo que me voy a probar esta monada.

Cuando entró en el probador, me eché a reír y sacudí la cabeza. Como hija del abogado más rico de Charleston, Kate contaba con cierto reconocimiento por parte de muchas otras alumnas del Palmetto, chicas que tenían el dinero «suficiente».

La madre de Kate estaba oficialmente loca (¡si las paredes del club de campo hablaran!), pero gracias a la impresionante cuenta corriente de su marido, todo el mundo la catalogaba como «excéntrica», en lugar de «chalada». Es como si ciertas palabras no tuvieran que ver con los multimillonarios. De modo que Kate, al contrario que la mayoría de sus compañeras, había conseguido hacerse un *piercing* en la lengua y todos los años añadía un tatuaje nuevo a su colección… y también se vestía de *lycra* con lentejuelas y plumas. Y todo esto sin arriesgarse a que la tacharan de golfa. Tal vez por eso me caía tan bien: vivía con la soltura de quien no conoce el miedo.

Y yo, que había ascendido desde el extremo opuesto en la escala de la riqueza, pasé la mano por una hilera de corsés de piel y volví a sentirme orgullosa de que mi disfraz fuera justo lo contrario a las prendas de aquella tienda. Estaba dando rienda suelta a mi fantasía, imaginándonos a Mike y a mí espléndidamente disfrazados, haciendo nuestra entrada en la fiesta de aquella noche cuando alguien dobló la esquina y colocó en alto el escandaloso mono de lentejuelas en color púrpura.

—Se me ocurrió que a lo mejor te lo querías probar —cuchicheó Justin Balmer.

La fragancia a hierba de su loción para después del afeitado me pilló por sorpresa, y me dije que nada conseguía borrar el sensual aroma a jazmín de la vela olorosa que la dueña de la tienda mantenía encendida junto a la caja registradora. El olor que J.B. desprendía no resultaba desagradable de por sí; acaso era la proximidad entre los dos lo que me revolvía el estómago.

Procuré apartar la vista del mono de lentejuelas —y también de su flequillo rubio, que le caía sobre los ojos—, así que clavé las pupilas en su sudadera. Era la del

primer equipo de fútbol americano del Palmetto, la misma que Mike me prestaba para ponérmela en los partidos.

- —¿Qué te parece? —insistió J.B. mientras acariciaba las plumas de la parte posterior de la prenda. Un sorprendente escalofrío me recorrió el pecho.
- —Tú lo has visto primero —respondí con descaro—. No sería capaz de privarte del disfraz perfecto para el Mardi Gras.
- —¿Quién habla de disfraces? —replicó—. Creo que esto realzaría algunas de tus particularidades.
- —¿Te refieres a lo harta que estoy de tus insinuaciones? —espeté, pasando a su lado para alejarme del pasillo abarrotado de lencería.
- J.B. colocó las manos en mis hombros, como si fuera a masajearlos, y acercó los labios a mi cuello.
 - —¿Qué disfraz tiene escondido la princesa para esta noche? —susurró.

Me giré con brusquedad.

—Eso es privilegio del príncipe, por mucho que te obsesione.

Un gruñido de frustración por parte de Kate llegó desde el probador e hizo que ambos pegáramos un respingo. Se me había olvidado por completo que aún seguía ahí, probándose el desvergonzado mono de lentejuelas.

- —¿Qué tal? —pregunté junto a la cortina mientras rezaba para que no hubiera oído a J.B.
- —¡Adiós, plumas en el culo! —respondió Kate, con tono despreocupado—. ¿Hay algo ahí afuera que valga la pena que me ponga en honor a Baxter?
- J.B. elevó una ceja en mi dirección. Con el gesto ostentoso propio de un mago, agarró la primera percha que tenía a mano y la colocó en alto en espera de mi aprobación. Era un llamativo corsé de seda color rosa fucsia. Si Kate quería llamar la atención de Baxter, seguramente aquel corsé lo conseguiría.

Lanzó la percha por encima de la cortina del probador y, sin pararme a pensarlo, dije:

- —¿Y si te pruebas este, Kate?
- J.B. levantó un puño con intención de chocarlo contra el mío, como reconocimiento a nuestro trabajo en equipo.

¡Cómo si ambos estuviéramos acostumbrados a entrechocar los puños para celebrar algo! Rechacé su gesto pero me quedé ahí mismo, paralizada.

Tras una pausa, J.B. bajó el puño y suspiró. Un mechón de pelo rubio se elevó en el aire desde su frente. Las letras verdes de su sudadera eran del tono exacto de sus ojos, de modo que estos resaltaban más de lo habitual y daba la impresión de que se burlaban de mí. Por una parte, quería interrumpir su mirada fija; por otra, no me apetecía ser la primera en apartar la vista.

—Deja de mirarme así —susurré por fin, odiando que mi voz sonara tan débil y

que me costara respirar.

—No es más que una sonrisa, Nat —repuso él.

Por un segundo, Justin Balmer pareció ponerse a la defensiva. Pero luego se lamió los labios y me enseñó los dientes. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Sabes? —dijo con una nota de engreimiento, volviendo a ser el animal que yo conocía—. Esta perseverancia tuya por ganar el concurso me resulta un tanto, no sé, divertida —se inclinó hacia delante y me soltó el mono de *lycra* púrpura en los brazos —. Y cuando algo me divierte —prosiguió, pasando junto a mí—, me entran ganas de jugar.

Fruncí los ojos al mirar a J.B., parado junto al marco de la puerta de entrada, acariciándose la barbilla.

- —Perfecto —se me escapó una sonrisa—. Empieza la partida.
- —¿Con quién hablas? —preguntó Kate desde el probador, en el mismo instante en que J.B. abandonaba la tienda.
- —Con nadie —respondí a toda prisa, girándome justo a tiempo para ver que Kate echaba la cortina hacia atrás. Salió del probador contoneándose, sin más prenda que el corsé de seda rosa, que le sentaba como un guante.
- —Más te vale prepararte para el desafío de esta noche —canturreó mientras bailaba a mi alrededor.

Mientras me fijaba en Justin, que se encaminaba hacia el paseo marítimo, crucé los brazos y dije:

—No te preocupes, estoy preparada.

Capítulo V

Vida bajo un hechizo



—Bienvenidos a Bourbon Street —dijo Rex Freeman el sábado por la noche al tiempo que abría la puerta de la mansión de sus padres, en el distrito de Palmetto. Iba desnudo de cintura para arriba y sobre su característico pelo rojo rapado se había calado un gorro de bufón. Vestía vaqueros cortados por la rodilla y chancletas. Alrededor del cuello llevaba tal cantidad de collares de cuentas que no se le veía la piel del torso, del color del ante y plagada de pecas. La escena podría haber resultado llamativa, si bien yo sabía que, en su afán por contemplar los torsos de todas las chicas explosivas allí reunidas, Rex regalaría la mayoría de los collares antes de que acabara la noche.

Sonreía abiertamente a la oleada de bambis que nos separaban a Mike y a mí de la entrada a la fiesta.

- —A ver, señoritas, podéis colgar los abrigos en el armario si me dejáis que antes os cuelgue estos collares en...
- —Perdona, Rex —dije, tirando de la mano de Mike mientras dejábamos atrás el gentío de adolescentes que no paraban de reírse—, pero antes de que las cosas se salgan de madre en el vestíbulo, ¿te importa si nos abrimos camino y seguimos adelante?

Mike sacudió la cabeza y me dedicó una sonrisita.

- —Lo siento, colega —dijo, chocando los puños con Rex mientras atravesaba el umbral—. Ya sabes que a Nat no le van mucho las bambis.
 - —Pas de problem —Rex se encogió de hombros—. Más para mí.

Alargué el brazo hacia el cuello de Rex en busca de un collar elaborado con cuentas particularmente llamativas. Eran huecas, de plástico metalizado, y tenían la forma de pluma de pavo real.

—Mira esto —comenté—. Ay, fíjate, se iluminan. ¿Te importa si...?

Rex sonrió a Mike; las pecas de una de sus mejillas se apelotonaron de repente.

—¿Sabes? Casi todas las chicas harían cualquier cosa por conseguir este collar tan especial. No sé si es que me la he pillado ya, o si tienes una novia muy persuasiva.

—Aunque ambas circunstancias no son excluyentes —bromeó Mike.

Rex hizo un gesto para que nos acercáramos y señaló con la barbilla la pancarta que colgaba de lo alto: «Chupitos por delante, envites por detrás».

- —No hagáis caso de los carteles —dijo—, aunque sí, en la parte de atrás se juega al póquer. Pero el mejor alcohol lo encontraréis arriba, en la biblioteca de mi padre adquirió una expresión de seriedad—. Os lo digo en plan confidencial.
 - —La discreción es nuestro sello —respondí—. Gracias, Rex.

A medida que Mike y yo nos encaminábamos hacia el confidencial alijo de alcohol en la biblioteca, escuchamos a Rex, que se había girado de nuevo hacia las púberes ligeras de ropa que permanecían en el vestíbulo.

—Y ahora, preciosas, antes de permitiros la entrada a la fiesta —decía—, necesito una pequeña señal que demuestre vuestro eterno afecto hacia mi persona…

Mike sacudía la cabeza y se reía, pero cuando me fijé en nosotros dos, subiendo por la escalera curvada, hice que nos detuviéramos en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Mike.

Señalé hacia nuestro reflejo en el gigantesco espejo de marco dorado que ocupaba la mayor parte de la pared. Habíamos salido de mi casa en dirección a la fiesta con tal precipitación (para esquivar la oscilante cámara de fotos de mi madre) que era la primera vez que tenía una visión de cuerpo entero de nuestros disfraces.

Mi elegante vestido estilo años veinte, rosa pálido y adornado con lentejuelas, se completaba con guantes blancos hasta el codo y sandalias plateadas de medio tacón. Mi madre se había pasado una hora haciéndome tirabuzones en el pelo, y ahora me caían, oscuros, un poco más abajo de los hombros. Todas las chicas de la fiesta llevarían peinados sujetos con enormes cantidades de laca, pero a Mike le gustaba pasarme los dedos por mi larga melena. Además, yo me encontraba más elegante con el pelo suelto. Pronunciadas ondas castañas me enmarcaban la cara, maquillada al mínimo, y la única concesión a lo vulgar que me había permitido para la fiesta eran unas pestañas postizas. Las aleteé con aire recatado mientras miraba a Mike —con su sombrero de copa negro, su esmoquin a medida y su camisa con chorreras— quien, a través del espejo, me dedicó un guiño seductor.

Cogidos de la mano, parecíamos auténticas altezas reales. La pareja perfecta.

Aún no se me había ocurrido cómo responder —o cómo eludir en la medida de lo posible— el inquietante mensaje que mi padre me había enviado la noche anterior, pero el hecho de vernos a Mike y a mí en las escaleras me hizo sentirme mucho mejor con respecto al cúmulo de problemas que pendían sobre mi cabeza.

«Mírame. Míranos». Había conseguido llegar *demasiado* lejos como para echarme atrás ahora.

—Suerte que se me ocurriera que este año nos disfrazáramos en plan elegante — bromeó Mike.

Me arrancó de la mano la máscara tornasolada, adornada con plumas, y se puso a darle vueltas antes de colocármela sobre la cara.

—Sí, eres un genio —respondí.

Esbocé una sonrisa satisfecha y una vez que hubimos alcanzado lo alto de las escaleras abrí la puerta semicircular de madera que daba paso a la biblioteca.

En el interior de la estancia, cuyo suelo cubría una lujosa moqueta, se encontraba la clásica estantería de lujo, encargada a medida. Las baldas de suelo a techo exhibían los grandes clásicos de Occidente, con los títulos labrados en oro sobre los gruesos y desvaídos lomos. Un par de divanes de cuero granate, estilo psiquiatra, se situaban frente a frente en el centro de la habitación, y una escalera deslizante otorgaba al lugar un toque adicional de elegancia. Aquel ambiente te provocaba la sensación de que los libros no eran más que un telón de fondo de lo más importante de la biblioteca que, ni que decir tiene, era el mueble bar de cristal tallado situado cerca de los ventanales.

Fue una agradable sorpresa descubrir que Mike y yo estábamos solos. Tal vez Rex había tenido más acierto del que yo le consideraba capaz a la hora de decidir a quién incluir en el grupo «confidencial». Mientras Mike descorchaba una botella de champán, salí al balcón en busca de aire fresco.

—¿Por qué brindamos esta vez? —preguntó mientras se acercaba desde atrás con dos copas rebosantes.

Bajé la vista al jardín, donde la fiesta se encontraba en pleno apogeo. Rex había instalado la misma carpa de lona adornada con cuentas de todos los años. Y las mismas siluetas en estado de embriaguez se apiñaban alrededor de la piscina. Podría haber encontrado yo algo reconfortante en semejante familiaridad, pero aquella noche en concreto me resultaba cargante.

Miré a Mike y levanté mi copa.

- —Por un vuelco en nuestra vida.
- —Siempre he querido dar un vuelco contigo en un balcón —susurró. Apartamos las copas de exquisito champán y Mike me atrapó entre sus brazos. Me inclinó hacia atrás y con una mano me subió el vestido. Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un gemido. En el balcón el ambiente era fresco, despejado; pero el calor que emanaba de Mike consiguió que la cabeza me diera vueltas, o acaso se trataba del efecto del champán. Sus manos me resultaban tan cálidas, tan firmes, tan conocidas, tan...
- —Luces, cámara, ¡acción! —un marcado acento sureño nos interrumpió. Levantamos la vista hacia la cegadora luz blanca de una cámara de vídeo.
- —¿Es que no sabes llamar a la puerta? —espeté mientras me bajaba el vestido de un tirón.

Baxter Quinn, ataviado de negro de pies a cabeza, descollaba sobre nosotros con una cámara apoyada en el hombro. Por si mi enfado por la interrupción no fuera ya bastante, me indignó el hecho de que no estuviera con Kate. Su cabello claro contrastaba llamativamente con las antiestéticas bolsas de sus ojos. Se encontraba bajo los efectos de la heroína y, en cierto modo, entendí por qué le molaba a Kate — aunque Baxter se alejaba por completo de mis gustos—. Parecía un vampiro con aquel abrigo largo que aleteaba ligeramente bajo la brisa.

—A ver, ¿cómo voy a grabar algo bueno si llamo a la puerta? —se mofó Baxter con desdén—. En todo caso, la última vez que fui a enterarme, la biblioteca estaba abierta para todos a los que Rex ha dado luz verde.

Arqueé las cejas y me crucé de brazos.

Los ricos —empezó a enumerar Baxter señalando a Mike—. Las altezas reales
prosiguió, girándose hacia mí. Finalmente, se señaló a sí mismo—. Y los camellos
abrió su abrigo negro y dejó a la vista todo un arsenal de polvos y pastillas.

Mike señaló con la barbilla el abrigo de Mike.

—¿Estás tan colocado que no te acuerdas de que la fiesta es de disfraces? — preguntó.

Baxter fue a dar un puñetazo en plan de broma en el hombro de Mike, pero se tropezó con una mesa de centro y acabó derrumbado sobre el sofá. De haber sido cualquier otra persona, le habría ayudado a levantarse; pero dado que el siguiente tropezón de Baxter era cuestión de minutos, decidí no malgastar energías.

—¿Es que no reconoces mi disfraz? —preguntó a Mike arrastrando las palabras al tiempo que se acomodaba en el sofá y cruzaba las piernas sobre la mesa de centro—. Hasta el más idiota sabe que lo mejor de Mardi Gras es cuando las chicas se vuelven salvajes. Y ya que me va el rollo del cine, he cargado con el marrón. Hoy se ponen a la vista las mejores tetas.

Elevé los ojos al cielo, de pronto encantada de que Kate no estuviera presente.

- —No imaginaba que Rex daría luz verde al alcohol de la biblioteca a semejante cerdo borracho y drogadicto.
- —No te ralles, Nat —dijo Baxter mientras se inclinaba hacia delante y, desde el sofá, trataba de introducir un dedo por debajo de mi falda. Le propiné un manotazo.
- —Veamos otra vez esa toma de la entrepierna —instó—. Normalmente, las cosas no se ponen tan al rojo vivo hasta medianoche, por lo menos —empezó a manipular la cámara para reproducir algunas de las secuencias que había grabado—. Hasta ahora, lo más jugoso que he conseguido ahí abajo es a Justin Balmer dando traspiés con su boa.
 - —¿Cómo? —tenía toda mi atención—. Déjame ver eso. ¿Qué hace J.B.?
- —Pedir a gritos que se carcajeen de él, eso es lo que hace —repuso Baxter mientras rebobinaba la cinta para enseñárnoslo—. Alguien debería pararle los pies a ese tío. Borracho como una cuba, menudo espectáculo.
 - —Ni que lo digas —mascullé mientras Mike y yo nos inclinábamos para mirar

por encima del hombro de Baxter. La cámara temblaba hasta el punto de que no se apreciaba gran cosa; pero saltaba a la vista: J.B. estaba haciendo el ridículo a base de bien. Se encontraba junto a la piscina, exhibiendo un sujetador de encaje relleno de calcetines que debía de haberle prestado alguna de las bambis. Llevaba los labios pintados de rojo, minifalda de cuero y medias de rejilla; no era precisamente el colmo de la elegancia.

Fruncí los ojos.

—Vayamos ahí abajo —dije.

Mike asintió, encantado ante una excusa para huir de Baxter. Sirvió una última ronda del delicioso champán.

- —Un brindis al estilo regio —propuso mientras me entregaba mi copa—. ¿Quién sabe qué estarán bebiendo los plebeyos ahí abajo?
- —¿Seguro que no queréis representar otra escena de sexo para la cámara? preguntó Baxter elevando la voz—. Os haríais famosos en Internet.
- —Adiós, Baxter —dije yo, dejándolo tirado en el sofá capitoné de cuero—. Gracias por el preestreno.

En las escaleras, Mike y yo nos detuvimos una vez más para posar ante el espejo de marco dorado. ¿Por qué cada vez que me veía tan elegante me tenía que venir a la cabeza el maldito mensaje de mi padre?

Me dispuse a seguir bajando los escalones pero Mike me tiró de la mano.

- —No te alejes demasiado cuando salgamos ahí afuera —advirtió—. No quiero que algún enmascarado se te lance encima.
 - —Te lo prometo —respondí con otro susurro, mirando otra vez sus ojos oscuros.

Una vez en la cocina, dejamos atrás el bufé de cangrejo cocido y el cartel que colgaba sobre él: «Muerde la cola y chupa la punta». Nos detuvimos junto a un nutrido grupo de chicos que se había congregado delante del frigorífico. Sujetaban una cerveza con una mano y, con la otra, un collar de cuentas. Trataban de interpretar un redoble de tambores sobre sus muslos, lo que resultaba imposible debido al estado etílico en que se encontraban.

- —¿Qué tenemos aquí? —preguntó Mike.
- —Pide y recibirás —respondió uno de los chicos, lanzando a Mike un collar.

Al momento, una multitud de chicas formó una cola frente al grupo. Colocaron las manos en la parte inferior de sus camisetas, dispuestas para la acción.

—Y ahora... ¡venga esa ola! —dio la entrada uno de los chicos.

Las chicas empezaron a lanzar alaridos y, una tras otra, se fueron levantando la camiseta, formando una ola hasta el final de la fila. Una vez que todos los sujetadores de encaje se hubieron dejado al descubierto, sus respectivas propietarias fueron recompensadas con una mezcla de collares de cuentas y saliva.

—¡Repetimos! —gritaron los chicos.

—Nos vamos —anuncié a Mike, y le saqué de la carpa de lona.

Por suerte, la fiesta a cielo abierto se encontraba en un escalón superior en la escala de elegancia. Una banda interpretaba antiguos *blues* de Nueva Orleáns sobre un escenario giratorio instalado en mitad de la pista de baile. Alrededor de la banda, casi todos los señoritos de clase alta tenían pinta de *friquis*, y se tapaban la cara con enormes máscaras de plumas.

Desde el bar, Kate, ataviada con su negligé rosa fucsia, nos saludó con la mano. Llevaba el pelo recogido en un moño trenzado, y parecía ser la única chica de la fiesta que no se había molestado en ocultarse la cara con una máscara. Sus zapatos de tacón con plumas repiquetearon sobre el parqué cuando se precipitó hacia nosotros.

- —¡Tenéis un aspecto regio! —exclamó, mirando a Mike de arriba abajo y dedicándome a mí un solemne gesto de asentimiento en señal de admiración.
- —Hemos estado con Baxter, arriba —anuncié, observando cómo la cara se le iluminaba mientras se tiraba del corsé hacia las caderas. Me incliné hacia ella y, colocándole una mano alrededor de la oreja, le dije en tono confidencial—: Por lo que se ve, no le vendría mal un boca a boca.
- —No me digas más —cuchicheó y, acto seguido, se alejó a toda velocidad en dirección a la casa. No entendía yo muy bien por qué Kate estaba por Baxter; pero mi costumbre era ser indulgente con quien se lo merecía. No era mi intención interponerme en su camino. Además, tenía asuntos más importantes en la cabeza. Como, por ejemplo, encontrar a J.B.

Examiné el gentío y descubrí a unas chicas de último curso en el rincón más apartado. Se cantaban unas a otras mientras agitaban sus gigantescas boas de todos los colores. Era una nube de plumas que planeaba sobre los vestidos negros y ceñidos, en sus distintas versiones.

—¿Te apetece bailar con las chicas? —preguntó Mike.

Miré a mi alrededor para enterarme de qué más estaba ocurriendo. Me encantaba bailar, y veía un cierto erotismo en el hecho de que tanto chicos como chicas estuvieran de incógnito bajo su máscara. Pero, por otro lado, no quería estar de incógnito cuando Mike se encontrara con J.B.

El tacto de una desagradable mano en mi trasero me dio a entender que no tenía que esperar más. Me giré de golpe y me quité la máscara.

—Ay, lo siento —susurró J.B.—. Pensé que eras otra persona, una chica que conocía. Me he equivocado.

Coloqué el brazo en alto para propinarle una bofetada, pero Mike estaba justo detrás de mí.

- —Las manos quietas —siseé a J.B.
- —Venga ya, muñequita. ¿Es que no sabes que en Mardi Gras se permiten los pecados de la carne?

- —No me llames eso —advertí por lo bajo mientras que el estómago se me encogía tras escuchar el apodo—. Y para que conste, mi carne nunca está a tu disposición.
- —Hola —dijo Mike, sumándose a la charla—. Oye, Balmer, eres una mujer sencillamente espantosa.
- —Y tú no te has vestido como corresponde —replicó J.B. clavando la mirada en el esmoquin de Mike. Por la expresión un tanto cohibida de su cara, quizá ya se había dado cuenta de lo ridículo que estaba—. Creí que ibas a disfrazarte a juego conmigo.
- —Cambio de planes —me encogí de hombros, recordando lo que Baxter había comentado en el piso de arriba sobre que J.B. estaba pidiendo a gritos que se carcajearan de él—. Creo que necesitas otra copa. Puede que te haga olvidar lo poco favorecedoras que resultan esas medias de rejilla —me giré y vi un gentío congregado alrededor de la piscina—. Mirad —dije con tono inocente—. Beben cerveza haciendo el pino sobre un barril. Parece divertido.
 - —¿Quieres probar? —preguntó Mike.
 - —No —respondí—. El que quiere es J.B.
- J.B. me miró de arriba abajo. Sus ojos se veían vidriosos, achispados. No entendí por qué, de pronto, me sentía más desnuda que cuando Mike me había subido el vestido hasta la cintura.
 - —Me suena a desafío —observó.

En cuestión de minutos, Mike, Rex y un par de compañeros del equipo de fútbol habían levantado a J.B. en el aire. Tenía las piernas separadas y balanceaba la boca sobre la espita del barril con la intención de agarrarla. No tuve que levantar un dedo para conseguir que una multitud se congregase alrededor.

- —¡Bebe! ¡Bebe! ¡Bebe! —gritaba el gentío al unísono.
- J.B. dedicó un honroso período de tiempo a chupar del barril, y me abrí paso hasta el frente para observar su cara abotargada y cómo daba arcadas por culpa de la cerveza. Cuando hizo una seña suplicando misericordia, los chicos volvieron a izarle y lo pusieron de pie. Una ovación en honor al triunfador de cara verde recorrió el ambiente. Me quedé de pie entre mis compañeras de último curso y aguardé a que J.B. hiciera algo lo bastante impúdico como para conmocionar a la concurrencia. Todo el mundo sabía que Justin Balmer no era precisamente un encanto cuando se agarraba una curda.
- —¡Fuera! —vociferó J.B. a medida que, tambaleante, se acercaba a los arbustos —. Voy a echar la pota.
- —Repugnante —declaró mi amiga Amy Jane Johnson, al tiempo que pasaba entre sus compañeras de último curso la antigua petaca de su abuela—. Lo de beber cerveza haciendo el pino es una horterada. ¿Por qué se le ha ocurrido a J.B.?
 - -No dijiste lo mismo cuando te lo montaste con Dave Smith justo después de

que hubiera bebido boca abajo el verano pasado —bromeó Jenny Inman dando tirones de su top negro, inusitadamente corto.

- —Eso era distinto —replicó Amy Jane mientras se abanicaba con su máscara—. Dave Smith jugó en Wimbledon. Tiene carta blanca.
- —¡Otra vez! —gritó alguien. Levanté los ojos y vi las siluetas abrazadas de Baxter y Kate en el balcón de la biblioteca—. ¡Vamos, píllatela! —vociferó Baxter.

Sorprendentemente, J.B. obedeció la llamada a la borrachera. Por muy indignadas que mis amigas y yo asegurábamos estar, nos pusimos a lanzar vítores con el mismo entusiasmo cuando la acrobacia empezó de nuevo, desde el principio.

Una vez que los chicos hubieron colocado a J.B. de pie por segunda vez, Rex se plantó delante del micrófono y, con un tenedor, dio unos golpecitos en su copa de cristal tallado.

—Muy bien, juerguistas —dijo elevando la voz—. Como anfitrión de la fiesta, decreto una sesión de natación sin ropa. En la piscina. Lo antes posible. Tenéis cinco minutos para quitaros esos disfraces espantosos —hizo un gesto en dirección al top de lamé dorado y lleno de desgarrones que llevaba un alumno de primero—. Encontrad un sitio seco para dejar vuestras plumas y meted en el agua esa preciosidad de cuerpos —a modo de énfasis, agarró a una bambi por el trasero—. Órdenes de Rex. Quien no las cumpla, que se las pire.

Instantes después, el ambiente de la fiesta dio un giro a medida que la gente se trasladaba a la piscina. Las chicas de último curso formaron un corro con hamacas para colocar su ropa, mientras que las bambis, novatas en cuanto a las normas establecidas en las fiestas de Rex, discutían entre sí sobre si estaría lo bastante oscuro para que no importara desnudarse.

Noté que Mike me cogía de la mano.

- —Ven aquí —susurró.
- —De eso nada; no pienso bañarme desnuda —espeté.
- —Sí, conozco tu inexplicable aversión por la natación en cueros —bromeó mientras tiraba de mí en dirección a los arbustos—. Aunque no es eso lo que tenía en mente.

Le di un apretón en la mano y sonreí. Había acertado de lleno en la elección del momento para una cita íntima en el jardín lateral.

Cuando llegamos, me sorprendió encontrarme con Justin, desplomado junto a un árbol de cornejo. Un manto de musgo colgaba de los árboles como una cortina y nos separaba de la fiesta.

- —La segunda ronda lo ha dejado hecho polvo —comentó Mike. Se le notaba preocupado.
- —Vale, se ha pasado un poco. ¿Qué tiene de malo? —repliqué yo—. Ya es mayorcito; puede soportar algo de...

—¿Intoxicación etílica? —concluyó Mike por mí.

Solté un suspiro. La panda de la piscina pegaba tales gritos que me costaba pensar. Dado que todo el mundo se estaba bañando desnudo, aquella fiesta acabaría igual que siempre. Si Mike y yo nos quedábamos, el vuelco en nuestra vida al que aspirábamos podría convertirse en una causa perdida.

Me coloqué en cuclillas frente J.B., cuyo estado era prácticamente catatónico.

—Puede que solo necesite un poco de aire —dije por fin—. ¿Y si damos una vuelta en coche, los tres? A lo mejor conseguimos devolverle a la vida.

Capítulo VI

Grandes dificultades



—¡Uf! Es un peso muerto —me quejé a Mike minutos después, cuando acarreábamos el cuerpo inerte de J.B. hasta el camino de acceso—. ¿Por qué habremos aparcado tan lejos?

—Porque no habíamos contado con que las cosas acabaran así —repuso Mike, con aspecto despreocupado, como si la parte de la carga que le correspondía fuera tan ligera como una boa de plumas.

Sujetaba a J.B. por las axilas, mientras que yo lo agarraba por las piernas. Me tropezaba por culpa del peso, aunque ello no me impedía disfrutar de una perspectiva privilegiada de la verdosa cara de nuestro paciente.

Mike pulsó el botón de apertura de su Chevrolet Tahoe. Por suerte, aquella noche habíamos cogido su coche en vez del pequeño Mazda Miata de ocasión que el nuevo novio de mi madre le había regalado a modo de soborno.

—Venga, metámoslo adentro —indicó Mike.

Tumbamos a Justin en el asiento trasero, y Mike bajó las ventanillas para que entrara el aire fresco de la noche.

—Creo que tengo una botella de agua en mi bolsa de deportes, en algún sitio — comentó, y se encaminó al maletero para rebuscar entre sus cosas.

Al quedarme más o menos a solas con J.B. por unos instantes, bajé la vista a su rostro. A la mañana siguiente se iba a sentir fatal, pero por el momento tenía un aspecto de lo más pacífico. A pesar del maquillaje, se distinguía su cutis claro y las pecas que le otorgaban aquel engañoso encanto infantil.

El carmín rojo de sus labios había dado paso a una mancha color castaño que le teñía las comisuras de la boca, sus pestañas estaban apelotonadas por un exceso de rímel y había purpurina, en fin, por todas partes. Sin darme cuenta, le pasé la mano por la frente para alisar un pegote de purpurina procedente de las cejas. Le aparté un rizo de pelo rubio de los ojos.

Los abrió.

- —Nat —susurró—. ¿Eres tú?
- —¡La he encontrado! —anunció Mike con un grito desde el maletero. Dio la

vuelta al coche y mostró una botella de plástico reutilizable con el emblema del instituto Palmetto en blanco—. Toma —le dijo a J.B.—. Bebe.

- —No puedo beber nada más —gruñó J.B.—. Voy a vomitar.
- —Pues no sería la primera vez de la noche —añadí mientras confiaba en desterrar de mi mente el inquietante momento de intimidad que J.B. y yo acabábamos de compartir.
 - —¿Dónde estamos? —preguntó J.B. Parecía completamente perdido.
 - —Te hemos sacado de la fiesta —explicó Mike.
 - J.B. asintió, dio un torpe trago de agua y volvió a desmayarse sobre el asiento.

Mike chasqueó la lengua y cerró la puerta del coche. Luego, me apoyó sobre la carrocería, me acarició el pelo y estrechó su cuerpo contra el mío. Noté cómo me envolvía aquella calidez tan familiar, pero a la vez estaba pensando qué aspecto daríamos a través de la ventanilla si J.B. recobraba el conocimiento: mi cabello oscuro extendido por el cristal, mis brazos inmovilizados por encima de mi cabeza, los anchos hombros de Mike cubriendo los míos.

Mike me besó y, luego, me miró a los ojos.

- —¿Adónde vamos? —preguntó.
- —A dar una vuelta, nada más.

Mike arrancó el motor y al momento estábamos abandonando el amplio camino circular que daba acceso a la casa de Rex, dejando atrás una hilera interminable de coches deportivos y todoterrenos tuneados, propiedad de nuestros compañeros de instituto.

- —¿No te parece raro que esta sea nuestra última fiesta de Mardi Gras? —observé, mientras me venía a la mente la juerga que aún se celebraba en la piscina. Por lo general, no solía irme de una fiesta hasta que... bueno, hasta estar convencida de que no me iba a perder nada interesante que pudiera ser fuente de cotilleos en el instituto, a la semana siguiente.
- —¿A qué te refieres con lo de la última fiesta de Mardi Gras? —preguntó Mike —. ¿Y la del año que viene? ¿Y la del siguiente? Dicen que hay gente que celebra el carnaval todos los años de su vida.
- —Ya sabes lo que quiero decir —repliqué mientras me desconchaba un fragmento de mi esmalte de uñas rosa pálido. Un tic nervioso. Cuando me hacía la manicura, nunca me duraba más de un día—. Es nuestro último Mardi Gras del instituto Palmetto. Nuestro último Mardi Gras invitados por Rex Freeman. El año que viene, quién sabe dónde estará cada cual. Puede que las cosas hayan cambiado por completo —pasé los dedos por la nuca de Mike—. ¿No tienes a veces la sensación de que este año es como una constante última vez?

Mike me dio un apretón en el muslo.

—Si Rex te oyera hablar así, celebraría otra fiesta de carnaval mañana mismo.

Confía en mí, segundo de bachillerato en el Palmetto no significa el final —miró por el espejo retrovisor—. ¿No es verdad, Balmer? ¿Cómo te va ahí detrás?

- —Estoy mal —gruñó J.B.—. Muy mal.
- —Ni se te ocurra vomitar aquí dentro, Balmer —amenacé, girándome hacia atrás—. A ver —le dije a Mike—. Para aquí y aparca el coche.
- —¿En la iglesia? —preguntó Mike un tanto tenso. Pobrecillo, ya le ponía bastante nervioso tener que acudir una vez por semana.
- —¿Por qué no? —me encogí de hombros—. No creo que al pastor se le ocurra montar un control de alcoholemia a la una de la madrugada.
- —Mamá, hoy no voy a la iglesia —gimió Justin desde el asiento trasero. Se le había ido la olla.
 - —¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? —preguntó Mike.

Me empecé a partir de risa. Traté de imaginarme el tono de voz que pondría la madre de J.B. cuando le pillara haciendo algo que fuera en contra de sus normas, curiosamente indulgentes. Durante la mayor parte de la semana, la señora Balmer debía de estar demasiado concentrada en aumentar los ahorros de su hucha, destinados a una operación de cirugía estética en el pecho, como para pararse a pensar en lo que hacían sus hijos; pero arrastraba a los chicos a la iglesia todos los domingos sin excepción. No había nada de peor gusto que el que la gente te viera sentada en el banco sin la compañía de tus preciosos retoños.

- —Bueno, Justin, tesoro —dije, imitando el marcado y empalagoso acento sureño de su madre—. Me parece que tienes algunos pecados que habrá que expiar. ¿Qué mejor lugar que la casa de Dios?
 - —Nat —advirtió Mike.
- —Solo le estoy tomando el pelo —repuse entre risas—. Hazme caso, mañana no se acordará de nada.

Mike se detuvo cerca de la capilla y apagó el motor. Nos bajamos y abrimos la puerta del asiento trasero.

- —¡Arriba! —dijo Mike. Levantamos a J.B. y lo acarreamos hasta el césped.
- —Vamos a colocarlo donde montan el nacimiento, en Navidad —sugerí—. Estará igualito que el Niño Jesús.
- —No —lloriqueó J.B., aún desvariando—. Mamá, no puedo ir a la iglesia así vestido. Parezco la abuela, pero con resaca.

Para entonces, Mike se reía con tantas ganas que apenas conseguía transportar su parte de la carga; pero cuando agarré a J.B. por los tobillos, cubiertos con medias de rejilla, se me ocurrió una idea total y absolutamente genial.

Justin se encontraba en un estado semiinconsciente, y aún le consumía la idea de que su reputación se pusiera en entredicho por culpa de su impresentable disfraz.

A ver, ¿quién tenía la culpa?

Me quedé contemplando el carmín de labios, y la boa de plumas, y el solitario zapato de tacón que no se le había caído. Y, de pronto, los vi bajo una luz nueva. La luz del día. Los domingos por la mañana, en el Cinturón de la Biblia^[1] amanecía muy temprano. Y todo el mundo que era alguien asistía a la iglesia —entre otros, los miembros de la mesa electoral para la Corte del Palmetto—. Además, Tracy había comentado que algunos de los jueces se estaban cuestionando la candidatura a príncipe de J.B. Y Baxter había dicho que J.B. se merecía que se rieran de él por presentarse a la fiesta vestido de mujer.

- —Mike —dije despacio, en voz baja—, ¿no crees que sería divertido dejarlo aquí, solo?
 - —Mmm, no mucho —repuso Mike, que ya no se reía.
- —Piénsalo —me dejé caer en el suelo, a su lado, y empecé a pasarle los dedos por el pelo—. Justin Balmer, tan joven, tan perfecto, descubierto en plan travesti…

Mike no parecía convencido.

- —Venga ya —insistí con voz melosa—. Hace mucho que no ponemos en práctica alguna de nuestras bromas. De todas formas, lo más seguro es que se despierte cuando el pastor llegue a la iglesia a primera hora de la mañana. Tendrá que hacer autostop para volver a casa vestido de ese modo, nada más.
- —Pero... —Mike empezó a protestar mientras yo le iba besando a lo largo de la mandíbula—. Bueno, la verdad es que vive muy lejos de aquí, en la zona Oeste del distrito de Palmetto —comentó.
- —Exacto —repuse yo, notando que mi plan cobraba fuerza por momentos—. ¿En serio quieres conducir tanta distancia con lo que has bebido?

Mike se encogió de hombros y me dedicó un pequeño gesto con los labios a modo de sonrisa. Lo había convencido. Estaba segura.

- —Me figuro que sí, sería gracioso. Siempre que le dejemos el agua y confirmemos que tiene nuestros números en su móvil.
- —De acuerdo —acepté—. No queremos llevar la broma demasiado lejos —volví la vista para asegurarme de que J.B. seguía inconsciente. Comprobado.

De vuelta en el coche, agarré la botella de agua y alcancé mi bolso para sacar el pintalabios. El color no resultaba tan llamativo como el que J.B. había utilizado para la fiesta, pero pensé que debía retocarle la cara antes de que lo dejáramos tirado.

El motor ronroneaba. Mike se giró desde el asiento del conductor.

- —Nena, me estoy poniendo de los nervios —admitió—. Aquí solo, borracho, en la iglesia. Pone los pelos de punta. Date prisa, ¿vale? Voy a dar la vuelta al coche.
- —No te preocupes —respondí, haciendo un gesto de asentimiento en plan novia comprensiva—. Vuelvo enseguida.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando otra cosa me llamó la atención. Era un rollo de la cuerda trenzada de color blanco que los King utilizaban para mantener sus

barcos amarrados al muelle. Mmm, no veía por qué no podía utilizarse para amarrar *otras* cosas. Aunque Mike había aceptado mi plan porque pensaba que J.B. se despertaría y saldría huyendo antes del primer repique de campanas, tendría más gracia ponerle al chico algún obstáculo. Como todo el mundo sabía, reflexioné, «donde las dan, las toman», y ya era hora de que J.B. se quedase indefenso. Me metí la cuerda en el bolsillo y salí corriendo hacia el césped.

Seguía tumbado donde lo habíamos dejado, con la cabeza apoyada en la base de una palmera. Siempre me había parecido que el portal de Belén resultaba un tanto ridículo en aquel bosquecillo de palmeras importadas del sur de Florida. Y ahora me disponía a añadir otra excentricidad al recinto de la iglesia.

Volví la vista atrás para cerciorarme de que Mike había girado el coche. Las luces traseras brillaban a la vuelta de la esquina. Perfecto. Seguro que a Mike no le molaría ese rollo de las ataduras. Era gracioso: si J.B. estuviera consciente, sería exactamente la clase de tío que se prestaría a que lo ataran. Mientras le pasaba la cuerda alrededor de las muñecas —lo que me costaba bastante debido a los guantes—, abrió los ojos otra vez.

Una ligera sonrisa insolente se le extendió por el rostro.

—Pero ¿qué haces? —susurró.

Me incliné hacia delante y acerqué mis labios a los suyos.

- —Nada bueno —respondí, y tensé el nudo alrededor de la base del árbol—. Ahora, sé un buen chico y vuélvete a dormir.
 - —Vale —inclinó la cabeza con signos de mareo y cerró los ojos de nuevo.

Ahogué una carcajada. Debía de ser la primera vez que J.B. me obedecía sin rechistar. Le apliqué otra capa de pintalabios. ¿Qué más necesitaba para completar su aspecto? ¿Otro collar de cuentas? ¿Un condón bien ajustado? Antes de pararme a pensarlo, me puse a hurgar en sus bolsillos en busca de algún objeto clave.

Bingo.

Envolví con los dedos un bote naranja de pastillas con prescripción médica, que saqué a tirones. Mmm... ¿Y si, estratégicamente, esparcía las pastillas secretas de J.B. sobre la hierba, alrededor de su cuerpo inconsciente? De acuerdo, tal vez aquello fuese llevar la broma demasiado lejos.

Sostuve en la mano el bote de píldoras y bajé la vista hacia la cara de J.B. Sus ojos cerrados se veían muy pacíficos. Pero él no se encontraba en paz, para nada; solo estaba tan inconsciente que a la mañana siguiente no se acordaría de nada.

Lo extraño era, comprendí, que yo quería que se acordara. Quería que sintiese la vergüenza de saber que yo estaba detrás de todo esto. Él habría empezado la pelea, sí; pero yo iba a reírme en último lugar. Introduje el bote en la chaqueta de esmoquin de Mike.

—Puede que esto te ayude a recobrar la memoria por la mañana —dije, al tiempo

que le daba palmaditas en la cabeza—. Que duermas bien.	

Capítulo VII

Nada en su vida le sentó tan bien como perderla



En sueños, estoy esperando. Con mi corona y mi vestido crudo hasta los pies, escotado por detrás. Estoy de pie en el umbral del club de golf Scot's Glen, aguardando a que los cascos de caballo doblen la esquina y me lleven a reunirme con mi príncipe.

El momento llega tan deprisa, con tanta facilidad, que apenas me acuerdo del anuncio de nuestra victoria. Pero no me importa. Será en la carroza donde todo comience.

Cuando por fin el carruaje aparece alrededor de la esquina, es incluso más imponente de lo que imaginaba. La carroza es opulenta, con la forma de un gigantesco huevo de Pascua plateado, y está decorada con rosas blancas y lazadas de luces centelleantes. Hasta el conductor va vestido con un traje de montar blanco y, cuando se baja del pescante, me hace una reverencia y abre la puerta.

Para mi sorpresa, echo a correr en su dirección. Y, en el sueño, mis tacones de aguja blancos no se clavan en la hierba del campo de golf. Mis damas de honor no muestran desdén alguno por mi despliegue público de emoción. Corro en dirección a Mike, hacia la celebración de nuestro futuro. Este recorrido en carroza sentará las bases para todos los futuros elegidos para la Corte del Palmetto.

- —Milady —el conductor me dedica una amplia sonrisa y me besa la mano, enfundada en un guante blanco.
- —Gracias —esbozo una sonrisa recatada, afirmo con la cabeza y permito que me ayude a subir al carruaje para tomar asiento.

¡Puf!

Una ráfaga de humo me impide ver el interior del vehículo. Luego, escucho una voz:

—Cambio de planes, princesa.

Atacada por la tos, agito una mano entre la niebla y, cuando el ambiente se despeja, me quedo boquiabierta. Justin Balmer está sentado junto a mí, en el lugar que le corresponde a Mike.

Hasta el momento, el sueño había sido maravilloso. Da la impresión de que el

esmoquin negro de Justin y su pajarita verde esmeralda ocupan por completo el espacio de la carroza, provocando que me falte aire, y se diría que J.B. ha aumentado de tamaño.

Cuando me sonríe, sus ojos verdes taladran los míos.

- —¿No te dejé en la iglesia? —pregunto, aferrándome al asiento.
- —Ah, allí me volverás a encontrar —J.B. esboza una sonrisa enigmática—. Pero tanta atadura era un aburrimiento y, además, quería darte un consejo.

Niego con la cabeza.

- —Última hora: nosotros ganamos; tú perdiste. Prueba a ofrecer tus sabias palabras a alguien más patético que tú, si es que puedes encontrarlo.
 - —No —replica él—. El mensaje es para ti.

Su tono de voz me hace subir la vista para mirarle. Tiene los labios fruncidos, pero sus ojos se notan desenfadados, casi risueños. De una manera extraña, parecen ser lo único vivo de su rostro. Resultan hipnotizantes y familiares a la vez.

- —¿Qué estás haciendo? —pregunto.
- —Sonreír —responde—. Con los ojos, ¿te acuerdas?

Aún en sueños, mi mente se traslada al pasado. Algo en su rostro despierta en mí un recuerdo temprano: J.B. colocando en fila a todas las chicas de tercero de secundaria, antes de nuestro primer baile. Hacía gestos afeminados mientras trataba de enseñarnos a abrir los ojos de par en par seductoramente al tiempo que manteníamos la boca cerrada, siguiendo las normas de la buena educación. A medida que se iba trasladando a lo largo de la fila, las chicas se reían sin parar. Yo sudaba bajo mi vestido de algodón de cuello alto. Justin se detuvo delante de mí y, entonces, fue él quien se quedó paralizado. «Me suenas. ¿Nos conocemos?».

- —Aún tienes que aprender a hacerlo —dice J.B., sosteniendo mi mirada. Sus ojos verdes derrochan fuerza, aunque empalidece y sus labios se vuelven de un tono azulado.
- —No puedes estar aquí —digo yo, por fin, apartando a un lado la cortina blanca de la ventanilla de la carroza. Empiezo a sentir claustrofobia—. Tienes que marcharte. Mike se va a presentar de un momento a otro.
- J.B. sacude la cabeza y, de pronto, se muestra agotado. Y luego noto otra bocanada de aire —esta vez, gélido— cuando Justin aparta la mirada. Siento un escalofrío y se me pone la carne de gallina.
 - —Ya te lo he dicho —me susurra—, ha habido un cambio de planes.

Acto seguido, se recuesta en su asiento y, poco a poco, cierra los ojos.

—¡Natalie Carolina Hargrove!

Abrí los ojos de golpe al oír los gritos de mi madre que, a la mañana siguiente, llegaban desde la cocina. Zarandeé la cabeza para quitarme el sueño de la mente, más

bien para desterrarlo; pero me alarmé al comprobar que seguía con la carne de gallina. Me cubrí la cabeza con el edredón y volví a enterrar la cara en la almohada justo cuando mamá anunció a gritos:

—¡Han llegado los Duke! Baja a desayunar con tu futura familia.

Venga ya. ¿Mi futura *familia*? Eso era muy fuerte, aun viniendo de mamá. Quizá estuviera empeñada en continuar con aquel desafortunado noviazgo, pero de ninguna manera estaba yo dispuesta a considerar a Richard Duke, o a su regordeta hija Darla, como parientes.

—¡No tengo hambre! —respondí también a gritos. Ya que iba a tener que acudir a la iglesia con los Duke y someterme al escrutinio de los implicados en la Corte del Palmetto, existía un límite en la cantidad de tiempo que, en mi sano juicio, podía acceder a pasar con ellos. Sabía que desayunar con la última aventura financiera de mi madre me llevaría a la bancarrota mental, y aquella mañana necesitaba encontrarme en plena forma cuando llegásemos a la iglesia.

—No me vale la excusa —replicó mamá. Había abierto una rendija en la puerta de mi habitación y asomaba su cabeza castaña peinada con rulos—. ¿No puedes hacer un esfuerzo? —preguntó—. ¿Por tu madre? —dobló hacia abajo el labio inferior, un exagerado mohín que resultaba aún más lamentable por la barra de labios color malva mate.

—Creí que dijiste que iríamos a la iglesia —comenté, fijándome en el atuendo de mi madre. Se había recogido sus rizos teñidos con mechas en lo alto de la cabeza, formando un moño estilo años sesenta que daba a entender su dominio del cardado con laca, estilo predilecto entre su círculo de amigas aficionadas al vino blanco. Sus ojos azules estaban bordeados por una sombra plateada que se extendía hasta conseguir una favorecedora —si bien llamativa— forma de ojos de gato. Y su vestido a lunares rojos y blancos le marcaba las curvas hasta tal punto que percibí esa respiración tan característica (bocanadas de aliento breves y rápidas, como en los antiguos tiempos del corsé), aunque ella creía que nadie la notaba. Estaba espléndida... para una actuación de vodevil. Pero mi pobre y encantadora madre, transplantada de una caravana, se encontraba a mundos de distancia de lo que se consideraba oportuno en los bancos de la iglesia del distrito de Palmetto.

—Pues claro que iremos a la iglesia, cariño —repuso mamá con su acento sureño, evidentemente sin captar la situación—. En cuanto te sacudas la resaca con un estupendo y saludable desayuno con los Duke.

Solté un gruñido. Como aún no me había levantado, no estaba segura de hasta qué punto me iba a resentir de la resaca, y no quería que mi madre fuera testigo de mi temida salida de la cama. La noche anterior, una vez que hubimos dejado a Justin con su particular representación de una escena navideña, Mike y yo nos pasamos por la tienda de licores y compramos una botella de champán para el camino de vuelta a

casa. La imagen de J.B. despertándose, con su boa alrededor del cuello, era digna de un brindis. Pero ahora, con mamá rondando por mi cuarto, tuve la impresión de que estaba a punto de pagar un alto precio por acabar la noche con un espumoso de pésima calidad.

Me acerqué con paso inestable hasta el espejo, para calibrar los daños.

Horror. Mi pelo conservaba el lejano recuerdo de los tirabuzones de la noche anterior, ahora aplastados y enmarañados alrededor de la cabeza. El pegamento de las pestañas postizas me había dejado pegotes pringosos en los párpados, y mis labios se veían inflamados y resecos.

—Bueno, por cómo hueles, anoche debiste de pasártelo en grande —dijo mamá, mientras en plan de broma se tapaba la nariz con aire remilgado. Soltó un suspiro—. Me imagino que aprendiste algo bueno de tu madre.

Mamá había sido reina de la belleza de Cawdor County y también una alumna que abandonó los estudios. Cuando por fin tuvo el valor de dejar su empleo de camarera, empezó a trabajar a tiempo parcial en la morgue de Charleston, donde maquillaba a los cadáveres cuyas familias estaban demasiado abatidas como para resistirse. Pero, en las últimas semanas, su hombre del mes le había llenado la cabeza con la idea de ampliar su oficio al mundo de los vivos, y ella había llegado incluso a repartir tarjetas de visita con su nombre de soltera y un eslogan un tanto ambiguo: «Dotty Perch: nada te sentará tan bien».

Ni que decir tiene, la pequeña iniciativa empresarial por parte de mi madre aún estaba por despegar, pero después de diecisiete años de ser la única destinataria de sus consejos sobre cómo «emperifollarte-como-Dios-manda-para-conseguir-al-hombre-que-quieres», apoyaba por completo su búsqueda de una clientela más receptiva.

La vida con mi madre —la clase de madre sin pareja que nunca pasa mucho tiempo sin un novio— supone un constante cambio en nuestra relación: a veces adopta el papel de progenitora y otras, de íntima amiga. Cuando me dieron mi primer beso —a los doce años, en un rincón de la tienda de artículos de pesca y, sí, al lado de los gusanos—, mamá quiso enterarse de más detalles picantes que cualquiera de mis amigas del colegio.

Por desgracia, asumió que su interés en mi vida sexual era mutuo. Hubo un tiempo en el que invariablemente se metía en mi cama cuando la dejaban en casa a la mañana siguiente a una cita. Se acurrucaba junto a mí y se quedaba dormida mientras comentaba lo mucho que se alegraba de que fuéramos tan buenas amigas. Aun cuando le alisaba la sombra de ojos que se le había incrustado en el párpado, formando una pringosa arruga, nunca fui capaz de gruñir lo bastante alto como para despertarla.

De modo que, por descontado, cuando mi madre se ponía en plan progenitora

estricta y trataba, por ejemplo, de obligarme a bajar a desayunar, me costaba tomarla en serio. A veces lamentaba que ella no siguiera mi filosofía a la hora de relacionarme con Binky, es decir, escoger el extremo de la línea en el que quieres estar y no moverte de ahí.

Ahora, mamá cogió un cepillo de mi neceser y lo pasó por el nido de ratas que tenía yo en lo alto de la cabeza.

- —¿Te cardo el pelo y te pongo un poco de laca, cariño? A mí, el olor de la laca me quita la resaca de un plumazo.
 - —No, gracias, mamá. Voy a darme una ducha.
- —De acuerdo, tesoro mío —me plantó un beso en la frente—. Pero no te olvides...
 - —Desayuno familiar, ya lo sé —concluí yo.

Mamá me dedicó su doble parpadeo, que indicaba alivio, y se encaminó a la puerta.

—Antes de que te vayas —dije yo mientras iba pasando las perchas en mi armario—. Creo que tengo una chaqueta que te va perfectamente con el vestido — saqué la chaqueta blanca de punto que me había puesto el día de la cena con los King y se la coloqué sobre los hombros—. Perfecta para la iglesia —declaré.

Media hora más tarde, bajé las escaleras a paso lento vestida con mi propio atuendo para la iglesia. Aún notaba la resaca, y seguía de mal humor por tener que desayunar con los Duke; pero al menos sabía que, al contrario que mamá, iba vestida como se esperaba de la flor y nata de los devotos de Charleston. Aquel día había elegido un vestido camisero azul marino, zapatos bajos de punta abierta, pendientes de perlas (obviamente) y medias de dibujo. Hice una nota mental para recordar a mamá que también se pusiera medias, aunque sabía que se resistiría, porque a Richard le gustaban las piernas de mi madre «sin trabas».

Richard Duke. Más conocido en Charleston como el acaudalado propietario de Duke of Jessamines, la célebre floristería. Menos conocido como Dick el Libidinoso, tal como Mike y yo lo llamábamos a sus espaldas... y a veces, por lo bajo, cuando estaba presente.

Me llegó la intensa fragancia de los lirios que siempre le llevaba a mi madre (no resulta tan caballeroso cuando te salen gratis, ¿eh, Dick?). Me llegó la monótona melodía de la colección de *jazz* que siempre insistía en reproducir en el equipo de música.

—Dotty —le decía a mi madre—, con este pudin de queso te has superado. ¿Puedo repetir por tercera vez?

Vi que mamá sonreía, exultante, cuando entré en la cocina.

—¿Sabes? Al padre de Natalie no le gustaba —respondió. Su mirada se encontró

con la mía—. Que en paz descanse.

Al oír la frase, empalidecí y me vino a la cabeza el inoportuno mensaje de mi padre, al que aún no había respondido. Aunque mamá siempre decía lo mismo cuando mencionaba a mi pobre y difunto progenitor, aquella vez la expresión tomó el tinte de un presagio. La miré, frunciendo los ojos. ¿Sabría que papá había salido de la cárcel? ¿También se habría puesto en contacto con ella?

Pero, por la expresión inocente de su rostro mientras observaba cómo Dick se zampaba lo poco que quedaba del pudin de queso, supe que mamá no tenía ni idea del nuevo giro en los acontecimientos. Era casi como si se hubiera convencido a sí misma de que su marido, en efecto, había perdido la vida en un accidente de navegación.

—Ah, hola, Nat.

Dick el Libidinoso se acercó para darme un beso. La humedad, una vez más, provocaba que se ahuecaran los mechones con los que se cubría la calva, y tenía restos de pudin de queso en el bigote al estilo Dalí. Pero yo sabía que mamá se pondría hecha una furia si me apartaba con un respingo de los labios de su novio.

—Miraos, chicas —dijo Dick el Libidinoso, agitando la mano entre su hija Darla y yo—. Dos de las damas más elegantes y prometedoras de Charleston, bajo el mismo techo —rodeó con un brazo los hombros de mamá—. ¿Cómo habremos tenido tanta suerte?

Darla se había arreglado para ir a la iglesia con un sencillo vestido recto amarillo cuyo cuello redondo le ocultaba su pronunciado escote. Si le añadíamos el encrespado pelo castaño y los lóbulos caídos que había heredado de su padre, el sueño de Doble D de acceder al núcleo más exclusivo de las bambis del instituto tenía tantas posibilidades de éxito como los desesperados intentos por parte de mi madre de conseguir el estatus necesario para el tercer banco en la iglesia. Al menos, mamá tenía las agallas de lanzarse a por lo que quería, pero en lo tocante a la influencia que Darla ejercía, el término *inexistente* se quedaba corto.

—Anoche te fuiste pronto de la fiesta de Rex, ¿verdad? —comentó mientras sorbía su zumo de naranja con una pajita—. Te vi aplaudiendo a J.B. junto al barril de cerveza, pero luego no te encontré.

¿Quién se iba a fijar en que Darla estaba en la fiesta de la noche anterior? Eché un vistazo a mamá, que asentía de modo alentador y, con los ojos, prácticamente me suplicaba que tomara a Darla bajo mi protección.

- —Estaba cansada —expliqué—. La noche antes de ir a la iglesia me gusta dormir mis horas para estar bien al día siguiente.
- —Hablando del tema —intervino mamá con voz cantarina mientras levantaba en el aire un dedo con la uña pintada de rojo—, ese tercer banco se va a llenar de un momento a otro. ¿Habéis terminado de desayunar?

Agarré un plátano para el camino y lancé a mi madre un último par de medias; acto seguido, los cuatro salimos por la puerta.

—Lo siento, señoras, en mi Porsche solo caben dos —dijo Dick el Libidinoso entre risas, como si su comentario ocultara un hilarante juego de palabras—. Confío que no os importe que vayamos a la iglesia en la furgoneta de la floristería.

Contemplé la furgoneta blanca de grandes dimensiones con el logotipo de Duke of Jessamines (una caricatura de la cara de Richard rodeada por flores en forma de trompeta en plan dibujos animados) pegado en la puerta corredera de atrás. «Dios mío, perdona a mi madre por hacerme esto la semana anterior a las elecciones para la Corte del Palmetto».

Empecé a preguntarme si tal vez me merecía semejante jugada del destino. Al fin y al cabo, había condenado a J.B. a realizar un desagradable y deshonroso recorrido hasta su casa aquella mañana. ¿Estaba escrito en el cosmos que yo tuviera que bajarme en público de la furgoneta de una floristería?

Si mi reputación en el Palmetto no fuera ya tan digna de confianza como el protector labial en el mes de diciembre, me habría puesto nerviosa. Pero cuando Dick arrancó y abandonamos el camino de entrada a la casa, me recordé que mi coronación como princesa estaba al caer, y aquel patético trayecto no era más que un ejemplo de... ¿Cómo era? Lo que no te mata te hace más fuerte.

—¡Santo Dios! —mamá ahogó un grito desde el asiento delantero cuando nos quedaba una manzana para llegar—. Por todos los santos, ¿qué pasa en la iglesia?

Por primera vez desde la noche anterior, la posibilidad de que J.B. aún siguiera allí me cruzó por la mente. Había supuesto que quienquiera que lo hubiera encontrado lo habría desatado, lo habría rescatado —a él, no a su reputación— y Justin habría salido corriendo hacia casa, avergonzado.

Ahora, a medida que girábamos en dirección al aparcamiento, recé para que la broma de la noche anterior hubiera acabado bien. Y por si, en el peor de los casos, J.B. seguía allí, crucé los dedos para que hubiera estado tan inconsciente que no recordara cómo había llegado a la iglesia.

Un momento...

¿Qué eran esas luces azules parpadeantes?

¿Qué hacía la policía en la iglesia, cuando a esa hora tocaba un desayuno a base de donuts?

¿Y por qué habían llamado a una ambulancia?

El corazón prácticamente me dio un brinco hasta el asiento delantero cuando Dick frenó de golpe. Abrí de un tirón la enorme puerta corredera de la furgoneta y me bajé de un salto. Mamá, Dick y Darla me seguían a corta distancia, y no paré de correr hasta llegar a la muchedumbre que rodeaba la palmera donde la noche anterior yo

había dejado a J.B. El cuerpo entero se me entumeció.

- —¿Qué ha pasado? —pregunté a la agitada multitud—. ¿Qué pasa?
- Steph Merritt se dio la vuelta y colocó una temblorosa mano sobre mi hombro.
- —Es J.B. —explicó entre sollozos, arrugando la nariz. Me mordí el labio, recordando que, según los rumores, aquel semestre la habían visto en el asiento trasero del Chevrolet Camaro de J.B. unas cuantas veces. Yo nunca había sentido mucho respeto por Steph ni por sus raíces oscuras.
 - —¿Qué pasa con J.B.? —insistí.
 - -Está muerto.

Mi cerebro registró que me llevé las manos a las mejillas, pero mi cuerpo no podía sentir nada. El mundo se volvió silencioso, excepto por el sonido acelerado que parecía provenir del interior de mi cabeza. Justin no podía estar...

- —Nunca iba a ningún sitio sin sus pastillas —explicó Steph gimoteando, y se sonó la nariz con un pañuelo bordado.
- ¿Y qué importaba que J.B. llevara las pastillas encima? Solo las tomaba para colocarse, eran pastillas de fiesta. Y estaban en el bolsillo de la chaqueta de Mike. Me acordé de la ráfaga de aire frío de mi sueño, y me estremecí.

Mamá se acercó a mis espaldas y se puso de puntillas.

—Ayyyyyy, J.B., pobrecito mío, ¿qué te ha pasado? —gimió.

La cogí de la mano y le di un apretón, tratando de que se callara. «No montes un espectáculo, mamá, no montes un espectáculo. Ya sé que eres de las que se dejaban engañar por sus zalamerías, pero ahora no es el momento».

Antes de que los lamentos de mi madre pudieran sofocar por completo los sonidos del gentío, el personal sanitario sacó de la ambulancia una camilla vacía. Había algo espantoso en la idea de que lo fueran a trasladar en camilla. Cerré los ojos y los apreté, intentando no reproducir en mi mente las peores escenas de la noche anterior. No entendía qué estaba pasando. Justin. Justin no podía estar muerto. Tenía que ser un malentendido, nada más.

Un grito ahogado recorrió la multitud y abrí los ojos. El cuerpo inerte de J.B. pegaba botes conforme la camilla avanzaba.

Su piel tenía el color de un hematoma antiguo, apagado y amarillento, y el pelo enmarañado se le pegaba a la frente. Seguía vestido con la minifalda de cuero y las medias de rejilla, y aún le colgaba del pie aquel único zapato de tacón.

Bajé la vista a mis manos. Yo había sujetado aquel tobillo la noche anterior y, ahora, apenas me notaba los dedos. Apenas sentía nada, en absoluto.

Segundos antes de que el personal sanitario introdujera a J.B. en la ambulancia, me fijé en la señora Balmer. Encorvada sobre su hijo, le acariciaba las mejillas. Le apartó la boa de plumas rosa fucsia de alrededor del cuello sin vida y, con manos temblorosas, la guardó en su bolso. Entonces, rompió a llorar con elaborados sollozos

hasta que, por fin, la apartaron del cadáver.

No había caído en la cuenta de que estaba conteniendo el aliento y, de pronto, pensé que me iba a desmayar. Estaba mirando a mi alrededor en busca de aire fresco y un lugar donde sentarme cuando mi móvil sonó dentro de mi bolsa. ¿A quién se le ocurría mandar mensajes en un momento así?

Muñequita, no me des de lado. Sé un poco más flexible con tu padre y llámame, ¿vale? Te echo de menos, pequeña».

La cabeza me empezó a dar vueltas. De ninguna manera podía enfrentarme a mi padre en semejantes circunstancias. Pulsé el botón «Borrar». Borrar. Borrar. Se podría decir que saqué el mensaje del teléfono a golpes. A partir de ese momento, siempre haría lo mismo con los sms. Al menos, hasta que me enterara de que mi padre había vuelto a huir de la ciudad. Al menos, hasta que la terrible catástrofe se hubiera... ¿calmado? De todas formas, ¿qué había ocurrido? No entendía nada. Era incapaz de averiguarlo. Me costaba respirar.

A mi espalda, escuché que alguien decía:

—Así concluye la competición por el trono del Palmetto.

La potente voz de Rex Freeman sonaba triste cuando dijo:

—Por lo que se ve, ahora lo tienes más fácil para ser príncipe, ¿eh, King?

«Mike». ¿Dónde estaba? Lo necesitaba. Me necesitaba. Perdí el equilibrio. Mis ojos recorrieron la multitud a toda velocidad para encontrar a mi amor, mi amor...

Allí. Vi a Mike de pie, impasible, al otro lado del círculo, con el traje que siempre llevaba puesto a la iglesia. Estaba flanqueado por sus padres y acariciaba la mano de Diana.

Pero me miraba fijamente.

Salí corriendo en su dirección a través del gentío; me sentía viva otra vez, notaba cómo la sangre regresaba a mi cuerpo. El corazón me latía con tal fuerza que pensé que las costillas se me iban a quebrar. Necesitaba llegar hasta él. Mike sabría qué hacer.

A medida que me acercaba, negó con la cabeza y entornó los ojos. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando le vi mover los labios: «Nat, ¿qué has hecho?».

Capítulo VIII

Confianza absoluta



El lunes por la mañana me acabé un paquete entero de chicles Juicy Fruit durante el trayecto de veinte minutos al instituto. Con la mandíbula dolorida y el estómago revuelto, aparqué en mi espacio habitual, bajo la palmera inclinada. Salí del coche y tuve que apoyarme en la puerta del conductor para recobrar el equilibrio. Gotas de sudor me bajaban por la nuca. ¿Cómo conseguiría entrar?

De pronto, me encontré con el empujón que necesitaba, y fue por parte de la señorita Cafiero, mi bigotuda profesora de álgebra de octava hora, quien prácticamente me llevó de la oreja hasta la entrada del edificio.

- —Un momento, no tenía la intención… —empecé a decir.
- —Ahórratelo —me interrumpió ella, al tiempo que agarraba también de la oreja al chico del coche de al lado y nos empujaba a ambos en dirección al auditorio—. Haced lo que os digo —ordenó la señorita Caf—. Nada de rodeos. Id a la asamblea de alumnos. Directamente a la asamblea, vamos.
 - —Pero tengo clase de Tecnología —protestó el chico, a mi lado.
- —Hoy no —replicó con brusquedad la señorita Caf—. Un compañero vuestro pierde la vida en un extraño accidente. Creo que tu maqueta de avión puede esperar.

Un extraño accidente. Así lo llamaban en el instituto. Era la primera buena noticia que escuchaba desde el domingo por la mañana, cuando el mundo entero se me vino encima. Tenía que recabar más información antes de entrar. Si pudiera hacer un alto en el baño de primero de bachillerato para una visita rápida a Tracy Lampert...

- —Necesito ir al baño —probé a convencer a la señorita Cafiero, mientras fracasaba en mi intento de abrirme camino rodeando sus caderas estilo Botticelli.
- —Pues te vas a tener que aguantar —espetó la profesora con el ceño fruncido y agarrándome por los hombros, me condujo a la sala de asambleas. Contuve el aliento y entré con paso dubitativo.

Una vez que hube atravesado el umbral y accedido al auditorio, de grandes dimensiones y techos altos, percibí una ráfaga de familiaridad que, en cierto modo, resultaba reconfortante. Se podía decir que me había hecho mayor en aquella sala. Se trataba de una de esas estancias camaleónicas, un recinto que se utilizaba para los

grandes acontecimientos del instituto. En otoño, celebrábamos la fiesta previa al partido de antiguos alumnos. El año anterior nos habíamos estremecido en aquellas mismas sillas mientras escuchábamos al desagradable ginecólogo que el instituto había traído en avión desde el Centro para el Control de Enfermedades cuando cierta enfermedad de transmisión sexual se propagó por el Palmetto. En otra ocasión, habíamos conseguido agotar las localidades cuando Mike interpretó el papel de Marco Antonio en la representación de *Julio César*, la primavera anterior. Pero nunca había presenciado en el auditorio una agitación semejante a la de aquella mañana.

Todo el mundo iba vestido de negro. Algunas chicas de primero de bachillerato habían llegado a cubrirse la cara con un velo. Bajé la vista, de repente agradecida al darme cuenta de que mi jersey gris oscuro, de cachemir y cuello vuelto desbocado, pasaría por el atuendo de luto que llevaban los demás.

Y no era solo la ropa lo que me alteraba. La energía de la estancia parecía ir dando bandazos mientras los alumnos entraban y salían de las conversaciones, subían y bajaban por los pasillos. Nadie podía estarse quieto. Parecíamos una colonia de hormigas a las que acaban de destrozar el hormiguero de una patada.

El caos me estaba mareando. Introduje la mano en mi bolso en busca de chicle y recordé que se me había terminado. La mandíbula me palpitaba. Necesitaba a Tracy y necesitaba a Mike. ¿Es que iba a tener que navegar entre ese océano de bambis llorosas para encontrarlos?

A bastante distancia por delante de mí descubrí la larga melena de Kate, que relucía bajo las luces fluorescentes de la zona de gimnasio. Me fui acercando en su dirección mientras un cuarteto de alumnas de secundaria se apiñaba a su alrededor. Las cinco compartían una caja de pañuelos de papel como si fueran palomitas de maíz.

- —¿Y si se ha ido para siempre? —preguntó Kate a sus compañeras entre gemidos. Tuve que mirar dos veces para darme cuenta de que, en efecto, estaba *llorando*.
- —Debes prepararte para lo peor —advirtió Steph Merritt, al tiempo que ayudaba a Kate a sonarse la nariz.

Jesús. ¿Qué otras pruebas necesitaban esas chicas? Kate apenas conocía a J.B. Sé que mi actitud protectora con respecto a la muerte de J.B. resultaba desconcertante, pero es que yo lo había conocido, y bien. Demasiado bien. Por lo tanto, me había ganado el derecho.

- —A ver, ¿es que no os pareció lo bastante muerto ayer por la mañana? interrumpí con excesiva brusquedad, con excesiva rapidez. Las otras chicas dieron un respingo, sorprendidas; pero Kate se limitó a sorberse la nariz, sin juzgarme.
 - —No estamos hablando de J.B. —explicó—. ¿Es que no sabes lo de Baxter?
 - —¿Qué pasa con él? —salté yo mientras recorría el auditorio con la vista.

Kate frunció las cejas a sus compañeras en señal de disculpa y dio un paso adelante para agarrarme del brazo. Me condujo a unos metros de distancia en busca de un lugar relativamente silencioso.

- —El móvil de Baxter —Kate se estremeció—. Lleva apagado todo el fin de semana. Soy patética: ayer lo llamé unas veinte veces —me clavó la mirada—. Dijo que quedaríamos para estudiar.
- —O sea, que no te devolvió las llamadas —me encogí de hombros—. Podría significar un montón de cosas. Puede que contratara a un profesor particular...
- —Pero es que, el sábado por la noche... —se ruborizó y apartó la mirada—. Nosotros... en la fiesta...

Solté un suspiro y me froté las sienes. Notaba que la tensión se me iba acumulando en el cráneo.

—Kate, ¿tienes idea de cuántos chicos de último curso de este instituto se acuestan con las de cuarto solo para desfogarse? —pregunté.

Abrió la boca para hablar y negó con la cabeza. Los ojos se le cuajaron de lágrimas. No había sido mi intención hacerle llorar; pero es que, por lo general, Kate tenía la piel más gruesa de lo que estaba dando a entender.

- —Lo siento —me disculpé mientras le apretaba el hombro—. No hablaba en serio. Es que estoy flipando con lo de J.B. No debería…
- —Tranquila —repuso Kate en voz baja—. Yo también estoy flipando. Uno de los socios de la empresa de mi padre se ha enterado de que Justin murió antes de que amaneciera el domingo. Ya estaba muerto cuando el encargado de mantenimiento llamó a la ambulancia. Todo apunta a Baxter. Achacan la muerte de J.B. a una combinación de drogas. Pero... —levantó los ojos y el labio le temblaba. Me lanzó una mirada angustiada.
- —Pero ¿qué? —pregunté, notando que el entumecimiento del día anterior me envolvía de nuevo.

Kate se inclinó hacia mí para susurrarme al oído.

- —Pero Baxter no ha venido hoy al instituto —dijo—. Y ahora, las de primero de bachillerato andan diciendo que a lo mejor ha tenido algo que ver con lo que pasó.
- —No son más que especulaciones, estoy segura —respondí, sabiendo a ciencia cierta que Tracy Lampert jamás especulaba.

Kate negó con la cabeza.

—No, hablan del vídeo que Baxter estuvo grabando anoche. Las de primero dicen que J.B. aparece en un montón de secuencias, y si los polis lo consiguen...

Dejó la frase sin terminar, pero mi imaginación hiperactiva acertó a la primera. Kate había estado presente cuando Baxter incitaba a J.B. a emborracharse desde el balcón de la biblioteca, durante la broma del barril de cerveza. Si tenía un DVD lleno de imágenes en las que salía J.B., no era de extrañar que las brillantes chicas de

primero hubieran sumado dos más dos.

—¿Dónde está el DVD? —pregunté.

Kate negó con la cabeza y se sonó la nariz. No sabía nada más.

Había llegado el momento de ir en busca de una fuente de información más fiable. Me subí a una silla para obtener un mejor panorama de la sala. Con tal cantidad de reducidos grupos de alumnos vestidos de luto, el auditorio parecía una convención de brujas.

Por fin, en el rincón más alejado, descubrí a Tracy y sus secuaces. Formaban un corrillo tan estrecho alrededor de alguien que no podía averiguar... Mike. Dos pájaros de un tiro. Me bajé de un salto de la silla y me encaminé directa a ellos. Pero en ese momento escuché el maldito triple golpe de martillo por parte del director Glass. Nos llamaba al orden.

Sé que los delirios de grandeza no son infrecuentes en los institutos, pero por lo general atacan a los jugadores de fútbol con complejo de Dios, no a los profesores. Sin embargo, después de que nuestro anterior director fuera apartado del cargo y sometido a arresto domiciliario, el Palmetto fue bendecido con la clase de sustituto cuyos grandes sueños de ocupar un puesto en la Corte Suprema estallaron en pedazos después de... ah, sí, la quinta vez que suspendió el examen del estado de Carolina del Sur para ejercer la abogacía.

Al mirar al director Glass tras el podio, con su traje de *tweed* y su peluquín, resultaba obvio que el hecho de estar al mando de un puñado de alumnos de instituto —martillo de madera en mano— era su forma de congraciarse con los sinsabores que le había dado la vida.

—Ocupad los asientos —bramó ante el micrófono, y estuvo golpeando el martillo hasta que todo el mundo hubo bajado el tono de voz tanto como para convertirlo en un murmullo. Aún me encontraba a unas cinco filas de distancia de Mike y Tracy. Demasiado lejos. Tenía que llegar allí a toda costa antes de que empezara la asamblea.

—Te sugiero que busques una silla.

La señorita Cafiero había aparecido de la nada para volver a interponerse en mi camino. Se me estaba acabando la paciencia con aquella señora, pero cuando comprendí la imposibilidad de pasar de largo con los lóbulos de las orejas intactos, me di por vencida y me dejé caer en la silla más cercana.

A mi izquierda estaba June Rattler (la del inolvidable cartel electoral donde tocaba la tuba) y, a mi derecha, Ari Ang (el chico del misterioso tazón verde). ¡Ugh! Ni a propósito habría conseguido peores compañeros de asiento para intercambiar rumores.

—Como algunos sabéis, este fin de semana ha tenido lugar una gran tragedia — comenzó el director Glass, mientras agitaba el martillo con aire de «esto-va-para-

rato».

Pasados trece minutos de un discurso de lo más corriente sobre lo sagrado de la vida, me sentí a punto de perder los nervios, ya tensos de por sí. Todo el mundo sabía que el personal de la oficina de Administración del Palmetto (llamada «la pecera» por el cristal que rodeaba los diferentes despachos) siempre había considerado a J.B. como una piedra en el zapato colectivo.

Si el director Glass conociera en lo más mínimo el instituto que él mismo «administraba», sabría que el instituto Palmetto era un lugar que se nutría, se curaba las heridas y acababa cicatrizando gracias a los poderes curativos de la propagación de rumores. Si es que íbamos a superar el accidente de J.B., tendría que ocurrir en los rincones de los pasillos, entre susurros, y no con los golpes del martillo de madera de Glass.

—En conclusión —remató con voz monótona—, debo enfatizar la importancia de que la vida cotidiana continúe —al momento se vio obligado a elevar la voz por encima del bullicio de los alumnos, que tomaron sus palabras como una indicación para recoger sus mochilas—. Por lo que os recuerdo que la Feria de Nutrición sigue celebrándose hoy a la hora de almorzar.

Más alto aún, al tiempo que golpeaba el martillo mientras la sala empezaba a vaciarse, gritó:

—Y no os olvidéis de dar vuestro voto para el príncipe y la princesa de la Corte del Palmetto. Aunque estemos de duelo por la muerte de Justin Balmer, la vida en el instituto sigue adelante.

El último comentario cayó sobre un auditorio casi vacío y, a decir verdad, fue mejor así. Para mí, la Corte del Palmetto y la muerte de J.B. estaban fatalmente relacionadas, pero no me convenía que el resto del instituto atase cabos.

Una vez en el abarrotado vestíbulo, me apresuré a ir en busca de Mike.

—Gracias a Dios —dije, rodeándolo con mis brazos—. ¿Qué te ha dicho Tracy?—solté de sopetón.

Vaya. No era lo primero que tenía intención de decir.

-Me refiero a... ¿cómo estás?

Mike me miró de una manera extraña.

—¿Es que no has recibido mis mensajes? —preguntó—. Tenemos que hablar.

Mierda. Cerré los ojos. Desde aquel segundo sms de mi padre, había borrado automáticamente todos los mensajes, sin mirar.

—Lo siento —me disculpé mientras apretaba la mejilla contra su torso—. Mi móvil está… hace cosas raras. Yo no…

Dejé de balbucear cuando Mike me colocó una mano en el hombro.

—Nat —dijo. Entonces, me di cuenta de que estaba temblando.

Mike podía hacer más flexiones seguidas que cualquier otro chico del instituto.

Había batido tres récords de fútbol americano en torneos estatales para equipos juveniles. Ni una sola vez, en tantos años, le había visto inmutarse con las películas de terror. Aunque mi vida dependiera de ello, habría jurado que Mike King no *sabía* temblar. Pero ahora su traje azul marino se estremecía, y dejé la cabeza allí apoyada, como si de esa manera pudiera yo absorber el pánico que le atacaba. Me incorporé y traté de sonreír a sus ojos castaños. Luego, cubrí sus manos anchas, fuertes, con las mías y las sujeté junto a mi corazón.

—Cielo —dije—. Mírame. Abrázame. Escúchame. Ni siquiera sabemos si tenemos la culpa de lo que ha pasado.

Mike tragó saliva y negó con la cabeza. Le sujeté la barbilla con dos dedos y susurré:

- —Nos toca mantener el tipo, al menos hasta que nos lleguen más noticias. Ya sé que tenemos un montón de asuntos de los que preocuparnos en este momento. Una vez que ganemos las elecciones, debemos concentrarnos en el discurso de coronación. Hay que dar las gracias al alumnado y...
- —¿Coronación? ¿Estás de broma? Ese discurso es la última de nuestras preocupaciones —espetó Mike con dientes apretados—. Nat, tengo miedo.
- —El discurso de coronación *no* es la última de nuestras preocupaciones repliqué con la poca calma de la que era capaz—. ¿No te das cuenta? Ahora importa más que nunca que mantengamos la apariencia de que todo va bien.

Mike lanzó una mirada al pasillo.

—No deberíamos hablar aquí.

Noté que fijaba la vista en el armario del conserje, a nuestra espalda, y vi el rápido gesto de asentimiento que solía hacer cuando tomaba una decisión sobre la marcha. Abrió la puerta y me metió dentro.

Pero... cuando teníamos que hablar, siempre nos íbamos a las gradas, o a nuestra catarata secreta en La Ensenada. No nos metíamos a hurtadillas en armarios de conserjes con luces parpadeantes que decían: «salida» y cubos de basura vacíos. Nada encajaba.

- —¿Qué pasó mientras yo estaba en el coche? —me interrogó Mike al tiempo que cerraba la puerta.
 - —Nada…
 - —¡Nat! —interrumpió.
 - —Puede que lo atara al árbol, con un nudo flojo.

Mike apretó la frente a la pared, apartándose de mí.

- —¿Le diste algo? ¿Drogas?
- —Claro que no —repliqué—. ¿Por quién me tomas? —empezaba a ponerme a la defensiva—. De hecho, le quité unas pastillas que llevaba. Debería darme las gracias porque, cuando la policía lo encontró, estaba limpio.

Mike se giró a la velocidad del rayo.

- —¿Qué cogiste?
- —No lo sé —me encogí de hombros—. Lo que llevaba encima. Lo metí en el bolsillo de tu chaqueta. Hacía frío. Se me había olvidado. Me refiero a que tengo tu chaqueta aquí mis…

Antes de que pudiera terminar de abrir la cremallera de mi bolsa de lona, Mike había cogido su chaqueta de un tirón y hurgaba en los bolsillos. Cuando sacó el bote naranja, me miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué pasa? —pregunté, como si haciéndome la tonta pudiera enmendar mi error.

Mike se colocó en cuclillas bajo la luz roja parpadeante para examinar la etiqueta.

- —«Trileptal —leyó con lentitud—. Indicaciones: tratamiento y prevención de las crisis epilépticas. Dosis diaria: una pastilla cada seis horas —frunció los ojos para leer la letra pequeña—. En caso de olvido de una toma, solicite atención médica».
- —Creí que eran pastillas de fiesta —tartamudeé—. Creí que no las echaría de menos.

Mike me lanzó una mirada furiosa mientras, a empujones, metía la chaqueta en su bolsa de deportes. Luego, me plantó el bote de pastillas en la palma de mi temblorosa mano, cubierta de sudor.

Con la voz más baja que le había oído utilizar, me dijo:

—Piérdelas.

Capítulo IX

Una corona infructífera



—Nat, te lo juro, si no te estás quieta, no conseguiré colocarte esta pestaña y el ojo va a parecer torcido.

¿Cómo había llegado yo hasta aquí?

Estaba sentada en un taburete de mimbre, frente al tocador principal iluminado con bombillas. El aseo de señoras del club deportivo Scot's Glen, decorado en tonos melocotón, estaba a rebosar con mis damas de honor del instituto. Amy Jane revoloteaba a mi derecha, aguardando a fijar con pegamento la última de las veinte pestañas postizas de la caja en el extremo de mi párpado. Jenny estaba de pie, a mi lado, con sus tenacillas de cerámica de siete posiciones sujetas en el aire. A nuestra espalda, las ayudantes de rango inferior se encontraban apoltronadas sobre enormes almohadones de suelo, puliéndose las uñas y suplicándome con sus ojos perfilados con delineador líquido que les encargara algo que hacer.

Justo la situación que yo había estado esperando. Pero...

Era miércoles a media tarde, poco antes de la ceremonia de coronación del príncipe y la princesa del Palmetto. El martes por la mañana, antes incluso de la votación, el instituto en pleno sabía que la victoria iba a ser aplastante, pero dado que habían dejado el nombre de J.B. en las papeletas, en homenaje a su memoria, esperaron a que transcurriera el día de luto oficial para anunciar nuestros nombres. Así y todo, el nombramiento no se confirmó hasta que el director Glass nos llamó a su despacho para comunicarnos la noticia con su tono de aguafiestas.

—A ver, mañana quiero un discurso de aceptación breve, por parte de los dos — indicó, mirando a la lejanía como si estuviera siguiendo un guión—. Y no os olvidéis de que aún quedan diez días para el baile, así que os ruego que, hasta entonces, sujetéis las riendas de la fiesta. Lo de mañana será un acto sencillo, familiar.

Abrió una lata de Coca-Cola y la repartió en tres vasos de plástico como para subrayar su cruzada en contra del abuso de sustancias.

- —Por el príncipe y la princesa —brindó.
- —Salud —dije yo elevando mi vaso y clavando la vista en el director para evitar comprobar si a Mike le temblaba la mano.

- —Mírate —dijo ahora Amy Jane, dando un paso atrás y así contemplar su obra maestra. Sujetó en alto un espejo para que me mirase—. Más hermosa que una flor.
 - —Y más mortífera que una serpiente.

Me giré en redondo. El espejo se me cayó de la mano y se estrelló contra el suelo.

—¿Quién ha dicho eso? —siseé.

Durante unos segundos, nadie respondió. Entonces Darla Duke, con ademán penitente, se hincó de rodillas y juntó las manos.

—Yo no... yo solo... —balbuceó—. Es una expresión que solía decir mi abuela: «Preséntate como una flor, actúa como una serpiente», o algo por el estilo. Se supone que es algo bueno.

Las palabras le salían de la boca a trompicones. Mentiras. Mentiras. Inútiles gestos de hombros y mentiras.

- —Significa que sabes cómo conseguir lo que quieres —añadió.
- —Bueno, pues no hace falta que te explique lo que mi abuela me decía sobre los espejos rotos —intervino Jenny con brusquedad—. Que alguien recoja esto.

Volví la vista hacia Darla y mantuve la voz baja para que no se me quebrara:

—Sí, no queremos que nadie se haga daño.

Mientras Darla y otras tres bambis se ponían de pie de un salto para retirar los fragmentos de cristal, Kate se levantó y se acercó a mí. No habíamos hablado desde el lunes, cuando me puso al tanto de lo de Baxter.

- —¿Te encuentras bien? —preguntó—. Pareces un poco...
- —Son los nervios —respondí—. Por el discurso de aceptación.
- —Sí, claro —afirmó con la cabeza, aunque Kate me había visto pulverizar a los finalistas del concurso de debates del Palmetto, el curso anterior. Hablar en público era uno de mis fuertes. Más valía así: como princesa del Palmetto, sería la voz oficial ante el micrófono en todas las grandes fiestas y ceremonias de entrega de premios del año siguiente.

Mientras observaba en el espejo cómo Kate me cepillaba el pelo con energía, caí en la cuenta de que ella sabía que no estaba nerviosa por el discurso. Sabía que lo llevaba perfeccionando desde el curso anterior, en aquella misma época, cuando Marc Wise y Sadie Hoagland aceptaron la corona. Me lo había aprendido de memoria, desde el orgullo por Charleston —tema de ambientación de nuestra campaña electoral — hasta a quién dar las gracias y en qué orden. No era el discurso lo que me asustaba, sino la pesadilla sobre aquel trayecto en carroza con J.B.

—Por cierto —dijo Kate, interrumpiendo mis pensamientos—. Tu madre se ha pasado por aquí y te ha traído esto —desenfundó un pintalabios de color naranja brillante y tono mate que mamá se había empeñado en que me pusiera desde la primera vez que me maquillara para el recital de piano de cuarto de primaria. Era la

clase de color que, por lo general, solo los cadáveres aceptaban que les pusiera. Me estremecí.

—Es lo que me parecía —dijo Kate, sacando un brillo de labios de un tono rosa bastante menos terrorífico. Me enseñó el nombre, en la parte inferior del tubo—. ¿Lo ves? —señaló. Se llamaba «Princesa».

Pero cuando me aplicó el brillo y me entregó un pañuelo de papel para que me lo secara, solo me sentía capaz de pensar en el carmín que yo misma le había puesto a J.B.

Una sensación gélida me recorrió el cuerpo.

El pintalabios. Las muñecas atadas. El bote de pastillas.

- —¡La carroza! —exclamaron las bambis desde un rincón. Sus compañeras se lanzaron hacia la ventana—. ¡Ha llegado la carroza! ¡Está ahí afuera!
- —Dime que te has puesto el aceite corporal de sabor a vainilla que te recomendé
 —me advirtió Amy Jane al tiempo que se acercaba por detrás para añadir unos cuantos toques más de fijador a mi peinado.

Pero el aceite corporal no formaba parte de la escena que me atormentaba la mente y que yo me esforzaba por borrar. Solo podía pensar en los labios azules de J.B., montado en la carroza, y en el penetrante frío que sentí cuando, en mi sueño, cerró los ojos.

«Ha habido un cambio de planes», había dicho.

Necesitaba llegar a la carroza de la vida real para demostrarme que solo había sido una pesadilla o, al menos, que ese episodio del sueño solo había sido una pesadilla. Necesitaba acurrucarme encima de Mike y tomarme un descanso de aquella paranoia relacionada con J.B. Pero, al levantarme, justo cuando tenía que mostrarme fuerte, me tambaleé sobre mis zapatos de tacón de tira trasera y me desplomé en el taburete del tocador.

- —Dios mío, Nat, estás blanca como una sábana. ¡Más colorete! —Amy se puso al mando para solicitar refuerzos—. ¿Qué te pasa, cielo? Dínoslo.
- —Se me olvidó perderla —mascullé, pensando en la botella de pastillas, aún en el bolsillo interior de mi mochila—. Mike me dijo que la perdiera, y no lo hice.
 - —¿De qué habla? —susurró Jenny a Amy Jane—. No entiendo nada.
- —¡Ay, Jesús! —exclamó Amy Jane—. ¿Es que Mike y tú pensabais jugar a «perder la virginidad otra vez» en la carroza? Mira que sois pervertidos.

Antes de que pudiera decir nada para enmendar mi lapsus sobre las pastillas, mis dos damas de honor me ayudaron a ponerme de pie. Minutos más tarde, me estaban guiando a la puerta en dirección a la carroza. Noté que Kate se quedaba atrás.

—Escúchame, no tengas miedo —me dijo Jenny, mirándome a los ojos—. Mike y tú sois los mejores. No hace falta que batáis ningún récord ahí adentro. Sé tú misma, nada más —añadió.

Amy Jane deslizó algo en mi mano. Tenía el mismo tamaño y la misma forma que el bote de pastillas, pero cuando lo miré...

—Sabía que te olvidarías del aceite corporal —comentó entre risas—. Siempre llevo repuesto.

Me encaminé hacia la carroza a paso lento. No era ni mucho menos tan lujosa como la de mi sueño, lo cual me supuso un gran alivio. Se trataba del antiguo carruaje de madera pintada que se había utilizado desde que se eligiera a la primera princesa del Palmetto. El conductor también tenía un aspecto corriente, con sus vaqueros desvaídos y su americana negra. Cuando abrió la puerta y alargó una mano para ayudarme a subir, frunció la frente con gesto de preocupación.

—Lo siento, señorita; pero me han pedido que se lo diga —jugueteó con los botones de su americana—. Él no va a venir.

¿Qué? Introduje la cabeza en el interior, forrado de terciopelo rojo. Estaba vacío.

—Limítese a conducir —le dije al cochero con los dientes apretados.

Volví la vista atrás y miré a las chicas, apiñadas en la ventana con expresión embelesada. No tenía elección. Les devolví el saludo con la mano, como si nada malo ocurriera.

El sol brillaba con demasiada intensidad en el campo de golf, y no conseguía bajar las cortinas enrollables de la carroza. Para cuando alcanzamos el hoyo catorce, me había arrancado a mordiscos el esmalte de uñas y me salía humo por las orejas. En un imperdonable descuido que demostraba hasta qué punto se me había ido la cabeza, me había dejado el paquete de chicles Juicy Fruit en el bolso. No tenía nada que me ayudara a calmarme después de que Mike me hubiera dado plantón. ¿Cómo había podido? ¡Delante de todo el instituto, de las familias de todo el mundo! Estaba decidida a asesinarle, por...

Alguien estaba llamando a la puerta. Me planté junto a la ventana... y lo vi. Mike corría junto a la carroza para no quedarse atrás.

—¡Pare! —ordené con un grito.

Antes de que los caballos hubieran aminorado la marcha al medio galope, Mike abrió la puerta y se subió de un salto.

—Lo siento —se disculpó mientras se inclinaba para darme un beso.

Yo seguía demasiado furiosa, demasiado conmocionada para moverme.

—Traté de localizarte por teléfono. Sabía que estarías nerviosa. Yo... necesitaba un poco de tiempo para decidir cómo enfrentarme a esto después de... —me cogió las manos.

Hice un gesto para interrumpirle.

—Los lamentos, más tarde; ahora hay que prepararse. Nos quedan exactamente tres minutos para adoptar una actitud propia de príncipes —le entregué una copia del discurso de coronación—. Tus párrafos están en azul y los míos, en rosa, ¿de

acuerdo?

- —Mmm —vaciló Mike—. En realidad...
- —¡Hemos llegado! —exclamé con un grito mientras miraba por la ventana las celosías cubiertas de enredadera que delimitaban nuestro camino de entrada. Antes de que nos diéramos cuenta, el conductor de la carroza abrió la puerta. Soltó un silbido a medida que me ayudaba a bajarme.
- —Llevo un montón de años conduciendo este cacharro a la coronación —dijo con tono tranquilo—. Y le aseguro, princesa, que nunca había visto una hazaña tan extraordinaria como la que su hombre le ha dedicado. No deje que se le escape, ¿eh?

Trasladé la vista a Mike.

—Tranquilo, no lo haré.

Sobre el césped, un cuarteto de cuerda comenzó su aburrida interpretación, que pronto quedó ahogada por las ovaciones del gentío: gritaba nuestros nombres y nos saludaba. Mike no dijo nada, solo me cogió de la mano. Recorrimos la alfombra color oro hasta el escenario.

Lo curioso es que todo resultaba como me lo había imaginado, como lo había planeando en mi mente todos esos años. Allí estaba mi madre, con su ceñido vestido estampado de jazmines y sus tacones, con lágrimas en los ojos y agarrada de la mano de Dick. La familia King se encontraba al otro extremo del escenario, esbozando sonrisas con los labios cerrados y ataviados con exclusivos trajes de seda en las correspondientes tonalidades apagadas. A ambos lados del escenario se congregaban los antiguos alumnos del Palmetto que habían sido coronados en los últimos años, entre los que se incluían Phillip Jr. e Isabelle. Y también estaban nuestros amigos, con los ojos abiertos como platos a la espera de escuchar durante la recepción nuestros discursos... así como nuestras proezas amorosas en la carroza.

Lo único de la escena que no resultaba tal como yo había imaginado éramos nosotros dos: el príncipe y la princesa del Palmetto. Aunque estábamos cogidos de la mano, percibía que Mike y yo nos encontrábamos a mundos de distancia.

Una vez en el podio, se inclinó y me besó en la mejilla. Sus labios se notaban ásperos, secos. Cerré los ojos y traté de disfrutar del cortés aplauso por parte del público.

—Gracias a todos —dijo Mike una vez que el aplauso hubo remitido.

Se aclaró la garganta y miró el discurso que yo había impreso para él. Entonces, lo guardó en el bolsillo interior de su americana y sacó una servilleta con notas garabateadas. Alargué un brazo para detenerlo, pero me agarró de la mano con tanta fuerza que, si hubiera intentado moverme, habría dado un espectáculo.

—Todos los presentes habéis escuchado discursos de aceptación en muchas ocasiones del pasado —comenzó Mike—. Algunos de vosotros —hizo un gesto hacia atrás y señaló a anteriores miembros de la Corte del Palmetto— los habéis

pronunciado. Así que conocéis la tradición, y también sabéis lo agradecidos y emocionados que Natalie y yo nos sentimos al aceptar este honor —examinó a la multitud y me apretó la mano aún con más fuerza—. Pero hoy cobra importancia otro asunto, y actuaríamos mal si no mencionáramos el fallecimiento de un buen amigo y un gran hombre.

«No hagas esto, Mike, no lo hagas».

—El hombre que debería haber sido coronado como príncipe —prosiguió.

«No es verdad».

—Así que, en lugar de pronunciar nuestros discursos, Natalie y yo queremos pediros que recéis en silencio unos minutos y, luego, nos trasladaremos directamente a la recepción. Os veremos mañana en el entierro.

Abrí la boca para replicar pero, al mirar a Mike, lo supe: todos los preparativos para la Corte del Palmetto, a los que tanto tiempo habíamos dedicado, habían resultado inútiles.

Capítulo X

Negros y oscuros deseos



—Polvo eres y en polvo te convertirás.

El jueves por la tarde, aún lamiéndome las heridas por el discurso que me habían arrebatado en la coronación, me encontraba al lado de Mike en el cementerio situado a espaldas de la iglesia. Observábamos cómo los portadores del féretro colocaban sobre el suelo el cadáver de J.B.

—Cuando nos vemos enfrentados, como ahora, a una tragedia, a una desafortunada pérdida —prosiguió con voz monótona el ministro Clover (quien raramente se mostraba taciturno) a través de su chirriante micrófono de pinza—, nuestra comunidad sufre un ataque de tristeza en el sentido más literal.

Alcé la cabeza de repente al escuchar el término que el ministro había elegido: *ataque*. Hasta el momento, el entierro había resultado de lo más anodino y estereotipado. Clover era famoso por sus torpes juegos de palabras en los sermones. ¿Había hecho realmente una referencia a la enfermedad neurológica de J.B.?

A continuación, me pregunté si alguna persona, además de los parientes cercanos de J.B. —y, ahora, Mike y yo—, conocería su enfermedad. Recorrí con la vista a los feligreses, que miraban hacia abajo y juntaban las manos, si bien no percibí en sus rostros señal alguna de extrañeza. Me vino a la memoria Steph Merritt cuando, entre sorbos de nariz, me hizo un comentario sobre las pastillas de Justin; pero era evidente que no conocía la verdad. Me intrigaba qué tendría la muerte para que aquellas personas se afligieran hasta tal punto en el entierro de alguien a quien, en realidad, no conocían.

Mis ojos se detuvieron en Tommy, el hermano mayor de J.B., cuyos brazos acorralaban a la llorosa madre de ambos. Por un segundo, me pareció notar que lanzaba una mirada furiosa al escuchar la palabra que había elegido el ministro, pero empezó a llover otra vez y un mar de paraguas negros cubrió de pronto el entierro. El olor a humedad del vinilo mojado se extendió por el cementerio y apenas se podía ver algo más que la gigantesca aguja blanca de la iglesia, que se elevaba frente a nosotros como una señal.

En el cuarto de baño, antes del entierro, cuando me estaba ajustando la coleta, me

encontré con tres bambis que lloraban formando un corrillo. Eran las mismas chicas que, tan solo un día antes, a pesar de que apenas me conocían, habían temblado de emoción al ver cómo mis damas de honor me acompañaban hasta la carroza.

Siempre había sabido que a las chicas sureñas se las podía acusar de embaucadoras, pero el Palmetto debería haber registrado la patente de su propia marca de hipocresía. Aquellas chicas cambiaban de actitud a mayor velocidad de la que se cambiaban de ropa, sin inmutarse en lo más mínimo. Todo dependía del escenario y de a quién tuvieran que impresionar.

Al mirarlas puse los ojos en blanco, más que nada porque, por mucho que quisiera, no me sentía capaz de llorar por J.B. De hecho, en aquellos días no me sentía capaz de casi nada. No podía responder a los persistentes mensajes de texto de mi padre, que aún acechaban en mi bandeja de entrada mental. Ni siquiera podía recrearme en mi coronación —aunque, en ese caso, la culpa era de Mike—. Pero lo más preocupante era que, por algún motivo, no era capaz de librarme del bote de pastillas.

No es que fuera a tomármelas, para nada. Pero suponían un importante recordatorio de que yo nos había embarcado a ambos en el problema y ahora me encargaría de que saliéramos de él.

Mientras contemplaba a los hombres vestidos de oscuro que arrojaban tierra sobre el ataúd, formando un montón cada vez más alto con objeto de cubrir el enorme agujero negro, empecé a notar claustrofobia, como si estuviera dentro de ese mismo ataúd con J.B. El paraguas me oscilaba sobre la cabeza como si fuera una jaula. El cuello del vestido me producía picor y me apretaba la garganta hasta el punto de que apenas podía tragar. Incliné la cabeza a un lado para sacarla del paraguas, pero seguía lloviznando y la niebla estaba tan baja que me daba la impresión de que el cielo se estuviera desplomando sobre mí. El pecho me palpitaba como si me asfixiara por culpa de la lluvia. No podía respirar.

Mike me rodeó los hombros con el brazo —más asfixia aún— y empezó a conducirme en dirección a la iglesia. El entierro había concluido. Vi a mamá, que me saludaba con la mano desde la puerta. No podría soportar que me preguntara si el maquillaje de J.B. había resultado natural con el féretro abierto.

—No puedo respirar —le dije a Mike—. Necesito aire.

Me cogió de la mano.

- —De acuerdo, demos un paseo.
- —Sigo furiosa contigo —advertí.

No respondió. Deambulamos por el cementerio empapado, dejando a un lado los cipreses de troncos grises, retorcidos, y nos alejamos de la lacrimosa multitud. Pronto solo quedó el sonido anodino de la lluvia. Supe adónde me llevaba Mike. Sus pies se dirigían hacia aquel lugar de manera natural.

Nos detuvimos delante de las tumbas de su familia, en el centro del cementerio. Seguí a Mike hasta el interior del mausoleo donde estaban enterrados sus abuelos. Yo había estado allí una vez anterior, dos veranos atrás, en el quinto aniversario de la muerte de su abuelo. En aquella ocasión, el mausoleo me había resultado escalofriante, lleno de gente viva en un día soleado y caluroso.

Ahora, los dos agachamos la cabeza como zombis para franquear la puerta de cemento de poca altura. Tomamos asiento en el banco de mármol tallado. El olor húmedo y pegajoso del musgo me inundó la nariz y me hizo toser. Podría haber seguido asustada aunque hubiera dejado de escuchar los truenos o de clavar los ojos en la inscripción sobre la entrada al mausoleo, tallada con grandes letras: KING. Mike me acarició la espalda formando círculos. Era difícil seguir enfadada con él ahí adentro.

No habíamos dicho una palabra desde que salimos del entierro. De hecho, apenas nos habíamos comunicado desde el gran discurso de Mike el día anterior, con la salvedad de unos cuantos comentarios corteses de cara a la galería durante la recepción. Ahora que me paraba a pensarlo, no habíamos hablado desde... bueno, desde lo de J.B.

Algunas de mis amigas se agobiaban cuando se producía una pausa en la conversación con un chico por teléfono, o durante una cena en MacB's. Siempre me sentía mal por no poder ponerme en su lugar. Entre Mike y yo no se producían pausas incómodas; nuestros silencios eran de complicidad. Kate me miraba como si yo estuviera loca cuando le contaba lo mucho que me agradaba estar callada al lado de Mike. Pero tal vez el mutismo de aquel momento resultaba excesivo, incluso para nosotros dos.

Abrí la boca, convencida de que tendría algo interesante que decir; pero, al ver que no acababa de arrancar, Mike comentó:

- —Ojalá esta lluvia pudiera llevarse por delante todo lo que hicimos.
- —No puede.

Ambos hablábamos como robots.

—Justin está muerto —proseguí, notando que el impacto de esas tres horribles palabras llenaba el mausoleo—. Nunca podremos cambiarlo.

La mente me estallaba con las imágenes del insolente rostro de J.B., de la actitud arrogante que adoptaba siempre que sonreía. Quería dejar de pensar en él, detener aquellas visiones fugaces de sus ojos verdes. Me pregunté qué estaría pensando Mike en aquel momento, y qué me ocultaba.

Sentado a mi izquierda, soltó un suspiro.

- —No sé si deberíamos confesarlo todo.
- —¿Qué? —respondí con un grito ahogado al tiempo que giraba la cabeza.

Mike se frotó los ojos como el niño al que se han olvidado de llevar a la cama.

Los hombros se le veían hundidos sobre el pecho.

- —Esta historia me está volviendo loco. Llevo cuatro días sin dormir. Van a averiguar lo que hemos hecho.
- —No, no lo harán —repliqué mientras apartaba la cabeza para no tener que ver lo insignificante que Mike parecía en ese momento.
 - —Dejé mi botella de agua en sus manos...

Negué con la cabeza.

- —Mike, todos los de tu curso tienen una botella reutilizable exactamente igual a la tuya. Y a las bambis también les gusta comprarlas, dicen que molan un montón. Podemos desentendernos de esa prueba, sin problemas.
- —Pero alguien nos habrá visto salir de la fiesta con Balmer, que ya estaba medio muerto. ¿Qué impresión vamos a dar si tratamos de ocultarlo hasta que nos descubran? Venga, confesémoslo todo. Diremos que no pretendíamos que las cosas...
- —Ni hablar —me levanté y me puse a andar de un lado para otro. En la pared de cemento había un hueco cuadrado que daba a la iglesia y vi que los asistentes al entierro se encaminaban al aparcamiento. Regresarían a sus confortables hogares e incendiarían las líneas telefónicas con sus chismorreos. Pero, en caso de que confesáramos, ¿adónde regresaría yo?

¿A mi antiguo camping para caravanas, sin ningún futuro? ¿A la inmundicia de mi vida anterior? En ese momento, me pareció volver a oler la peste a pescado podrido. Las chicas como yo no tenían una segunda oportunidad. Así de claro. Los labios me temblaron y noté que los hombros se me estremecían.

Mike suspiró y alargó la mano en mi dirección.

—Mira, a mí tampoco me apetece ir a la cárcel más que a ti.

¿Quién había hablado de cárcel? De pronto caí en la cuenta de que Mike no tenía ni idea de lo que yo estaba pensando. Coloqué mi mano en su palma abierta.

—En ese caso, vamos a arreglar esto, Mike. Eso es lo que haremos.

Levantó la vista para mirarme.

- —¿Cómo? —preguntó.
- —Empezando por la central de inteligencia del Palmetto —respondí, obligando a mi mente a adaptarse al ritmo de mi lengua—: La máquina de rumores. ¿De qué nos hemos enterado hasta ahora?

Mike se encogió de hombros y soltó aire. Nunca le había gustado implicarse en los chismorreos del instituto.

—De algo sobre el vídeo que Baxter Quinn grabó en la fiesta.

Me golpeé la palma sobre la frente.

—Eres un genio —observé, sorprendida al descubrirme riendo a pesar de nuestro dilema—. Pues ya nos han puesto en bandeja al sospechoso. Por cierto, sigue desaparecido.

- —Un momento… ¿Te refieres a que… echemos la culpa a Baxter? —Mike, incrédulo, negó con la cabeza.
- —¿Por qué no? —repliqué yo tratando de adoptar un tono despreocupado, aunque notaba que la voz se me empezaba a quebrar—. Solo hay que introducir algunas pistas.
- —Espera —Mike me soltó la mano y se frotó la frente, como era su costumbre cuando se ponía a empollar para un examen en el último momento—. Primero, sin querer... matamos a una persona. ¿Y ahora pretendes tender una trampa para incriminar a otra?
- —No, nada de eso —repuse yo con voz melosa. Me levanté y me coloqué entre sus piernas. Con las yemas de los dedos, empecé a formar círculos en sus sienes—. En realidad, no sería una trampa. Tú mismo viste a Baxter aquella noche. Distribuía drogas a diestro y siniestro. Los dos le oímos decir que alguien debería parar los pies a J.B. y luego, veinte minutos más tarde, se pone a jalearle desde el balcón para que siguiera bebiendo cerveza boca abajo.
- —No sé —Mike hizo una mueca—. No es que Baxter sea un santo, pero tampoco es un asesino.
- —Es que no tenemos que convertirlo en el asesino. Solo pretendemos limpiar nuestros nombres al trasladar el foco de atención a otra parte. Mira, Mike —dije al tiempo que bajaba la frente hasta chocarla contra la suya—. No podemos devolver la vida a J.B.

Ahí estaba, otra vez, el sentimiento gélido que me asaltaba cada vez que me paraba a pensar en la muerte de J.B. En aquella ocasión, fue tan intenso que estuve a punto de soltar un grito de dolor. Pero luego me fijé en la frente arrugada de Mike, lo que significaba que mis técnicas de persuasión estaban funcionando. Envolví mis brazos alrededor de su pecho para luchar contra el frío y me forcé a seguir adelante.

- —Todo cuanto podemos hacer es mantener nuestra reputación como embajadores de buena voluntad durante este momento de necesidad en nuestro instituto sentencié por fin.
 - —Supongo que tienes razón —Mike asintió con la cabeza.
 - —Pues claro que tengo razón.
 - —Baxter apenas asiste a clase. Si lo expulsaran a $cute{e}l...$ —dejó la frase si terminar.
- —Exacto —repuse yo—. ¿No es mejor que nosotros mantengamos la cabeza bien alta y dejemos que la policía castigue a alguien que, de todas formas, se merece un arresto? Mike, no podemos hundirnos por esto —me llevé las manos al corazón—. Ahora, más que nunca, el Palmetto necesita a su príncipe y a su princesa.
- —Bueno —dijo Mike, al tiempo que me dedicaba una leve sonrisa y tiraba de mí para sentarme en sus rodillas—, lo único que sé es que yo sí necesito a mi princesa.

Era como si hubieran pasado siglos desde la última vez que habíamos estado así

de unidos. No pude evitarlo; me rendí a sus labios y, por primera vez en toda la semana, me relajé.

—Algo se me está clavando y no, mmm, no tiene que ver conmigo —observó Mike, ajustando su cuerpo sobre el mío en la plancha de mármol. Señaló mi cadera. Cuando me di cuenta de lo que pretendía, le agarré la mano.

—No —dije.

Forcejeó para liberarse y se dirigió al bolsillo lateral de mi gabardina.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó con rapidez.

Cuando saqué el bote de pastillas de J.B., la cara se le contrajo como si hubiera mordido un limón.

- —¿Qué haces todavía con eso?
- —No lo sé —repuse, balbuceando. ¿Por qué no podía decirle la verdad? Porque me tomaría por loca, claro.
- —Yo tampoco —replicó él, sin dar crédito—. Creí que habíamos acordado que te librarías de ellas —se levantó y se pasó los dedos por el pelo—. Actúas como si lo tuvieras todo resuelto y resulta que eres incapaz de esconder la prueba más evidente. ¿Y si alguien te descubre con el bote?
- —No puedo tirarlo en casa —alegué. Mike estaba enterado de que, desde que mi madre empezó a acostarse con Dick el Libidinoso y le entró la manía de emplear fertilizante orgánico en los jardines de él, obligaba a la criada a rebuscar en nuestra basura, como los vagabundos—. Estoy esperando a encontrar el lugar adecuado para tirarlas, nada más. Me encargaré del asunto, te lo prometo.
 - —Si la fastidiamos...

Me incliné hacia delante y le tapé la boca con la mano.

- —¿Me quieres? —pregunté.
- —Venga ya —suspiró, al tiempo que volvía a sentarse.
- —¿Me quieres? —insistí, conteniendo el aliento.

Mike levantó la vista con su sonrisa en plan «siempre-me-acabas-liando» y dijo:

—Te acabo de meter mano en el mausoleo de mi abuelo, cuando tenemos un homicidio que ocultar —dijo, besándome en lo alto de la cabeza—. Estoy loco por ti, literalmente.

Una oleada de alivio me recorrió el cuerpo.

—En ese caso, no te preocupes: no vamos a fastidiarla —repliqué—. Solo tenemos que mantenernos fuertes, y unidos —volví a sentarme sobre sus rodillas y le rodeé el cuello con los brazos—. Hablaré con Tracy el lunes por la mañana. Y me libraré de las pastillas. Tú te encargas de hablar con tus amigos para conseguir la exclusiva del DVD de Baxter.

Antes de que Mike tuviera la oportunidad de volver a inquietarse, me coloqué a horcajadas encima de él y me subí el vestido negro hasta la cintura. Le rodeé el torso

con las piernas —asegurándome de que el bote de pastillas no volviera a interponerse entre nosotros— y me incliné para susurrarle al oído.

—Tienes que desearlo tanto como me deseas a mí.

Mike soltó un suspiro sobre mi pelo. La calidez de su aliento en mi cuello resultaba reconfortante.

—De acuerdo, Nat —gimió con suavidad—. Iremos a por Baxter.

Capítulo XI

En lucha con la mañana



El domingo por la mañana estaba tumbada en mi cama de dosel, entre almohadones blancos con volantes (vestigios de uno de los proyectos de decoración de mi madre) y rodeada asimismo de los fantasmas de mi pasado, repleto de testosterona. En una mano, sujetaba las pastillas para ataques epilépticos de J.B.; en la otra, mi móvil, con el tercer mensaje de texto de mi padre en la pantalla, al que tampoco había respondido. Dos hombres de los que creía haberme librado y dos señales de que estaba muy equivocada. Pasé la vista de una mano a otra y me sentí atrapada por completo entre las dos.

Si es que yo, en efecto, disponía de la fortaleza que le exigía a Mike, no podía dar a aquellos hombres carta blanca para que me desquiciaran. Ni hablar. Era yo quien tenía que acabar con ellos.

Convenciéndome a mí misma de que solo estaba modificando —y no rompiendo — el juramento de silencio que formulé contra mi padre cuando huyó de la ciudad, pulsé el botón «Responder». Necesitaba enviar la clase de mensaje que no habría tenido el valor de enviar en aquel entonces, cuando el voto de silencio era lo más lejos adonde podía llegar.

Ahórrate la payasada de «papá ha vuelto a casa» y suelta de una vez lo que quieres.

Intenté imaginarme su reacción, la forma en la que se aflojarían las arrugas que rodeaban sus ojos gris pálido... Pero no se trataba de pensar en él. Se trataba de pensar en mí.

«Enviar».

Tardé un momento en caer en la cuenta de que el corazón no se me aceleraba. Me sentía tranquila, impasible. Perfecto. Un icono superado; otro por superar.

Mi padre me había estado persiguiendo porque yo se lo había permitido. Ahora, con el ataúd de J.B. recién enterrado, abrigué la esperanza de poder enterrar también su recuerdo.

Me había pasado la última semana manoseando el bote de pastillas, e imagino que mis palmas habían sudado más de lo normal, porque la etiqueta empezaba a

despegarse por los bordes. Tiré de la pegatina y, de pronto, la etiqueta entera se me quedó en la mano.

Mierda. Ahora, tenía una prueba por partida doble. ¿O acaso había facilitado la manera de deshacerme de ella? Mamá guardaba una trituradora de papel en el piso de abajo (la mejor amiga de una divorciada, le gustaba decir), pero no podía arriesgarme a que me descubriera. Más me valía hacer yo misma de trituradora.

Me lancé al cuarto de baño y me encorvé sobre el inodoro de tono salmón mientras rompía la etiqueta en pedazos lo bastante pequeños como para que desaparecieran al tirar de la cadena. Cayeron como plumas en el agua y, al momento, la palabra *epilepsia* ya no se distinguía.

Me había pasado la semana preguntándome si alguien del Palmetto filtraría la información sobre la enfermedad de J.B.; pero, al parecer, la causa real de su muerte seguía siendo un misterio para todo el mundo. No me sorprendía mucho, la verdad. Tan interesada como estaba la familia de J.B. en conservar la clásica fachada de perfección de los estados sureños, mantenía en secreto los ataques de su hijo. Tal vez, al tirar de la cadena, yo estaría haciendo lo mismo que ellos.

Ahora quedaban las pastillas. No tenía más que tirarlas también a la taza del váter. En cuanto la cisterna se llenara otra vez, colocaría el bote boca abajo y me libraría de ellas.

Mi muñeca osciló en el aire. Empecé a tiritar... bueno, digamos que a temblar de pies a cabeza.

No podía.

Me dejé caer al lado de la taza y apoyé la cabeza en las manos. El día anterior me había mostrado impasible delante de Mike; pero, a solas, aún no era capaz de aceptar lo que había hecho. Aquellas pastillas eran todo cuanto me quedaba de J.B., y quizá tendría que deshacerme de ellas de una manera más ceremoniosa. Con alguna especie de homenaje, y no arrojándolas al váter. Como solía decir la terapeuta que mamá me obligó a visitar cuando papá se marchó: se trataba de encontrar tu propia manera de concluir la situación. Pero ignoraba por completo qué clase de conclusión acabaría por escoger.

—Natalie.

Mierda. La cabeza de mamá asomaba por la puerta de mi habitación. En cuestión de segundos, se aproximaría lo bastante como para ver qué estaba yo sujetando. Metí las manos, junto con el bote, en el bolsillo de mi sudadera del Palmetto y me giré.

—Los Duke han llegado. Coge el abrigo, nos vamos —declaró mientras tiraba hacia abajo de su top rosa fucsia que dejaba la tripa al aire y complementaba unos pantalones pirata a cuadros rosas y amarillos.

Al acordarme, solté un gruñido. El «día familiar» con los Duke iba a ser un espanto. Poco antes, Dick había anunciado su intención de adquirir una nueva

propiedad inmobiliaria en la exclusiva zona de La Ensenada —de la manera en que otras personas anuncian que se van a comprar un sombrero nuevo de cara a la primavera—, y ahora todos teníamos que ir en busca de casa.

En el caso de mamá, aquel día se trataba de jugar bien sus cartas con la esperanza de sacarle algo jugoso a su novio —cosa que, por lo que yo podía adivinar de Dick, probablemente no ocurriera muy a menudo tras la puerta del dormitorio—. Para mí, el día era equivalente a sufrir en silencio.

Pero antes de que mamá pudiera sacarme del cuarto, se escuchó en la puerta una tímida llamada. Darla asomó su cabeza de ratón.

- —Oye, Nat —dijo con aspecto nervioso—, ¿te importaría que yo...? Me he derramado yogur en la camiseta —se separó del torso su camiseta azul pálido para atestiguar que lo de la mancha de yogur era verdad—. Mi padre ha pensado que, quizá...
- —Pues claro, Natalie te prestará algo que ponerte —intervino mamá mientras colocaba una mano en el hombro de Darla, como si se tratara de un agradable momento de complicidad entre las tres—. ¿Verdad, Nat?

Darla mantenía la boca abierta de manera permanente, lo que le otorgaba el aspecto de los pescados que se ponían a la venta en el muelle de Cawdor. No era precisamente la clase de chica que yo habría elegido para lucir mi ropa mientras nos cruzábamos con los residentes de La Ensenada a plena luz del día. En todo caso, a ella le iría mejor algo más informal.

—Toma —dije, al tiempo que me sacaba por la cabeza la sudadera del Palmetto
—. Ponte esto —el leve repiqueteo del bote sin etiqueta que llevaba en el bolsillo hizo que me detuviera en seco en el momento en que la capucha me cubría la cabeza
—. En realidad —añadí a toda prisa—, será mejor que elijas en mi armario lo que te apetezca.

Mamá me miró y arqueó una ceja.

- —¿Vas a llevar puesto eso? ¿Para salir? Pero, Natalie, si tienes un tipo precioso —dio un paso adelante para quitarme la vieja sudadera, pero me aparté con un movimiento brusco.
- —Es una de las condiciones de ser princesa del Palmetto —mentí—. Se supone que tengo que hacer propaganda del espíritu del instituto tres veces a la semana, por lo menos —me encogí de hombros—. Es una de esas cosas que nadie te dice antes de que te coronen.
 - —Ah —mi madre asintió con la cabeza—. En ese caso…

Se giró hacia Darla, quien, mientras tanto, se había enfundado el minivestido de tirantes color esmeralda que me había puesto para la gran fiesta anterior al partido, tres jueves atrás. Era una prenda muy particular. Aún seguía recibiendo cumplidos a causa de ese vestido, y ahora Darla iba a meter a presión sus enormes pechos entre las

costuras. La miré frunciendo los ojos, pero se limitó a esbozar su típica sonrisa bobalicona con la boca abierta.

—¿Puedo, en serio? —preguntó.

Mi futura hermanastra me tenía agarrada por el cuello en el asunto del vestuario. Noté que mi madre contenía el aliento en espera de mi aprobación.

—Claro —dije por fin con tono amable—. Aunque, en realidad, queda mucho mejor con tacones. Te prestaría mis sandalias a tiras de piel de serpiente, pero me imagino que calzas unos números más que yo. Qué lástima.

En la furgoneta de la floristería, me hundí en el asiento mientras dejábamos atrás el vecindario. Otra vez, todos juntos en la carretera.

—A Darla le ha afectado mucho la noticia del Palmetto —comentó Dick—. Está escribiendo un editorial para el periódico del instituto. ¿Y tú, Nat? ¿Cómo lo llevas?

Me percaté de que Dick, cuyo bigote estilo Dalí apenas encajaba en el retrovisor, trataba de encontrarse con mi mirada a través del espejo. Pero de ninguna manera estaba dispuesta a permitir que viera la expresión de mi rostro, de ciervo deslumbrado por los faros de un coche. Sentí un escalofrío, me ajusté la sudadera al cuerpo y fingí estar absorta en el tráfico al otro lado de la ventanilla.

- —Ay, es horrible —soltó mamá, de pronto. Se giró desde el asiento delantero y me colocó una mano en la rodilla—. Natalie y Justin eran muy buenos amigos.
- —¿Ah, sí? —preguntó Darla, apartando la mirada del pecho de mi madre (que le rebosaba por el escote de la camiseta) para mirarme. Su propio pecho resultaba algo más comedido gracias a la prudente hechura de mi vestido.

¿Por qué tenía mamá que salir con eso? ¿Y qué si una única vez, años atrás, durante una de las sesiones matinales de cotilleos entre madre e hija, en la cama, le había confesado que no conseguía quitarme a J.B. de la cabeza? A mí no se me ocurriría sacar a relucir los detalles de sus aventuras amorosas delante de los Duke. Se suponía que ciertas confidencias merecían un poco más de respeto.

Me vi forzada a encogerme de hombros.

- —En realidad, no era así. Solo nos movíamos en el mismo círculo de amigos.
- —Oye, ¿te has enterado de lo último sobre Baxter Quinn?

A toda velocidad, aparté la cabeza de la ventanilla para mirar a Darla. ¿Qué sabía ella? ¿Iba yo a desbaratar mi fachada de tranquilidad y rebajarme a interrogar a Doble D sobre las últimas noticias?

Un momento. El hecho de que yo estuviera de los nervios no significaba que el mundo entero se hubiera vuelto del revés. Ahí estaba Darla, con su prominente labio inferior y su inexistente barbilla, con el pelo fibroso que necesitaba un buen lavado y un buen acondicionador para ganar brillo. Doble D no sabía nada. Saltaba a la vista que estaba recurriendo a mí para enterarse.

—Si te soy sincera —repuse, por fin—, estoy un poco harta de hablar del tema. Darla asintió con gesto de disculpa.

Para entonces, la furgoneta de la floristería enfilaba una avenida bordeada de robles que llevaba a La Ensenada. Yo conocía bien la zona; nos dirigíamos a la exclusiva cala donde Rex Freeman y Kate Richards tenían casas de fin de semana. Sabía que si doblábamos la curva donde la bahía formaba una estrecha lengua de tierra cubierta de pinos, vería la casa de Mike al otro lado de la bahía.

A Mike no le gustaba Dick más que a mí, pero siempre se mostraba muy amable con Darla. Creo que pensaba que, de esa manera, me hacía un favor; aunque, en realidad, me molestaba hasta el punto de que no le había comentado que me iba a pasar el día aguantando a los Duke.

—Dotty, me parece que esta te va a gustar —decía Dick mientras, con los dedos, recorría el tirante del sujetador que a mamá se le había desprendido sobre su brazo desnudo. De nuevo, me miró por el espejo retrovisor; el bigote le relucía bajo la luz del sol—. Nat, ¿eres tan exigente como tu madre?

Esta vez, sostuve su mirada a través del espejo.

—Digamos que mi madre y yo tenemos gustos muy distintos.

Sus ojos volvieron a la carretera mientras detenía la furgoneta en un espacio libre frente a un edificio de tres plantas, de color amarillo brillante. Todas las casas que yo había visto en La Ensenada eran mansiones al más puro estilo de las plantaciones sureñas, con altas columnas de entrada, un amplio porche que rodeaba la vivienda y persianas de madera pintadas. Al verlas alineadas a la orilla del agua era de imaginar que, en aquella zona, existía la norma de ajustarse a semejante estilo arquitectónico. Pero no ocurría así en el caso de la construcción que teníamos delante. Aquella hacienda de estilo mexicano tenía paredes de estuco amarillo y un tejado de tejas en tonos rojo y púrpura. Era gigantesca. Era espantosa. Llamaba la atención en el peor de los sentidos. Destacaba como solo pueden destacar las propiedades de los nuevos ricos.

Sin embargo, al parecer, mamá no era de la misma opinión. Cuando nos bajamos de la furgoneta y levantamos la vista hacia tal monstruosidad, se lanzó con los brazos abiertos a Dick, riéndose y agitando las piernas en el aire. Mi madre era una especie de Julia Roberts de pechos grandes.

—¡Ay, caramba! —dijo entre risas con su mejor acento mexicano. Dick prácticamente hundió la cabeza sobre el pecho de mamá cuando esta murmuró con tono travieso, también en español—: ¿Mi casa es su casa, señor?

Se dieron un beso de lo más empalagoso y capté la mirada de Darla. Por un segundo, tuve el instinto de elevar los ojos al cielo, como dando a entender que me ponía en su lugar. Al fin y al cabo, podría no formar parte de la lista «A» del instituto, pero a la hora de sufrir en las aguas de la vergüenza ajena provocada por los padres,

Doble D y yo estábamos en la misma barca. No había nada malo en intercambiar gestos acerca de nuestra humillación común.

Entonces, noté que Darla pasaba la vista de mi madre a mí, como si nos estuviera evaluando. Ladeó la cabeza hacia mí y dijo:

- —Sí.
- —¿Cómo?
- —Haces los mismos gestos que tu madre. Eso del abrazo en el aire... Lo hiciste una vez en una fiesta del instituto.

Antes de que pudiera responder a mi estrafalaria futura hermanastra, mi madre — cuyos gestos había heredado— me cogió del brazo y empezó a brincar a mi lado hacia el camino particular que conducía a la vivienda.

—Richard dice —me susurró al oído— que si *realmente* nos gusta esta, me la comprará como regalo de compromiso.

Me quedé sin palabras.

- —Sí, ya lo sé —añadió con entusiasmo—. Lo que *significa*…
- —¿En serio te vas a casar? —espeté yo—. ¿Otra vez?
- —Bueno, sí —se encogió de hombros—. Pero lo que te quiero decir es que me la va a regalar, la va a poner a *mi* nombre... Una casa impresionante, en el lado exclusivo de La Ensenada —su voz ascendió unas cuantas notas—. ¿No lo entiendes, Natalie? —se colocó frente a mí y me puso las manos en los hombros—. Ah, algún día lo entenderás. Incluso aunque las cosas no funcionasen con los Duke…

Levantó la vista para mirar a Dick, que estaba abriendo la ventana del balcón de la planta de arriba.

- —Dotty, ¿has visto el bar en mitad de la piscina, ahí atrás? —preguntó elevando la voz.
- —¡Ay, *Richard*! —mamá avanzó hacia él pegando botes y me dejo sola en el umbral de aquella horterada de casa. Toda esa historia de «estoy-trepando-la-escalera-social-por-tu-propio-bien» ya venía de antiguo. Solo que, aquella vez, sentí que había tenido que aguantar demasiado como para dar mi aprobación.

Resultaba curioso; a mamá se la veía tan feliz. Y bien sabe Dios que, tiempo atrás, jamás me habría imaginado que llegaría tan lejos. Cuando mi padre huyó de la ciudad a los treinta y dos días de que yo hubiera empezado primero de secundaria en el Cawdor Middle, mamá estaba incluso más desesperada, más perdida que yo misma. Me pasé la mayor parte de los cursos de primero y segundo ayudándola a superar los peores momentos cuando, entre botellas de vino, intentaba encontrar otro trabajo, u otro novio. Llegó un punto en el que tenía que sujetarle la cabeza sobre la taza del váter con tanta frecuencia que me resultaba imposible tener mis propios problemas. Mientras ella vomitaba, yo me hacía mayor. Para cuando me cambié al Palmetto, había vivido experiencias más dramáticas que la mayoría de las chicas de

último curso.

Y ahora, ahí estaba mi madre, cuatro maridos más tarde y a punto de conseguir su segunda propiedad multimillonaria gracias, exclusivamente, a su extraordinario poder de persuasión. Mi madre sería una golfa, pero no tenía un pelo de tonta. Había descubierto un secreto de valor incalculable: la estabilidad no se conseguía teniendo un hombre que la «amase»; se conseguía con las cosas que este le regalaba... y que ponía a su nombre.

Yo no estaba dispuesta a acabar así, de ninguna manera.

—Cariño, ven a ver el laberinto —me llamó mamá desde el jardín de atrás.

Suspiré y, a paso de marcha, empecé a rodear la vivienda para ahorrarme el escalofrío que me produciría la decoración interior. Pero antes de llegar al laberinto, vi a Darla apoyada sobre una balaustrada, hablando con Kate Richards. Me había concentrado tanto en la espantosa hacienda al estilo mexicano que no había caído en la cuenta de que solo estábamos a dos casas de distancia de la residencia de fin de semana de su familia.

Estaba a punto de rodear el magnolio cuando oí la voz de Darla.

- —Se le ocurrió a Nat prestarme este vestido —mintió, al tiempo que se alisaba el tejido en la zona donde se arrugaba por culpa de su abultado pecho—. Nuestros padres están *juntos*.
- —¿La madre de Nat Hargrove y tu padre? —preguntó Kate con una risita ronca. Me molestó que, de repente, se mostrara tan interesada—. ¿Os vais a mudar aquí, a la puerta de al lado? ¿Ha venido Nat con vosotros?

Darla asintió con un gesto.

- —Pero no le saques el tema de Baxter, o de J.B., o cosas por el estilo. Es, no sé, como que *todo* el mundo le habla siempre de lo mismo —explicó mientras afirmaba con aire de entendida—. Por ser la princesa, ya sabes. Está un poco harta…
- —Ah, hola, Kate —dije mientras me acercaba desde atrás. Llevaba su larga melena tipo Rapunzel recogida en un desaliñado moño en lo alto de la cabeza. En la zona donde su camiseta blanca sin mangas se separaba de sus vaqueros, pude ver el corazón rosa que llevaba tatuado en la cadera—. ¿Alguna noticia de Baxter?

Kate arqueó una ceja en dirección a Darla y se giró hacia mí.

—Pues sí —respiró hondo—; por fin se ha puesto en contacto.

Luchando contra el impulso de aprovechar su presencia para enterarme de los detalles, entré a paso lento en la terraza y, con tono indiferente, pregunté:

—¿En serio?

Kate se inclinó para hablarme.

—Me pidió disculpas por haber desaparecido. Dijo que seguramente saldremos a cenar, o algo así, un día de estos.

Su voz denotaba la inconfundible urgencia femenina por comunicar noticias, y

para que la consolaran al garantizar que eran buenas. Solté un suspiro. Aquella no era la Kate de la que yo me había hecho amiga el año anterior; no era la Kate resuelta, decidida, que siempre actuaba según sus impulsos. Te crees que conoces a una chica y, entonces, pierde la virginidad en una fiesta de carnaval y se ablanda por completo.

—Es genial —respondí con voz cariñosa—. ¿Te comentó algo de la noche que desapareció?

Kate sacudió la cabeza.

- —Jura que es inocente. Asegura que lo demostrará dentro de poco; pero no quiso decirme dónde ha estado o cuándo va a volver.
 - —O sea... que va a volver —concluí yo.

Por la manera en la que me miraba —frente fruncida, ojos ansiosos—, entendí que estaba colada por Baxter. Me dio lástima, la verdad. A nadie le gusta que, justo después de su primera vez, su chico desaparezca. Pero no cabía duda de que, en el caso de Kate, era imprescindible que se lo quitase de encima. Ni siquiera en su mejor momento Baxter estaba cerca de merecerla. Además, yo necesitaba una cabeza despejada y una fuente de información objetiva que me tuviera al tanto de su paradero.

Conociendo a Baxter, dondequiera que se encontrara, estaría haciendo planes para un regreso espectacular en cuanto la oportunidad se presentara. Dado que ya estaba lanzando indicios sobre su inocencia y afirmando que contaba con pruebas, aquel regreso espectacular no parecía muy prometedor para Mike y para mí.

Tal vez no fuera a resultar tan sencillo como me había imaginado. El corazón empezaba a golpearme dentro del pecho, pero lo único que podía hacer era canalizar esa energía hacia algo productivo.

- —Debes de estar muy preocupada por no saber cómo ayudarlo —comenté con tono amable mientras negaba con la cabeza—. Si al menos supieras dónde está, a lo mejor podríamos hacer algo.
- —Seguiré tratando de localizarlo —la voz de Kate sonó esperanzada ante la idea de un plan relacionado con Baxter. Darla empezó a arrastrar los pies.

Aparté un mechón suelto de Kate y se lo coloqué detrás de la oreja.

- —Pase lo que pase, ya sabes que me encantará ayudarte —añadí con dulzura—. Me mantienes informada, ¿eh? Si averiguas cualquier cosa, si necesitas lo que sea, ven a hablar conmigo.
 - —Claro que sí —Kate asintió con un gesto—. Gracias.
- —Chicas —nos llamó Dick desde el balcón de arriba—, subid, vamos a hacer el recorrido.

A mi madre y a él se los veía ruborizados. No quería ni pensar lo que habrían estado haciendo en ese dormitorio principal. Por lo general, siempre que me imaginaba a otras personas haciéndolo, tenía una visión fugaz de Mike tumbado

sobre mí, en la cama; luego, notaba un cosquilleo por dentro. Mike y yo lo llamábamos «cosquilleo súbito».

Pero aquel día fue diferente. Cuando me cruzó la mente una visión fugaz de Mike, sus ojos no denotaban excitación. Denotaban terror.

Si, en lugar de miedo, quería percibir deseo en los ojos de Mike, tenía que conseguir que él, yo y nuestras coronas quedáramos fuera de toda sospecha. Al mirar a Kate, no podía dejar de pensar en Baxter. Mike y yo estaríamos indefensos hasta que conociéramos el as que nuestro compañero drogata escondía en la manga. Solo entonces nos encontraríamos en condiciones de desbaratar sus planes.

Capítulo XII

Ruido y furia



El lunes por la mañana, los rumores se extendieron como el fuego. El circuito de cotilleo, que abarcaba el instituto entero, era otra de las antiguas tradiciones del Palmetto. A comienzos de semana, cualquiera que tuviera una noticia (que solían abarcar desde «X se lo ha montado con Y» hasta «Adivina quién ha vuelto a pasar la noche en el calabozo») la escribía en un pedazo de papel y la pasaba —se otorgaban puntos extra por la creatividad concisa—. Lo divertido era comprobar hasta dónde había llegado la noticia al final del día, y hasta qué punto la habían transformado. Dado que cualquiera podía aumentarla o corregirla, la máquina de rumores se convertía en una especie de híbrido entre Wikipedia y el juego de «teléfono estropeado».

Nadie sabía quién ponía en marcha la rueda, ni cuándo, ni por qué hasta el momento no habíamos actualizado el anticuado formato —la entrega de notas escritas a mano— y adoptado alguna clase de avance tecnológico. Pero a todos los alumnos del instituto les encantaba (o, en ocasiones, les encantaba odiarlo). Así que, a pesar de los constantes intentos por parte de los profesores para erradicar semejante costumbre, que detestaban, yo siempre había considerado que la máquina de rumores nos sobreviviría a todos.

No había contado precisamente con pasar mi primer día oficial como princesa del Palmetto mitigando chismes que tuvieran que ver conmigo; pero ahí estaba yo, en clase de Historia de Europa, a primera hora, censurando las notas que me iban llegando.

«¿Verdadero o falso? La princesa Nat y Doble D van a ascender de posición y a mudarse a la orilla de la bahía».

Alguien había señalado el nombre de Darla con una flecha y había escrito:

«Por eso se ha desplomado el precio de la vivienda en La Ensenada».

Mi instinto era dibujar un enorme círculo rojo alrededor de «Falso» y, falsificando la letra, añadir:

«Rumores prematuros. El papeleo no ha terminado, y podría ser que la compra no se cierre. Alguien habló antes de tiempo».

En vez de eso, mantuve una actitud fría:

«Nota bene: no habrá Doble D. El "regalo" de Duke es para uso exclusivo de las Hargrove. Quien quiera ser invitado a mis fiestas, tendrá que tenerlo en cuenta. N.H.».

A la hora siguiente, en clase de Francés, empezó a rodar la segunda nota.

«Dicen que Baxter Quinn no se va a quedar de brazos cruzados ante las acusaciones de asesinato. Tiene coartada y sospechoso».

Coloqué la nota sobre mi mesa y traté de identificar la letra de alguien que no fuese Kate, pero el rotulador rosa fucsia y la escritura mitad en minúsculas y mitad en mayúsculas resultaba inconfundible. A hurtadillas, me metí en la boca un Juicy Fruit y apreté los dientes con fuerza para extraer todo el sabor del chicle. Me incliné hacia abajo y clavé la vista en la odiosa nota hasta que las letras se desenfocaron y me encontré en condiciones de volver a pensar.

El hecho de que mi íntima amiga transmitiera esa comunicación de Baxter — estilo Bin Laden— al instituto en pleno me resultaba, en cierta manera, subversivo. Sobre todo, después de la conversación que habíamos mantenido el día anterior, en La Ensenada. Creía que había quedado bien claro que, entre nosotras, la línea de comunicación sobre Baxter debería estar abierta en todo momento. Lo que sucediera con B.Q. no tenía por qué ser asunto de todo el Palmetto.

Hasta que una mancha de tinta se empezó a extender por el centro de la nota de Kate no caí en la cuenta de que había estado apretando el bolígrafo con demasiada fuerza.

De acuerdo, Kate trataba de apoyar a su chico. Perfecto. Lo que ahora importaba era en qué manera la noticia iría creciendo a medida que la gente fuera leyendo la nota. Por suerte, a mí me había llegado lo bastante temprano como para poder cambiarla de dirección. Solo tenía que rebajar el tono una vez más y, en esta ocasión, sin desvelar la autoría.

«¿Desde cuándo Baxter Quinn está lo bastante sobrio para no quedarse de brazos cruzados? Pronóstico de coartada: estaba en coma etílico. Supuesto sospechoso: las pastillas que él mismo vendió horas antes, aquella noche».

Doblé la nota y la pasé, a sabiendas de que Kate podría volverse contra mí, pero confié en que a la larga comprendiera que, en realidad, estaba velando por sus intereses. Cuanto antes quedara Baxter fuera de nuestras vidas, mejor.

Crucé los dedos para que el mordaz sarcasmo de mi respuesta cortara el rumor de raíz. Pero antes de que pudiera darme un respiro tras mis operaciones de retoque, la tercera nota de la mañana llegó a mi pupitre.

«¿Verdadero o falso? Todo el mundo está a favor de un segundo interrogatorio con ese nuevo policía macizo encargado del caso».

¿Qué significaba aquello? Miré a mi alrededor para ver de dónde procedía la nota,

pero todos los alumnos próximos a mí tenían los ojos clavados en la pizarra, donde *madame* Virge conjugaba verbos irregulares. Cuando soltó la tiza, miró el reloj de la pared y cogió un folio de su mesa.

—Tengo órdenes estrictas de leer este aviso —dijo, llamado la atención de toda la clase a causa del inusitado abandono de su lengua nativa para decir algo que de veras podíamos entender—. Ni se os ocurra pensar que, después de esto, voy a volver a hablaros en inglés.

Mientras la clase soltaba un gruñido, *madame* Virge se aclaró la garganta y empezó a leer.

—«Aviso dirigido a todos los que aún no se hayan reunido con nuestro nuevo oficial de enlace con la policía: se os convocará al despacho del director Glass para un breve interrogatorio durante el tiempo dedicado a estudio libre. Todos los alumnos tienen la obligación de presentarse».

Mmm. No me tocaba tiempo de estudio hasta tercera hora, pero Mike lo habría tenido nada más llegar al instituto. ¿Por qué no me había enviado un mensaje para ponerme al corriente?

—A. J. —susurré a Amy Jane cuando sonó el timbre de cambio de clase—. ¿Has tenido ya la hora de estudio? ¿Qué pasa con ese nuevo policía?

Amy Jane hizo un mohín con los labios y respondió:

—No tengo estudio hasta última hora. Dicen que está como un tren.

Me mordí las uñas y, malhumorada, salí del aula. No pensaba esperar a que me llamaran para conocer a ese nuevo oficial encargado del caso, estuviera bueno o no. Llamé a la puerta del director Glass justo cuando sonó el siguiente timbre.

—Adelante —dijo una voz desconocida.

A través de las paredes de cristal vi a un hombre uniformado. Estaba de pie, detrás del escritorio del director, apoyado en la librería. Parecía una versión de Paul Rudd en delgado. Cuando abrí la puerta y entré en el despacho, me fijé antes que nada en su placa, que relucía como si le sacara brillo a diario. Luego, recorrí con la vista sus pantalones azul marino; se le ceñían tanto a la altura de la entrepierna que me pregunté si no sería un quebrantamiento del uniforme reglamentario. Tenía el cabello oscuro, levantado con gomina por la parte delantera, y arqueó sus anchas cejas para señalar una de las butacas del despacho.

- —Siéntate —dijo—. Supongo que eres Natalie Hargrove, la princesa del Palmetto.
- —Las buenas noticias vuelan —repliqué—. Y yo supongo que usted es el agente Parker.

Tomé asiento sin quitarle ojo para comprobar si era lo bastante baboso como para inclinarse a mirar mientras me sentaba, con mi falda corta plisada de color azul grisáceo, y cruzaba las piernas. Pues sí: era de esa clase de tíos.

—He visto tu foto en el periódico —explicó el agente Parker—. Me he estado documentando sobre el instituto, para captar el ambiente. Quizá hayas adivinado que me han encargado investigar lo que ocurrió el pasado fin de semana.

Me encogí de hombros.

—No lo he pensado mucho.

A.P. se rascó su prominente barbilla.

- —¿Era Justin Palmer amigo tuyo?
- —En realidad, no —respondí—. Jugaba al fútbol americano con mi novio.
- —Eso he oído —bajó la lista a su libreta policial y, luego, volvió a mirarme—. ¿Cuánto tiempo llevas con tu novio?
- —No veo qué tiene que ver eso con el interrogatorio —espeté, sosteniendo su mirada. En sus ojos color avellana había algo frío y cálido a la vez, como cuando en invierno conduces con la ventanilla abierta y la calefacción encendida.

El agente Parker dio la vuelta al escritorio y se colocó al otro lado. Noté el olor a almizcle de su loción para después del afeitado. Me sonrió sin despegar los labios.

—Princesa, estoy dispuesto a llegar al fondo del asunto —afirmó—. Esto me huele a algo más enrevesado que un chico borracho que pierde unas pastillas. No sé si habrás oído que tenemos un sospechoso; está relacionado con un vídeo que se grabó aquella noche.

Negué con la cabeza, pero sujeté con más fuerza el brazo de la butaca. Por el momento, el asunto iba bien: la policía estaba utilizando como prueba la grabación de Baxter.

- —Aunque, claro —prosiguió el agente—, esa prueba por sí sola no soluciona el caso de manera definitiva. Además, hay un pequeño inconveniente —se lamió los labios—. ¿Se te ocurre cuál podría ser?
- —No sé a qué se refiere —repuse yo, descruzando y cruzando de nuevo las piernas.

El agente Parker bajó la vista y las contempló.

—Pareces una chica agradable. Y Baxter Quinn no era un gran operador de cámara, en todo caso —se rió entre dientes con una especie de silbido libidinoso—. Unas cuantas indiscreciones subidas de tono no deberían utilizarse en tu contra.

Me mordí el labio. Vaya. Mierda. A pesar de haber dado tantas vueltas a la cinta de Baxter, se me había pasado por alto la chispeante escena entre Mike y yo que B.Q. había grabado horas antes, aquella noche. Por descontado, la idea de utilizar la cinta para implicar a Baxter había sido demasiado buena para ser verdad. No podía creer que aquel poli asqueroso, con ese centelleo de sabelotodo en los ojos, tuviera algo de lo que acusarme.

—Es que no me gustaría que tu reputación se fuera al traste al poco tiempo de conseguir lo que querías —dijo A.P., por fin.

—¿Y qué quería? —pregunté. A ver: ¿hasta dónde llegaba su información? De pronto, me sentí impotente, al descubierto, como si todo el instituto pudiera ver mis pensamientos con la misma claridad con la que veían a través de aquel despacho de paredes de cristal.

—La corona —repuso él.

Solté aire.

—Mira —dijo el agente Parker; estaba tan cerca de mí que notaba su aliento en mi mejilla—. Nadie está usando la palabra *chantaje*. Personalmente, no veo la necesidad de utilizar una cinta de sexo amateur en un tribunal de justicia. A menos que...

Me puso una mano en la pierna. Miré a mi alrededor. ¿Por qué nadie pasaba en ese momento junto a la pecera y se daba cuenta de que ese tío era un salido de marca mayor?

- —¿Qué quiere de mí? —siseé.
- —Tú te relacionas con los alumnos del Palmetto —dijo, apartando la mano para cruzar los brazos sobre el pecho—. Ponme en la pista de otra prueba para cerrar el caso y haremos como si esas imágenes nunca se hubieran grabado.
 - —¿Y qué pasa con Baxter? ¿Qué pasará cuando vuelva?

El agente Parker extendió los brazos y, con gesto teatral, se encogió de hombros.

—Su palabra contra la mía. Verás, princesa; ahora, la cinta forma parte del archivo de la policía —explicó—. Un matón adolescente enganchado a las drogas no podrá hacer nada.

Alargó la mano y, cuando la cogí para estrecharla, se la llevó a los labios.

---Estaremos en contacto, seguro que sí.

Salí del despacho con la necesidad de darme una ducha. ¿Y si en ese DVD había algo más de lo que Parker daba a entender? ¿Y si solo trataba de ver hasta dónde tenía que llegar para que me desmoronara? ¿Qué había ocurrido cuando habló con Mike?

Un leve ronquido a mi derecha me hizo pegar un bote. Era Darla, Doble D, que dormitaba en el sofá a las puertas del despacho del director. Debió de sentir mi presencia, porque al instante se despertó entre aspavientos y se secó la saliva en la comisura de los labios. Llevaba una sudadera del Palmetto, casi igual a la que yo me había puesto el día anterior, solo que azul pálido.

- —¿Te han interrogado ya? —tartamudeó—. Se supone que ahora me toca a mí. Me he estado devanando los sesos para anotar todo lo que se me ocurría sobre J.B. Quiero ayudar, ¿sabes? Supongo que me quedé dormida.
- —¿Has oído alguna vez eso de «al perro que duerme, no lo despiertes»? mascullé entre dientes.

A Darla le cambió la cara. Sus ojos se volvieron fríos. Antes de que pudiera

disculparme, se incorporó en su asiento.

—Tú serás más mayor y más popular —espetó con más veneno del que la creía capaz—, pero yo tengo más dinero y las tetas más grandes.

Me eché a reír y, ladeando la cabeza, la miré.

—¿Y se supone que te tengo envidia?

Darla se encogió de hombros.

- —¿Sabes? Hay otro refrán. Tiene que ver con que la manzana nunca cae lejos del árbol —giró la cabeza al estilo de una concursante de uno de esos programas cutres de la tele—. Eres igual que tu madre.
- —Darla Duke —la cabeza de una secretaria asomó desde el despacho—. El agente Parker te espera.

Darla se puso de pie, pero antes de entrar en la guarida del Rey de los Cretinos, volvió la vista hacia atrás para mirarme.

—Podemos ser hermanas —advirtió en tono lo bastante bajo para que la secretaria no lo oyera—, o te puedo tratar como la sacacuartos que te han enseñado a ser. Tú eliges.

Acto seguido, desapareció. Si aquellas paredes no fueran tan transparentes, la habría agarrado por la capucha de la sudadera.

Pero entonces vi a Mike, en el pasillo. Mientras me acercaba a él a toda velocidad traté de recobrar la compostura. Estaba hablando con sus compañeros del equipo de fútbol americano, se reía y golpeaba su casco contra las taquillas. Quizá no se había enterado de que nos enfrentábamos a la posibilidad de que nos chantajearan y nos arrestaran. Para cuando llegué a su lado, estaba indignada.

Me miró a la cara y se giró hacia los chicos.

- —Nos vemos en el vestuario, ¿vale? —me rodeó la cintura con el brazo y me arrimó hacia sí—. ¿Qué pasa?
 - -- Esta mañana has estado con el Sargento Cretino. ¿Por qué no me lo dijiste?
 - —¿De qué hablas? —Mike me miró sin comprender.
 - —Tiene el DVD —repuse con lentitud.
- —Ya lo sé —replicó Mike, sonriendo—. Los chicos lo han estado comentando esta mañana, en el entrenamiento. Me moría por verte para contártelo en persona me agarró la nuca con la mano y susurró—: Saldremos del aprieto, solo es cuestión de tiempo.
- —¿Es que te has vuelto loco? —le grité—. ¿Es que el agente Parker no te ha refrescado la memoria sobre otras cosas que aparecen en la cinta?

Mike frunció la frente y negó con la cabeza.

—Genial —abrí la cremallera de mi mochila para sacar un chicle—. No te ha dicho nada. O sea, que solo me va a chantajear a mí.

Ahora, el semblante de Mike se ensombreció. Apretó los dientes y cerró la mano

en un puño.

- —¿Qué te dijo?
- —Dejémoslo en que está bastante interesado en las zonas desnudas de mi cuerpo que Baxter grabó —espeté. Traté de apartarlo de un empujón, pero me tenía agarrada con demasiada fuerza—. ¿Por qué no se te ocurrió, Mike? Deberías haber hecho algo con el DVD. Quedamos en que tú te encargabas.

Mike soltó la mano de mi cintura.

- —A ti tampoco se te ocurrió —contraatacó, exasperado.
- —Bueno, pues ahora te toca dar el paso y resolver cómo conseguirlo —decidí—. Hay unas cuantas escenas que tienen que descartarse en la sala de montaje antes de que alguien pueda acusar a Baxter.
- —Eso es absurdo, Nat; lo sabes de sobra —masculló—. ¿Quién te crees que soy? —se inclinó hacia mí y bajó la voz—. El DVD lo tiene la policía, ¿y se supone que tengo que quitárselo como por arte de magia para que a ti no te dé vergüenza enseñar demasiada carne?
 - —¿Y si en el DVD hay más cosas, aparte de demasiada carne?
- —Recuérdame lo que $t\acute{u}$ has hecho para sacarnos de esta. A ver, ¿de qué te encargabas?

Me crucé de brazos.

- —No he tenido la oportunidad de *hablar con Tracy* porque estaba demasiado ocupada mientras la policía me hacía chantaje.
- —De acuerdo, se me había olvidado que te tocaba hablar con Tracy. Confío que no sea demasiado arriesgado para ti. Ya me contarás lo que te ha dicho... si es que sobrevives.
 - —¡Mike!
 - —Nos vemos después de clase.

Para entonces, ya había recorrido medio pasillo. No estaba dispuesta a montar una escena gritándole delante de las bambis que se habían apiñado junto a las máquinas de Coca-Cola. Indignada, subí las escaleras hacia el cuarto de baño de las de primero de bachillerato. Encontraría a Tracy, a toda costa. Y Mike iba a tener que arrastrarse de rodillas si quería enterarse de lo que me había dicho.

- —Ahí estás —dijo Tracy mientras se ajustaba en la nariz sus gafas azul zafiro cuando abrí la puerta del baño de un empujón—. Dios mío, Nat, menuda cara traes.
 - —Es que... —empecé a decir. ¿Es que... qué?
 - ¿Qué había tenido una pelotera de las gordas con mi novio/cómplice?
- ¿Qué la mayor pringada del instituto me había acusado de ser tan oportunista como mi madre?
 - ¿Qué estaba a punto de reventar bajo la presión de un secreto monstruoso?
 - —Nuestro nuevo «enlace con la policía» acaba de intentar ligar conmigo —dije,

por fin—. Aún estoy flipando.

—Pobrecilla —repuso Tracy, reuniendo sus trenzas en una gruesa coleta—. He estado con A.P. esta mañana. Guapo pero baboso, ¿no? —me condujo al espejo y prendió un poco de incienso—. Venga —dijo, y empezó a pasarme los dedos por el pelo—. Vamos a tranquilizarte.

En el espejo, aún temblando y con las mejillas coloradas, apenas me reconocí. Parecía tan cansada, tan mayor. Mi pelo había perdido su lustre, e incluso mis ojos castaños se notaban apagados. ¿De veras solo había transcurrido una semana desde que el Palmetto me considerara digna de llevar la corona?

- —Ese hombre es un degenerado —espeté.
- —Ya lo sé —repuso Tracy con voz dulce—. Mira, aunque te va a sentar fatal, el agente Parker y tú tenéis una persona en común.

Negué con la cabeza.

—¿De qué estás hablando? ¿De dónde has sacado una cosa así?

Tracy chasqueó la lengua.

- —Sabes que nunca revelo mis fuentes —se mostró pensativa—. Supongo que es lo único en lo que me parezco a la máquina de rumores. En todo caso, si quieres ajustar cuentas con A.P., acuérdate: una vieja amistad a veces resulta útil.
 - —No lo entiendo. ¿Cómo…?

Sonó el timbre. Tracy sopló el incienso y se encogió de hombros.

—No puedo decir más. Excepto esto: la venganza suele estar más cerca de lo que te piensas, y la caída nunca queda muy atrás.

Capítulo XIII

Más poderoso que el primero



El lunes, después de las clases, me escabullí por la salida de incendios hacia el lugar bajo las gradas donde siempre nos reuníamos Mike y yo. No estaba de humor para cruzarme con alguna de las numerosas personas a las que trataba de esquivar, desde Darla Duke hasta el agente Parker. Y no quería ver a Kate de ninguna manera. La cabeza aún me daba vueltas tratando de encontrar sentido a la última y enigmática profecía de Tracy. Tal vez Mike pudiera arrojar un poco de luz.

Siempre intentábamos ocultarnos bajo las gradas para nuestra particular versión de la fiesta previa a los partidos. Por lo general, le permitía apuntarse unos tantos conmigo antes del entrenamiento ya que, en el campo, jugaba de defensa. Pero aquel día, después de haber pasado por debajo de la tercera grada cubierta de óxido y de abrirme paso entre los charcos en dirección a nuestro pequeño montículo cubierto de hierba, me sorprendí al descubrir que, por primera vez, Mike no se me había adelantado.

No nos gustaba irnos a clase enfadados, y nunca seguíamos resentidos después del último timbre. Yo había dado por sentado que, al acabar la octava hora, los dos saldríamos disparados en dirección a las gradas para hacer las paces. Ahora, me planteé la posibilidad de que nuestra discusión en el pasillo no se le hubiera olvidado. Agarré el móvil para mandarle un mensaje, pero algo me hizo vacilar. O se presentaba, o no. Y si no se presentaba —pensé mientras escupía el chicle sobre la hierba—, al menos me enteraría de que estaba furioso de verdad. Algo que jamás había ocurrido en los años que llevábamos juntos.

Esperé mientras lanzaba miradas al campo desde debajo de las gradas, y me acordé de un par de ocasiones en ese mismo curso en las que Mike y yo nos lo estábamos montando y, después de abrir los ojos, estiré el cuello para ver a J.B., que corría alrededor de la pista.

Sé que era una actitud extraña, pero me hacía sentir bien, pues me recordaba que, por fin, estaba con el chico que me convenía. Ahora, sin embargo, el recuerdo me producía angustia, soledad. Nunca volvería a experimentar ese sentimiento, nunca más vería los palpitantes tendones de las pantorrillas de J.B., ni su mata de pelo rubio

alborotada por el viento mientras corría. Más que nunca, deseaba abrazar a Mike para aliviar ese dolor. No podía consentir que él, también, se me escapara de las manos.

De pronto, lo vi. Salía corriendo de los vestuarios con sus compañeros. Noté una penetrante punzada en el pecho. Me había dejado tirada. Ni siquiera se había molestado en llamarme. Los jugadores dieron su primera vuelta alrededor de la pista y Mike miró hacia otro lado al pasar por nuestro escondite debajo de las gradas.

Las mejillas se me encendieron de rabia. Una parte de mí quería salir corriendo a la pista y decirle que no podía quitarme de en medio así, por las buenas. Éramos un equipo. Aunque las cosas se hubieran puesto difíciles, el vínculo que nos unía tenía que seguir siendo sagrado.

Pero no era ni el momento ni el lugar para sacar el asunto a relucir, y aún tenía que averiguar, por mí misma, qué ocultaba la profecía de Tracy.

No conseguía olvidarme del abominable A.P., de cuando me pasaba la mano por la pierna; pero no solo tenía que vengarme de él. En ese momento, para mí, Baxter y A.P. estaban conectados: ninguno caería sin arrastrar al otro. ¿Y qué habría querido decir Tracy con lo de «una vieja amistad» mía que conocía al agente Parker? En busca de respuestas, fui pasando la agenda de mi móvil; me detuve al llegar al nombre de Kate Richards... pero seguí adelante. No me paré hasta casi el final del alfabeto.

Sarah Lutsky. Mi antigua mejor amiga de Cawdor. Me sorprendió descubrir que aún conservaba su número. El caso es que siempre le habían gustado los hombres de uniforme. ¿Podría haberse referido Tracy a aquella vieja amistad en particular?

Solo había un lugar donde encontrar a Sarah Lutsky —es decir, si los fundamentos del planeta seguían siendo los mismos—. En cuestión de minutos, arranqué mi coche y me dirigí hacia el este. Atravesé las vías del tren y al poco rato me encontré de regreso en una parte de la ciudad que, tiempo atrás, había decidido no volver a pisar.

Otros alumnos del Palmetto acudían a Cawdor alguna que otra vez, cuando sentían la necesidad de ponerse ciegos de alcohol. Siempre que mis amigos decidían ir de juerga a los barrios bajos, me inventaba alguna excusa relacionada con una emergencia familiar. La idea de esos dos mundos colisionando superaba lo que me veía capaz de soportar.

Aquel día en particular fui en busca de una antigua amistad al lugar donde probablemente me encontraría con otra: el alcohol barato, mi viejo amigo del alma. Mike, ni que decir tiene, odiaba que yo bebiera antes de la «hora de cóctel» establecida por el club de campo pero, al dejarme abandonada bajo las gradas, no me quedaba mucha elección.

Conduje a lo largo de la hilera de bares en Cawdor Street al tiempo que recordaba los años en los que, ciertamente, los frecuentaba con excesiva regularidad. El hecho de reducir la marcha para encontrar aparcamiento fue una especie de viaje a la zona oscura. Estaba el antiguo burdel reconvertido en bar de mala muerte, de cuyas lámparas de araña, seguramente, aún colgarían algunos de mis sujetadores de adolescente más atrevidos. Estaba la caseta de tacos mexicanos, donde había cumplido los veintiún años al menos veintiuna veces porque, en tu cumpleaños, el tequila gratis corría libremente. Estaba mi club de *punk rock* preferido... Un momento, ¿qué había sido de mi club de *punk rock* preferido?

Mi exgarito predilecto tenía un cartel nuevo, pintura nueva... y nombre nuevo.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando aparqué el coche delante del club que ahora se llamaba... Sweet Revenge, «dulce venganza». Quizá la profecía de Tracy iba más allá de lo que me había imaginado.

Empujé las puertas al estilo de los salones de las películas del Oeste y entré en el bar. El interior estaba lleno de humo pero, cuando mis ojos se adaptaron a la penumbra, me di cuenta de que apenas había cambiado. De pronto, volví a tener trece años y me encontraba de pie, en el rincón del fondo, junto al teléfono público. Coqueteaba con tíos que me doblaban la edad y aceptaba las invitaciones de mis amigos a licor de hierbas mezclado con Red Bull. Entiendes que eres demasiado joven para beber cuando hasta en un sitio como *ese* se negaban a servirte. En aquel entonces, tenía yo la clase de amigos que provocarían una úlcera a cualquier madre sensata; siempre que la mencionada madre sensata no estuviera inconsciente en el sofá.

En esta ocasión, me senté frente a la barra, pues había acopiado atrevimiento después de todo cuanto me había pasado en los últimos cuatro años, desde que había pisado aquel lugar: primero, la casa grande; luego, el coche deportivo, el novio guapísimo, la corona reluciente... ah, sí, y ese homicidio tan raro.

Sentí un escalofrío y me ceñí la cazadora al cuerpo.

- —¿Qué te pongo? —preguntó el camarero al tiempo que plantaba en la barra una servilleta de cóctel.
 - —Whisky con lima —repliqué—. Que sea doble.

Llegó el vaso y me lo acabé de un trago, olvidando que, en los estados sureños, trae mala suerte no brindar primero, aunque nadie te acompañe. Pero es que, al beberlo tan deprisa, resultaba delicioso. Golpeé el vaso contra la barra, hice una mueca y negué con la cabeza.

- —Que siga la ronda —ordené al camarero.
- —Tenía la corazonada de que volverías —dijo una voz aguda, metálica.

Ahí estaba. Había pensado que tendría tiempo para acabarme una ronda antes de que Sarah terminase su turno de trabajo en la bolera. Pero cuando miré al otro extremo de la barra, estaba sentada en el taburete de la esquina. Por la hilera de vasos vacíos que tenía delante, deduje que llevaba allí sentada desde antes de que yo

llegara. Su ondulado cabello rubio rojizo le colgaba sobre la camiseta de tirantes, y alrededor de sus ojos color avellana tenía borrones de delineador gris oscuro. Con sus dedos largos, delgados, arrancaba la etiqueta de una botella de cerveza y, cuando me sonrió, noté un diminuto hueco entre sus dos incisivos.

- —Sarah —dije, cada vez más sorprendida por la clarividencia de Tracy—. No me lo puedo creer.
- —Pues créetelo —repuso ella, y se levantó para acercarse—. Las personas no desaparecen por completo solo porque tú las des de lado, Tal.

El antiguo apodo me desconcertó. Nadie me había llamado así desde hacía años, desde que Sarah y yo éramos inseparables, desde que yo era una típica chica de Cawdor, y no la princesa del Palmetto.

- —Y, sí —afirmó con la cabeza—, me he enterado de lo que le ha pasado —soltó su bebida y se recogió el pelo en una coleta baja—. ¿Estás bien?
 - —Perfectamente —respondí con rapidez—. ¿Cómo te has enterado?

Paseó la mirada a lo largo de la barra vacía y me agarró del codo.

—¿Y si vamos a uno de los reservados de ahí atrás? —sugirió—. Para hablar.

Seguí a Sarah hasta el fondo del local, un camino que habíamos recorrido muchas veces. Durante unos segundos, me dio la impresión de que seguía siendo Tal y que ella aún era Slutsky^[2], con los vaqueros ceñidos a sus piernas rectas como palillos y la fina camiseta de tirantes que dejaba a la vista la carne de gallina en sus brazos. Slutsky siempre tenía frío, por eso —solíamos bromear— necesitaba tantos achuchones por parte de los tíos de nuestra pandilla.

- —Eh, Slutsky —llamó desde la mesa de billar un tipo con malas pintas.
- —Ahora no —soltó ella con la brusquedad que la caracterizaba. Me condujo a un reservado en un rincón oscuro, sacó su petaca y dio un trago—. He empezado a verme con alguien —dijo.
- —Qué... bien —tartamudeé. Si ahora añadía lo que yo confiaba que añadiera, iba a tener que comprar acciones de Tracy Lampert.
 - —Te lo comento porque la persona con la que me veo puede interesarte.
 - —Soy toda oídos.
- —Derek Parker —anunció, esbozando de pronto una sonrisa insolente—. Puede que lo conozcas de uniforme.
- —¿Estás saliendo con el agente Parker? —me reí por lo bajo, tratando de mostrar sobresalto cuando, en realidad, lo que sentía era emoción.
- —¿Saliendo? Bueno, es una manera de decirlo —repuso Sarah, agitando la mano como para restarle importancia al asunto—. Está casado, así que puede que el término no sea exacto.

En los viejos tiempos, le habría dicho: «¡Uau, Slutsky!», y ambas, entusiasmadas, nos habríamos echado a reír comentando que, por desvergonzada que fuera la

situación, también resultaba de lo más excitante. Acto seguido, Sarah me proporcionaría detalles más gráficos de lo que yo llegaría a entender. Pero ahora...

—Aun con la boca cerrada, noto que me estás juzgando.

Suspiró, encendió un cigarrillo y luego me ofreció el paquete. Negué con la cabeza. Volvió a encogerse de hombros.

- —El caso es —prosiguió— que he pasado página de los viejos tiempos, igual que tú. Puede que ahora volvamos a ser amigas.
- —¿Cómo sabes que yo he pasado página? —no era precisamente fácil mantenerse al tanto de las noticias del otro lado de la ciudad.
- —Ahh —Slutsky se frotó las manos y sonrió con satisfacción—. Ahora viene lo bueno —comentó—. Digamos que mamar de la ley tiene ciertas ventajas. Por ejemplo… las pruebas policiales.

Me quedé boquiabierta.

—¿Has visto el DVD?

Slutsky afirmó con la cabeza.

- —Tal, tengo que reconocer que estoy impresionada. Por lo general, cuando la gente se pasa al bando de los nuevos ricos se vuelve más tensa, más estirada; pero este chico nuevo... ¿cómo se llama? Te ha relajado a base de bien.
- —Mientes —agarré el vaso con fuerza para mantenerme inmóvil—. ¿Por qué habrías, por qué él…?
- —Más que nada para investigar —respondió—. Derek y yo fisgoneamos a veces las grabaciones. Dice que nos podría servir de inspiración…
 - —Eso es ilegal, por no hablar de depravado.
- —Cálmate —indicó—. Sales bastante bien. Nada que yo no haya practicado, claro...
 - —Slutsky —dije arrastrando las sílabas—. ¿Aún tienes el DVD? Quiero decir...
- —Sí, entiendo —negó con la cabeza—. La cinta está bajo llave, en la comisaría —sopló un enorme anillo de humo, levantó la petaca una vez más y dio otro largo trago.

Así era Sarah: siempre dispuesta a pasárselo bien pero, a la hora de la verdad, nunca podías confiar en que te fuera a echar un cable. De ninguna manera podía entender que mi reputación en el Palmetto dependía de que aquella cinta NO saliera a la luz.

Tal vez Tracy Lampert se había equivocado, y mi desplazamiento a Cawdor había sido una pérdida de tiempo. ¿Por qué forzarme a ponerme en contacto con esa «vieja amistad» si iba a ser el mismo rollo de siempre? ¿Y por qué Slutsky estaba hurgando en mi bolso? Antes lo hacía sin parar, pero ahora me lo tomé como una invasión de mi intimidad.

—¿Qué haces?

—Suena tu móvil —explicó una vez que lo había sacado—. Ooooh —consultó el nombre en la pantalla—. ¿Quién es Mike? —preguntó con voz cantarina—. ¿Tu chico?

Le arrebaté el teléfono y me quedé mirando el número de Mike, a la espera de que saltara el buzón de voz. Sentí alivio al ver que me llamaba, pero era imposible explicarle lo que estaba haciendo en Cawdor en ese momento.

—¿A qué viene eso? —preguntó Slutsky—. ¿Problemas en el paraíso?

Fruncí los ojos, sorprendida al caer en la cuenta de que, al haber transcurrido tanto tiempo desde que habíamos hablado, Sarah no me conocía en absoluto. Y yo no estaba dispuesta a ponerla al día; además, no existía razón alguna para hacerlo. La última vez que había charlado con Slutsky, el hombre que me ocupaba la mente era mi encarcelado padre. Me vino a la memoria la última pelea entre nosotras, cuando Sarah tuvo el valor de ponerse de su parte, como si fuera más amiga de él que mía.

Un momento. Puede que me estuviera confundiendo. ¿Y si la «antigua amistad» de la que había hablado Tracy fuera... mi padre? En sus días buenos, papá siempre se había portado conmigo en plan colega, y no como una figura de autoridad. En los días malos, en fin, ahí estaban las cicatrices que me impedían ponerme en contacto con él. Hasta ahora.

El caso era que, en efecto, mi padre tenía sus contactos, si bien no muy honrados. Quizá era el único que podía ayudarme en esos momentos.

O quizá yo estaba loca por creer cualquier cosa que dijera Tracy Lampert. Tal vez se me había empezado a ir la olla.

—Vaya —le dije a Slutsky, consultando mi reloj con gesto exagerado—. Debería irme.

Sarah paseó la vista por el establecimiento.

—Demasiados fantasmas para ti, ¿eh? —comentó—. Vale, te acompaño afuera.

Me bebí los restos de mi whisky y seguí a Slutsky hasta la rechinante puerta del local. Atravesamos el aparcamiento de gravilla, ambas notando la diferencia de ambiente entre el ajetreado bar y la tranquilidad de la noche. En el rincón más oscuro del solar, a espaldas del edificio, Slutsky señaló una autocaravana de la que colgaba una débil lámpara de queroseno.

- —Voy a pararme un momento en el almacén de compraventa —comentó Slutsky—. ¿Vienes?
- —¿Almacén de compraventa? —pregunté, confundida. No parecía la clase de lugar donde me apeteciera comprar ni vender nada.
- —Ay, Tal —dijo, negando con la cabeza—; llevas fuera demasiado tiempo. Tienen de todo: speed, oxi... ¿qué veneno tomas últimamente?

Uno de los chicos estaba apoyado en la caravana, observándonos. Llevaba trenzas en la barba y una gargantilla de pinchos. Tenía los brazos tatuados de los hombros a

los dedos.

—Prefiero marcharme —repuse en voz baja—. Ten cuidado, ¿vale?

Slutsky asintió con la cabeza, como si ya se hubiera leído el guión de lo que yo iba a decir.

—Claro —se encogió de hombros y se inclinó para darme un beso en la mejilla
—. Te llamo.

Desde el coche, vi cómo su silueta entraba en la parte posterior del almacéncaravana. Me sentí satisfecha al marcharme de allí, aunque también inquieta, pues sabía que mi siguiente paso tenía que ser encontrarme con mi padre.

Decidí esperar al día siguiente para no tomar ninguna decisión impulsiva y me dispuse a arrancar mi coche automático. De pronto, tomé plena conciencia del interior de cuero, el sistema de sonido envolvente, los tapacubos relucientes. Ahí estaba yo, atrapada en mi pasado, pero llamando la atención a causa de mi presente.

Hablando de mi presente, aún no había escuchado el mensaje de Mike.

«No sé si me habrás estado esperando en nuestro sitio, esta tarde; si estabas, lo siento. Necesitaba un poco de tiempo para aclarar mis ideas. No te enfades, ¿vale? Llámame. Te quiero».

Suspiré y arrojé el móvil al interior de mi bolso pero, al hacerlo, eché algo en falta. El repiqueteo del bote de pastillas. A toda prisa, rebusqué en la mochila. ¿Dónde estaban?

Sabía que llevaba conmigo el bote cuando entré en el bar; lo había palpado cuando fui a sacar dinero para pagar las copas. Reproduje en la cabeza la última hora y me acordé de Slutsky, hurgando en mi bolso. ¡La muy zorra me había robado las pastillas! Y ahora las estaba vendiendo en ese repulsivo almacén.

Estuve a punto de pisar a fondo el freno y girar el coche en redondo. Pero, entonces, una oleada de calma me invadió. Sin darse cuenta, Slutsky me acababa de hacer un favor al llevarse la carga de la que yo no había sabido librarme.

Que se las quedara. Ahora, solo me quedaba esperar a que desaparecieran para siempre.

Capítulo XIV

Una batalla ganada y perdida



Cuando desperté, todo estaba igual que antes: mi fino edredón verde guisante, enrollado a mi alrededor; el sol, que entraba por la amplia ventana que daba al sur; mi padre, desvanecido en la butaca del salón de nuestra caravana, donde yo dormía en la cama plegable. Estaba atontada, adormecida.

—¿Papá? —dije. Mi voz tenía la lentitud submarina de las pesadillas—. Prepararé un poco de café, ¿quieres?

Silencio desde la butaca. Papá tenía los brazos levantados por encima de la cabeza, con los puños entrecerrados; sus mejillas, abotargadas, mostraban una barba de varios días. Había lanzado uno de sus zapatos hacia la puerta; el otro le colgaba del pie en una posición rara, como si se hubiera torcido el tobillo. Una araña se desplazaba poco a poco por la parte posterior del respaldo de la butaca. Mi padre era horrible; no podía dejar de clavarle los ojos. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde la última vez que lo había visto pero, claro, solo era otro día más.

Me quedé parada a su lado y le zarandeé los hombros.

—Papá —dije elevando la voz. Entonces, mi corazón recobró su ritmo y me giré en dirección a la parte trasera de la caravana—. ¡Mamá!

Aguardé a que me llegaran desde el dormitorio, al final del reducido pasillo, los sonidos de mi madre al levantarse. Siempre seguíamos la misma rutina: yo la volvía a llamar; ella se acercaba hasta la puerta protestando y asomaba la cabeza. A veces, volvía la vista atrás, hacia la cama. Podía tener allí a cualquiera; a cualquiera que se prestara a salir a hurtadillas una vez que yo me hubiera ido al colegio y antes de que mi padre recobrara el conocimiento.

-Mamá -volví a llamar-. Esta vez está de verdad inconsciente.

De pronto, mi padre apretó los dedos alrededor de mi muñeca. Bajé la vista y sus ojos se abrieron de golpe.

—Cierra la boca. Nadie está inconsciente.

Solté un alarido porque me había asustado, porque me hacía daño en la

muñeca y el aliento le olía a muerto, porque sus labios y sus encías estaban azules.

- —¿Mamá? —insistí. Mi voz vibraba en la estrecha estancia.
- —Tu madre no está —escupió él—. No se molestó en volver a casa anoche.
- —¿Cómo lo sabes? —pregunté, mientras forcejeaba para escabullirme hasta el rincón de mi cama.

Entonces, papá se levantó de la butaca dando tumbos y se precipitó sobre mí. No me había figurado que tuviera las energías suficientes para atravesar el cuarto; pero claro, cuando quería asustarme, igual daba lo colocado que estuviera.

—¿Es que te crees que no sé lo que ocurre en mi propia casa?

Cuando estaba de pie, erguido, lo que raramente sucedía, tenía la altura del bajo techo de la caravana. Estiró su largo brazo con intención de coger uno de los botes de analgésicos esparcidos por la mesa de la cocina, pero se detuvo para mirarme. Noté que los labios me temblaban. Deseaba que se tomara su puñado de por las mañanas. Sería mejor para los dos si se las tragaba de una vez.

- —Sé lo que te cuenta tu madre —advirtió en voz baja—. Habla a mis espaldas, como si yo no fuera lo bastante hombre. ¿Te crees que lo necesito? había destapado el bote pero, en vez de sacar las pastillas, me lo lanzó con todas sus fuerzas. Me rebotó en el muslo, y las pastillas se desperdigaron ruidosamente por el suelo—. ¿Te crees que os necesito a alguna de las dos? vociferó.
- —Papá —supliqué, dando un respingo cuando me inmovilizó contra la pared. Estuvo a punto de agarrarme por el pelo, pero cuando me agaché para esquivarle dio un traspié hacia delante y se golpeó la espinilla contra la cama.
- —Maldita sea, Tal —gruñó mientras se sujetaba la pierna y se dirigía a su butaca a la pata coja.

Agarré mi mochila color púrpura y me calcé unas chanclas. No me importaba ir al colegio en pijama, una vez más. Más valía aparecer con pantalones de pijama hoy que cubierta de moratones mañana.

—Vuelve aquí —gritó mi padre mientras me perseguía hasta el patio del camping para caravanas.

Seguí corriendo. Solo miré hacia atrás al oír el ruido sordo.

Mi padre estaba tumbado boca abajo, sobre el polvo. No era la primera vez que se caía, pero sí era la primera vez que lo había visto ahí tumbado, en silencio, sin intentar levantarse. Se había tropezado con el último peldaño de la caravana, y se había dado un buen golpe. Vi un hilo de sangre que le brotaba del labio inferior. Aleteó los párpados y volvió a quedarse inconsciente. Le

toqué el cuello, noté que tenía pulso y, acto seguido, me di la vuelta y continué corriendo.

Mamá se presentó en el colegio ese día para decirme que la poli le había arrestado. Fue la última vez que lo vimos. Y fue la primera vez que empecé a mantener aquella antigua promesa de no volver a dirigirle la palabra.

¿Podía un hombre cambiar? Decididamente, no.

Abrió la puerta antes de que yo hubiera terminado de llamar. Parecía frágil y cansado; la piel que rodeaba sus ojos plateados se veía descolgada, como la de un abuelo. Pero cuando alargó los brazos, tenían una firmeza sorprendente.

—Tal, muñequita —dijo, en espera de un abrazo.

Me quedé parada en los escalones de metal de la caravana de mi tío Lewey, con los brazos cruzados con fuerza sobre la cintura. Estaba luchando contra la parte de mí que anhelaba acercarse a mi padre y apoyar la cabeza sobre su amplio torso. En cambio, clavé la vista en su frente, justo en medio de las cejas. Era un viejo truco que había aprendido en clase de Debate; se utiliza cuando estás demasiado nerviosa para mirar a alguien a los ojos pero, aun así, deseas demostrar que controlas la situación.

- —¿Qué quieres? —espeté.
- —Felicitarte —repuso él, dándome un leve empujón con su codo huesudo—. Mi hija, la princesa. Aunque no me sorprende, la verdad.
 - —No necesito que me felicites.

Papá frunció el entrecejo.

- —Vale. Entonces, puede que yo necesite que me digas: «Bienvenido a casa». Estoy en libertad condicional, claro; pero, con buena conducta, todo puede volver a lo que...
- —No —interrumpí yo, notando que aquel antiguo temblor regresaba a mi voz—. Ahora es diferente. Mamá y yo somos diferentes. Hemos pasado página —la voz se me crispaba con la esperanza de que fuera verdad.
- —Entra —dijo papá, haciendo caso omiso de mis palabras y sujetando la puerta
 —. Te voy a preparar una taza de té. Estás muy guapa, pero tienes mala cara.

Antes de que papá desapareciera y mamá y yo nos mudáramos, la caravana del tío Lewey quedaba a tres puertas de la nuestra. Era zona libre para las fiestas de soltero. No me habría extrañado encontrarme con una pelea provocada por las drogas y el alcohol, o acaso con una mujer a la que nadie conocía dormida en un rincón.

Pero cuando entré, el lugar se veía modesto y limpio, con dos raídos manteles individuales sobre la mesa y un ramillete de jazmines de seda en un pequeño jarrón de plástico. Olía a desinfectante y a crema de afeitar.

La foto preferida de papá aún colgaba de la pared, sobre la mesa de la cocina. Mamá la había sacado con una Kodak de usar y tirar, junto al muelle. Papá, el tío Lewey y yo posábamos delante del famoso cartel con la leyenda: «La pesqué en

Cawdor», reservado para los afortunados pescadores que atrapaban una pieza de más de veinte kilos. En la fotografía, el tío Lewey, orgulloso, rodeaba con el brazo la cabeza del pez, y papá lo sujetaba por el tronco. Yo estaba colocada junto a la cola, esforzándome por no desplomarme bajo el peso. Tenía entonces seis años y, aunque no lo sabía, mi padre ya empezaba a hundirme.

—Notarás que las cosas han cambiado por aquí —dijo ahora, mientras echaba unas cucharadas de té instantáneo en dos tazas y añadía agua hirviendo de una tetera eléctrica situado en el alféizar de la ventana—. No soy el hombre que recuerdas. Mis amigotes de la comisaría dicen que no me reconocen.

Puse los ojos en blanco. Cuando papá mencionaba a sus amigotes de la comisaría, se refería a los polis que aceptaron sus sobornos durante el breve período después de su arresto, antes de que fuera condenado por desfalco. Papá se podía pasar días enteros hablando de sus amigotes de la comisaría. Pues no le habían servido de mucho cuando las cosas se pusieron feas. Me costaba creer que aún les dirigiera la palabra.

- —¿Y qué te cuentan tus amigotes de la comisaría, últimamente? —pregunté sin levantar los ojos de la taza.
- —Ah, claro —papá chasqueó los dedos—. Ahora estás al otro lado del mundo se rió entre dientes—. ¿Sabes? Cuando las desgracias les suceden a los ricos, todo el mundo pierde los nervios. Por lo visto, la madre del chico muerto ha encargado a un nuevo policía una auténtica caza de brujas.
- —¿A qué te refieres? —pregunté. Hasta el momento, creía que el agente Parker trabajaba para el instituto, y no para los padres de Justin.
- —Verás, las familias siempre se quedan más satisfechas con un caso cerrado agitó su tazón en el aire—. Comprensible —añadió—. Pero estos polis jóvenes solo quieren pillar al primer tío de la lista. La mala noticia es que ese primero de la lista es un chico con una coartada para la noche del crimen.
- —¿Ah, sí? —pregunté, tratando de parecer lo más altanera posible, aunque no hasta el punto de provocar que mi padre se callara—. ¿Y tus amigotes de la comisaría te han confiado algún detalle sobre esa coartada?
- —No te lo pierdas —dijo papá entre risas—. El chico estaba en rehabilitación; demasiado ocupado drogándose como para drogar a nadie más.

Negué con la cabeza.

—Baxter no está en rehabilitación —repliqué—. Asistió a la fiesta de aquella noche.

Papá asintió, como si ya lo hubiera oído antes.

—Fue una de esas jugadas con nocturnidad —explicó—. Se llevaron al crío mientras dormía. Muy oportuno que fuera precisamente la noche del accidente; pero... espera un momento —la voz le cambió de tono—. ¿Qué hacías tú en esa

fiesta?

—¡Por favor! Hace años que perdiste tus privilegios paternos —hice un gesto con la mano para cambiar de asunto—. ¿Con quién has hablado, en todo caso? ¿Con el agente Parker? ¿Saben cuándo va a salir Baxter?

Papá me miraba de una manera extraña. Con lentitud, dio un sorbo de su té.

- —¿Por qué te interesa tanto Baxter? —preguntó—. No tendrás nada que ver con ese tío, ¿verdad, Tal?
 - —No tengo nada que ver con nada de esto —respondí deprisa, a la defensiva.

De pronto, me vi a través de sus ojos. ¿Qué pensaría al verme con las mejillas coloradas y falta de aliento, disparando preguntas sin parar a alguien a quien había jurado no volver a hablar?

Me levanté, arrastrando hacia atrás el taburete. Era absurdo haber pensado que me podría ayudar en un asunto así.

- —Me preocupas, muñeca —dijo papá, con la cabeza ladeada—. Creí que salías con alguien agradable, con ese tal King.
- —No te acerques a Mike, ni te acerques a mí —advertí mientras me encaminaba a la puerta—. Ya tienes bastante con preocuparte de ti mismo.

Papá levantó las manos en el aire como diciendo: «Me rindo».

—Soy tu padre —declaró—. Y te quiero. Ahora he vuelto a tu vida, y estoy limpio como la nieve, lo juro. Puedes acudir a mí si necesitas cualquier cosa —me cogió del brazo—. ¿Necesitas algo?

El roce de su mano me resultaba tan familiar, tan complicado. Lo odiaba, pero no podía liberarme. ¿Cómo había encontrado el camino de vuelta hasta mí, después de que yo me hubiera alejado tanto de él?

Por otra parte mi padre, mejor que nadie, entendería cómo me había metido en semejante lío. Tal vez no estaría tan mal compartir mi carga con otra persona. Cuando levanté la vista a sus ojos plateados, percibí el centelleo que yo solía tener en los míos. Abrí la boca para hablar.

—Solo tienes que decirme lo que necesitas —repitió, esta vez con más suavidad.

Percibí una nota de anhelo en su voz, la necesidad de sentirse necesitado, no muy diferente a la de las bambis, a las que yo manipulaba a mi antojo. El estómago se me encogió.

A su espalda, algo me llamó la atención. Una araña negra de grandes dimensiones tejía una tela en el techo de la caravana. Detrás de la telaraña, vi la pulcra hilera de botellas escondidas tras una caja de cereales. Volví la vista a mi padre. Un requisito de su libertad condicional era que abandonara el alcohol y las drogas. De pronto, entendí que todo seguía igual; todo, excepto yo.

Tiré del brazo para librarme de él.

—Me marcho —anuncié—. No me llames más.

Agarré el picaporte de la puerta y la abrí de golpe; una ráfaga de aire frío me invadió la garganta. Eché a correr. A medida que mis pisadas resonaban sobre el suelo, la desesperada realidad de mi situación me fue quedando cada vez más clara.

Mi padre había sido la última oportunidad que me quedaba. Y, una vez más, me había fallado.

Capítulo XV

Negras sombras de la noche



Siempre que Mike y yo quedábamos en reunirnos en nuestro lugar secreto, por encima de La Ensenada, el plan se desarrollaba de la misma manera. Por la mañana, uno de los dos enviaba un mensaje de texto: *Rendezvous*, y el otro entendía lo que significaba: esta noche, en la catarata, vístete de negro y no hagas ruido.

Aquel día era yo quien había enviado el sms, sintiéndome inusitadamente nerviosa al escribir la clave que tantas veces habíamos utilizado. La diferencia estribaba en que, por lo general, Mike y yo íbamos a la catarata para relajarnos y pasar juntos un rato. Pero esa noche en particular mi orden del día era un poco más ambicioso. Durante toda la semana se habían ido sucediendo las catástrofes, y aunque me esforzaba por atar los cabos de mi plan, era consciente de que no se haría realidad hasta que hubiera convencido a Mike.

Ok, fue su única respuesta.

Cuando la luna llena se elevaba en el cielo, despejado y oscuro, y mamá había vuelto a casa de su habitual cita de los miércoles en la bolera, con Dick —tan achispada que, aún vestida, cayó como un fardo sobre la cama—, me enfundé un jersey negro de cuello vuelto y, a escondidas, me adentré en la noche.

Aquella catarata nos encantaba. De niño, Mike la había descubierto por casualidad y llevaba años acudiendo. Me llevó en nuestra tercera cita, con una botella de champán y una cesta de picnic. Yo le llevé en su cumpleaños, habiendo preparado con antelación los accesorios necesarios para representar los papeles de Tarzán y Jane. Era el lugar de nuestro primer desacuerdo, el de nuestra primera vez, el de nuestro primer aniversario. Y, por suerte, también era el único rincón romántico de Charleston donde nunca nos habíamos encontrado con otra pareja que fuera en busca de una sesión de sexo furtivo. Habíamos quedado allí las ocasiones suficientes como para estar convencida de que Mike y yo éramos las únicas personas del mundo que conocían la existencia de la catarata secreta.

Para llegar, tenías que aparcar el coche en el puerto deportivo al otro lado de la isla de Las Palmeras. Luego, ascendías por un sendero pedregoso de más de un kilómetro y llegabas a la hilera de arces y la densa cortina de musgo que ocultaban la

catarata. Una vez que te abrías camino entre la exuberante vegetación, las vistas te convencían de que la agotadora subida merecía la pena.

La catarata caía limpiamente sobre un acantilado de piedra caliza y aterrizaba en una charca que, a la luz de la luna, mostraba un voluptuoso color aguamarina. No se encontraba a gran altura, pues en la zona de Charleston el terreno apenas se elevaba sobre el nivel del mar. Con el transcurso de los años, justo detrás de la cortina de agua se había formado una cavidad de piedra caliza, ideal para una pareja. En las primeras horas de la noche, como era el caso aquel día, el arroyo de un manantial cercano desprendía una fina llovizna que, al envolverte, provocaba en ti la sensación de estar soñando.

Cada vez que quedábamos en la catarata, Mike llegaba antes que yo. Siempre dejaba un rastro desde el final del sendero hasta la cavidad de piedra, donde me esperaba. Aunque yo había estado en la catarata las veces suficientes como para encontrarla con los ojos cerrados, Mike insistía en que no quería «perderme por el camino». Esparcía pétalos de rosa, o bombones, o alpiste. En cierta ocasión, dejó incluso uno de sus calzoncillos tipo *boxer* colgado de una rama, como una bandera que me condujera directa a él.

Aquella noche no había nada en el sendero.

El corazón se me aceleró ante la perspectiva de que me hubiera dejado plantada por tercera vez pero, cuando atravesé la cortina de agua para llegar a nuestro escondite, me encontré con Mike. Estaba sentado en nuestra piedra, con la cabeza entre las manos.

- —No me has dejado un rastro —comenté.
- —Creí que te gustaba hacer las cosas por tu cuenta —replicó. Su camisa negra formaba arrugas en los hombros, y estaba pálido como la luna—. Además —añadió con voz triste—, ¿no hemos dejado ya suficientes rastros?
- —Mike —dije yo. Se levantó cuando me acerqué a él. Nos abrazamos y nos quedamos inmóviles unos instantes—. Te he echado de menos —susurré.
 - —Siento lo del otro día —respondió, también con susurros.

Me colocó en alto y le rodeé la cintura con las piernas. Luego, avanzando unos pasos, me apoyó en la pared de roca y apretó su cuerpo contra el mío. Nos besamos. Fue un beso largo, apasionado, muy de los nuestros. Una oleada de alivio me recorrió de arriba abajo.

Cuando Mike se separó, ambos abrimos los ojos y, entonces, un miedo inoportuno, desconocido, descubrió el camino hasta nuestra catarata.

- —¿Qué vamos a hacer? —preguntó Mike al tiempo que me dejaba en el suelo.
- —Verás, lo tengo todo planeado —respondí yo mientras le conducía a su asiento en la roca. Saqué de la mochila una bandeja cubierta de papel de plata con mi especialidad: los *brownies* al whisky característicos del estado de Carolina que

siempre conseguían que Mike se concentrase antes de un examen.

- —¿Qué traes ahí? —preguntó.
- —Alimento para ayudarnos a planear nuestra estrategia —respondí al tiempo que le metía en la boca una crujiente porción de *brownie*, de una de las esquinas del pastel —. He estado pensando que, por si no pudiéramos conseguir el DVD de Baxter, necesitamos un plan B. Y he encontrado la manera perfecta de mantener a raya a ese policía baboso.
 - —Eso me gusta —repuso Mike.
- —¿En serio? —pregunté, acercándome a él. Todo dependía de que Mike me apoyara con el plan.
- —¿Estás de broma? —Mike elevó una ceja de aquella manera tan suya, tan sensual—. ¿Después de cómo te trató ese tío en la pecera, el otro día? Soy todo oídos.
- —Un pajarito me ha contado que el agente Parker está preparando algún que otro DVD, que en este caso le incrimina a él mismo —expliqué, adquiriendo seguridad a medida que Mike me animaba a continuar. Introduje un dedo por dentro de su camisa y le hice cosquillas en el pecho. Eso ya estaba mejor—. Haré que consigamos la prueba de las relaciones de A.P. con una menor —aseguré—, y en caso de que aún se niegue a cooperar, tendremos que lavar sus trapos sucios en público —me incliné para enfatizar el punto clave—, durante la proyección de nuestro vídeo *Camino a Palmetto*, en el baile.

Dado que Mike y yo salíamos juntos en un montón de vídeos grabados en los tres últimos años, seguramente en muchos más que cualquier otra pareja, todo el mundo contaba con que nuestra película estuviera a la altura de los Oscar. La habíamos terminado de montar mucho antes de que el instituto hubiera anunciado a los ganadores, de modo que solo nos quedaba entregársela a Ari Ang, encargado del apartado técnico del baile, quien la sometería a la aprobación de la pecera para cerciorarse de que era lo bastante «apta para todos los públicos» como para proyectarla. Me encantaba nuestra película, casi tanto como me encantaba llevar la corona.

Por eso mismo, la idea de retirar nuestra cinta me entristecía enormemente. Aun así, al ver la expresión de sorpresa en el rostro de Mike, supe que el sacrificio merecería la pena.

- —¿Vas a cambiar en el baile nuestro *Camino al Palmetto* por un vídeo porno del agente Parker? —se echó a reír, sin dar crédito—. ¿Estás segura? ¡Pero si te encanta nuestra película!
 - —También me encanta la idea de chantajear al chantajista —repliqué.
 - —Sí, daría resultado.

Sonreí.

—Nos vamos a cargar su credibilidad de un plumazo.

Mike me pasó la mano por el pelo. La sensación resultaba tan agradable que cerré los ojos y me limité a disfrutar del sencillo y placentero momento. Pero, al abrirlos, vi que Mike volvía a tener el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunté. Me incorporé y le cogí de la mano—. ¿Por qué pones esa cara?

Me besó la mano, aunque en su mirada permanecía la preocupación.

—Me alegro de que se te haya ocurrido algo para acabar con A.P. Sería capaz de matar a ese tío, te lo juro. Pero hay un asunto que tengo que contarte.

Asentí.

- —He recibido noticias de Baxter —anunció.
- —Está en rehabilitación —dije yo sin levantar la vista—. Ya lo sé.
- —Sí, bueno, no le queda mucho —Mike soltó un suspiro—. Volverá dentro de poco, justo a tiempo para el baile del viernes.

Tuve la impresión de que la llovizna de la catarata me asfixiaba. Solté el *brownie* que tenía en la mano.

- —¿Cómo te has enterado? —exigí—. ¿Por qué no me lo dijiste?
- —Te lo estoy diciendo ahora —Mike estaba a la defensiva—. Hoy he recibido una carta suya. Nat, dice que sabe lo que nos traemos entre manos. No creo que vaya a dejarnos salir limpios de esta.
 - —Pero... lo que ocurrió fue un accidente —tartamudeé—. ¡No tuvimos la culpa!
- —Ya lo sé —admitió Mike—. Pero lo que ha pasado desde lo de J.B., todas estas maquinaciones... —no terminó la frase—. ¿Te das cuenta de que estamos acusando a otra persona de asesinato?
- —Pues claro que me doy cuenta. Me he pasado cada minuto del día obsesionada con la idea. Pero ¿qué otra opción nos queda? Al final, será la palabra de Baxter contra la nuestra. ¿A quién te parece que van a creer en el instituto?

Mike dio un paso para apartarse. Se frotó la frente una vez más.

—Por desgracia, estamos metidos hasta el cuello —se mordió el labio—. La carta me ha llegado a través de Kate. Creo que él se lo pidió.

Fruncí los ojos. Era un giro inesperado. En circunstancias normales, podría haber cogido a Kate en un aparte para instruirla sobre los peligros de esperar demasiado de un tío como Baxter. Podría haberle sugerido que cortara por lo sano, que pasara página. Pero Kate se había cruzado conmigo en dos ocasiones en una semana en la que ni Mike ni yo teníamos el tiempo o las energías para pensar en otros intereses distintos a los nuestros.

—Kate solo es una zorra adolescente con demasiado dinero y Baxter, un drogata —solté por fin con un bufido—. Te garantizo que en cuanto se distraiga con otro tío, no tendrá problemas en abandonar su puesto. No creo que le vayan a conceder muchos «vis a vis» mientras Baxter esté en arresto domiciliario.

- —De acuerdo —repuso Mike—, entonces...
- —Tú consigue que uno de los defensas de tu equipo de fútbol le lance los tejos en el baile. Asegúrate de que la lleve a casa. Te lo garantizo, será como si Baxter Quinn nunca hubiera existido.

Mike asintió, si bien volvió a mostrarse desconcertado.

—Eh —le agarré por la barbilla—. ¿Te acuerdas de hace poco, cuando te encantaba que fuese tan cabezota?

Soltó una risita triste.

- —Sí —respondió.
- —Sigo siendo yo, cielo. Estamos juntos en esto. Solo quiero estar ahí, a tu lado, y llevar esa corona. Tú también lo quieres.
- —No lo sé —repuso él. Sus palabras resultaban aceleradas y su tono, nervioso—. Es como que quiero cogerte, abrazarte, hacerte sentir mejor, sentirme mejor yo. Es lo único que sé hacer —negó con la cabeza—. Pero últimamente, me da la impresión de que no sé nada. Te quiero, y me esfuerzo; pero no sé quién eres.

Solo entonces caí en la cuenta de lo distanciados que estábamos en realidad. Nunca antes habíamos tenido que esforzarnos. Nunca había existido la necesidad de volver a conectar, porque siempre estábamos juntos, sin más. Nuestros amigos incluso nos llamaban John y Yoko, y se burlaban diciendo que, dondequiera que estuviera uno de nosotros, siempre encontrabas al otro, al lado.

Agarré la hebilla de su cinturón. Puede que fuera un impulso. Fue lo único que se me ocurrió para mantenernos unidos, aunque una parte de mí sabía que no era lo más oportuno.

—No —dijo él, apartándome los dedos.

Bajé la vista a mi mano, como si acabara de sufrir una picadura. Noté que los rasgos de la cara se me aflojaban. Mike acababa de apartarme de un manotazo. No había tenido esa intención. Imposible.

Me senté junto a él en la piedra y tiré de sus labios hacia los míos. Me devolvió el beso, pero se notaba que era un acto reflejo, que no lo deseaba de verdad.

Resultaba frustrante. Le rodeé el cuello con los brazos y lo besé con más fuerza, introduciendo mi lengua entre sus dientes. Esperé a notar el tirón en mi labio inferior que siempre me decía que Mike estaba preparado... pero no llegó.

Pasado un minuto, me apartó hacia atrás. El corazón se me aceleró a causa del pánico.

—Lo siento —se disculpó—. No puedo fingir que todo está bien. No me puedo quitar de la mente lo que hicimos.

Me quedé sentada en la piedra, humillada; ninguna parte de mi cuerpo rozaba el de Mike. Era como si me hubiera abofeteado. Se levantó una ligera brisa y, de pronto, caí en la cuenta de que tenía la cara húmeda. Las lágrimas me surcaban las mejillas.

- —Natalie —susurró, sinceramente dolido, lo que me hizo sentir aún peor. Noté que me estaba viniendo abajo, en cierta manera. Algo en mi interior se estaba rompiendo. Y Mike seguía con las manos en las rodillas, sin acariciarme—. No —la voz se le quebró y yo rompí a llorar con todas mis fuerzas.
- —No lo puedo evitar —dije mientras me secaba el llanto con las mangas—. No puedo… No puedo hacer esto sola.

Por fin, se giró hacia mí y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Me besó los párpados, mojándose los labios con mis lágrimas.

—No estás sola —aseguró—. Estoy contigo en esto. Ya lo sabes —traté de respirar hondo, pero había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que había llorado en serio que, ahora, tenía la sensación de no poder controlarme. Estaba cansada. Muy, muy cansada.

Me echó el pelo hacia atrás con sus fuertes manos y por fin me enseñó la sonrisa que, sin darme cuenta, había estado anhelando toda la semana.

- —Mira —dijo—. Tengo algo para ti.
- —¿En serio?

Me sequé los ojos mientras Mike se giraba hacia atrás y sacaba una caja blanca más bien grande.

—Sé que lo has estado esperando —explicó mientras me entregaba el paquete.

Al abrir la caja, ahogué un grito. Se me había olvidado por completo que el día siguiente era el Día del Jazmín. Llevaba cuatro años esperando recibir el ramillete blanco, privilegio de las alumnas de último curso, en lugar del destinado a los cursos inferiores, de vivos colores y un tanto chabacano. Aquel ramillete era perfecto. Los ojos me escocieron a medida que nuevas lágrimas amenazaban con brotar. En medio de aquella espantosa catástrofe, Mike se había acordado. Todavía me amaba. No estaba sola.

El ramillete era precioso. Una auténtica maravilla.

Era lo bastante grande para impresionar, pero de un gusto exquisito en cuanto al diseño. Me lo coloqué junto al corazón, donde lo llevaría al instituto al día siguiente, prendido en el peto de mis pantalones. La pieza principal era una corona, con un ópalo en el centro.

- —Tuve que hacer un encargo especial —explicó Mike—. Dick tuvo que llamar a tres fábricas para encontrar esa corona. Es la única en todo el estado de Carolina del Sur. Pero yo sabía lo que quería —añadió—. Y lo conseguí.
- —Es perfecto. Digno de una princesa —dije, mientras introducía mi lengua en su boca. Esta vez, me devolvió el beso con suavidad.
 - —¿Te pesará demasiado? —preguntó al separarse de mí para recobrar el aliento.

Volví a apretar mi boca contra la suya, emocionada al notar que me tiraba del labio inferior.

—Con tu ayuda para llevar la carga —indiqué—, creo que me las	podré arreglar.

Capítulo XVI

La serpiente debajo de la flor



—¿Has visto lo que lleva Doble D en el peto de su pantalón? —me preguntó Jenny a la mañana siguiente.

Solté un bufido al tiempo que ajustaba mi ramillete para colocarlo en el ángulo perfecto.

- —Pensé que hoy no vendría. ¿Cómo ha conseguido pareja?
- —Nada de eso —repuso Amy Jane, cuyo broche de flores era llamativo, reluciente. Se encendía como un árbol de Navidad al pulsar un botón, en el centro. Jamás me habría puesto algo parecido pero, no sé por qué, a Amy le sentaba bien. Bajó la voz y se acercó para hablarme—. Doble D no tiene pareja. Su padre le ha hecho un ramillete por pura lástima.
- —Es verdad —intervino Jenny, cuyo prendido pertenecía por completo a la vieja escuela y era de un gusto excelente; la pieza central era una original flor fresca. Jenny se aclaró la garganta y, mirando mi ramillete, asintió con la cabeza—. Seguro que también por lástima le consiguió la corona como adorno principal.
- —¿Qué? —salté yo ahogando un grito—. Mike me dijo que la mía era la única en todo el estado de Carolina.

Amy Jane hizo una mueca y sacó de su bolsa un pulverizador de refrescante facial a base de pepino.

- —Tranquila —dijo con voz acaramelada—. Hoy, nada de estrés. No puedes ponerte con la cara toda hinchada; mañana es tu gran noche.
- —La princesa soy *yo*. Doble D es una pringada —la respiración se me aceleraba, y me agarré a mi taquilla para estabilizarme. Por lo general, un asunto así no me habría descolocado hasta tal punto.
- —Es patética —declaró Jenny—. Nat, tienes que tranquilizarte. El ramillete de crisantemos de Darla es una horterada, no se parece en nada al tuyo…
 - —Excepto por la corona, claro —añadió Amy sin pensarlo.

Jenny y yo le lanzamos una mirada asesina. Encogió los hombros.

—Lo siento —se disculpó—. Jenny tiene razón; las flores de Doble D llevan los colores del instituto. De pésimo gusto. En todo caso, ni siquiera asistirá al baile; no

creo que se atreva a traer a su padre como pareja.

- —Mientras que tú, princesa Nat —prosiguió Jenny—, serás la bella del baile consultó su reloj— en menos de veintisiete horas. Al menos, si de mí depende —dio una palmada y abrió su agenda electrónica—. A ver, mañana quedamos a las cuatro, con la ropa y los neceseres de maquillaje, ¿de acuerdo? —Amy Jane y yo asentimos con un gesto—. Las bambis vendrán a echarnos una mano. No gruñáis, ya sabéis que lo del sometimiento se les da bastante bien…
 - —Eso dicen los del equipo de fútbol americano...

Jenny puso los ojos en blanco ante el comentario de Amy Jane.

- —Nat, ¿le has dado a Ari Ang el DVD de vuestra historia, vuestro *Camino a Palmetto*?
- —Claro —respondí. El corazón me dio un brinco al pensar en el otro DVD que llevaba en la mochila, al acordarme de lo que yo estaba a punto de hacer. Al final, Slutsky me había resultado útil. Una vez que la hube llamado para acusarla de haberme robado las pastillas del bolso, se había mostrado más que dispuesta a «prestarme» una picante cinta de ella y el agente Parker (solo por motivos de educación sexual, desde luego).
- —Ay, me muero de ganas de verlo —dijo Jenny entre chillidos—. Apuesto que es el mejor *Camino a Palmetto* que se ha visto en este instituto.

Le dediqué una amplia sonrisa y asentí con la cabeza. Sin duda, sería memorable. Y más importante aún, una vez pasado el baile, el agente Parker ya no me daría problemas. Ahora, solo me quedaba encontrar un momento a lo largo del día para entrar a escondidas en la sala de proyección de Ari Ang e intercambiar las cintas.

Sonó el timbre y las chicas empezaron a abrazarse.

—Feliz Día del Jazmín —fuimos diciendo mientras nos dirigíamos a nuestras clases.

Camino a Francés, se me ocurrió que encontraría a Mike junto a su taquilla. Me planté a su espalda y le tapé los ojos con las manos. Pegó un bote y se giró; luego, al ver que había sido yo, trató de recuperarse y mostrarse relajado.

—Perdona —se disculpó—. No sé por qué, me he dado un susto —bajó la vista a mi prendido y su antigua sonrisa le cruzó el semblante—. ¡Eh! Bonitas flores. Llevo todo el día escuchando cumplidos sobre tu ramillete. Ahora entiendo por qué. Lo llevas muy bien.

Me elevó en el aire, aplastando un poco las flores, pero no me importó. En plan travieso, le chupé el cuello y empecé a ronronear.

- —Me alegro de que las cosas entre nosotros vuelvan a ser perfectas —comenté.
- —Siento interrumpir —dijo una voz a nuestra espalda. Nos separamos al ver al agente Parker, con las cejas arqueadas y las manos en las caderas—, pero me temo que tengo que pediros que os comportéis en los pasillos —negó con la cabeza

mientras me miraba—. Pensé que habrías aprendido la lección después de nuestra charla, la semana pasada. Puede que seas demasiado desvergon...

- —Cierre la boca —Mike apretó el puño, y supe que se disponía a agarrar al agente Parker por el cuello.
- —Mike —salté yo, separándolos—. Basta —dije falta de aliento—. Tiene razón. Venga, nos vamos a clase.

Tiré de él en dirección a nuestras aulas y dejamos a A.P. en el pasillo, echando humo.

—No te preocupes, cielo —agarré a Mike de la mano—. Muy pronto nos lo quitaremos de encima.

En lugar de encaminarme a Francés, dejé a Mike en su clase de Historia y esperé a que los pasillos se quedaran vacíos. Acto seguido, entré rápidamente en la sala audiovisual con el DVD, que me quemaba la mochila.

La fría sala sin ventanas estaba oscura; me golpeé contra varios carritos de televisión antes de encontrar una lámpara de escritorio. Yo solo había cursado una asignatura de audiovisuales en el Palmetto, durante mi primer semestre en el instituto; pero al fijarme en los mismos carretes de película desvencijados, la pantalla de proyección rasgada y el desconcertante sistema de megafonía, me dio la impresión de que no se habían producido grandes cambios tecnológicos en los últimos tres años. Me abrí camino entre los anticuados componentes electrónicos en dirección al ático, un espacio hueco que sobresalía por encima de la parte posterior del gimnasio. La noche del día siguiente, Ari Ang dirigiría el baile desde allí.

Ang era la persona más organizada del mundo, de modo que no me costaría mucho encontrar su carpeta pulcramente etiquetada con los planes multimedia para la ocasión. En el DVD que llevaba en la mochila había puesto la misma pegatina — Mike y Nat— que decoraba el auténtico DVD de *Camino a Palmetto*; todo estaba previsto.

Abrí la gruesa puerta insonorizada que daba al ático y entré. La estancia albergaba una infinidad de botones y luces parpadeantes que yo jamás conseguiría entender, y tenía una de las mejores vistas aéreas del instituto. La ventana de cristal tintado sobre el panel de control principal miraba al gimnasio, que a su vez daba al campo de fútbol americano, del que tan buenos recuerdos teníamos.

Cuando me incliné para mirar a través del cristal, me asaltó un recuerdo en particular, la clase de recuerdo que menos esperaba.

Me había pasado la mayor parte del primer semestre de tercero de secundaria preparando el proyecto final para Media 101, un documental sobre la ciudad de Charleston. Recuerdo que me sorprendió lo mucho que me impliqué; puede que todas esas horas de montaje en la sala audiovisual fueran una excusa para alejarme de mi madre y su amante viejo y millonario del momento. Pero, al final, me sentí muy

orgullosa de mi trabajo. Un día, estaba viendo el montaje final en el ático cuando Justin Balmer irrumpió sin previo aviso.

Yo tenía puestos los cascos insonorizados, por lo que no oí ruido alguno hasta que me dio unos toques en el hombro. Me giré tan deprisa que los cascos se me cayeron.

—¡Ups! —pareció sorprendido—. Estaba buscando a Amber. Lo siento.

Amber Lochlan era una chica muy popular y, aunque mayor que yo, estaba en mi clase de audiovisuales. Aquel año se presentaba a princesa del Palmetto. Tenía el mismo pelo corto y oscuro que yo, de modo que, en efecto, nos podrían haber confundido al estar de espaldas. Pero me gustaba pensar que mi pelo no era tan susceptible a la humedad como el de Amber.

Me encogí de hombros mirando a J.B.

- —No la he visto.
- —Eh, espera un momento —dijo él, señalándome con el dedo—. Te conozco.

Me quedé paralizada, tratando de negar con la cabeza y decirle que no, que no me conocía. Yo no era nadie que él conociera.

Una sonrisa se extendió en sus labios.

- —Eres la chica nueva que siempre me rehúye. Lo que te convierte en mi siguiente objetivo.
- —Más vale que te ahorres el esfuerzo —repliqué mientras, con torpeza, trataba de volver a colocarme los cascos—. Eso no va a pasar.
- —Vaya... qué brusquedad —se inclinó hacia delante, casi rozando sus labios con los míos—. Juro que nos conocimos en otra vida. Deberías darme otra oportunidad.

Su proximidad me producía un hormigueo en el cuerpo, pero mi mente se echaba atrás por su atrevimiento. Tras respirar varias veces con dificultad, me forcé a apartarlo de un empujón.

- —Nunca —espeté, sin permitirme cometer el error de añadir la palabra *más*.
- J.B. me miró con ojos entrecerrados, y yo me quedé ahí, aterrorizada, después de haber jurado miles de veces que nunca volvería a sentirme pillada por un tío.

Después, lo que recuerdo más claramente es la forma en la que, de pronto, cambió de expresión. La cara le empalideció y le empezó a temblar la comisura de la boca. Los ojos se le abrieron de par en par, como si estuviera asustado; pero luego, con la misma rapidez, se cerraron casi por completo. No dijo nada, solo salió por la puerta del ático con pasos inestables que achaqué a un exceso de testosterona.

Ahora, tres años después, de nuevo sola en el ático, sentí un escalofrío. Aquel día había estado demasiado concentrada en el miedo que sentía para entender lo que aquella salida tan precipitada escondía. J.B. debía de necesitar su medicación, incluso en aquel entonces. Debió de tragarse esas pastillas de Trileptal en cuanto estuvo fuera de mi vista, mientras yo forcejeaba para recobrar la compostura junto al panel de control.

Abrí el archivador de un tirón. A toda costa, tenía que impedir que me siguiera persiguiendo. Estaba decidida a superar con éxito la noche del día siguiente. Y no sería un buen comienzo que me pillaran husmeando en la sala audiovisual. Rebuscando entre las carpetas archivadas, encontré el material de Ari para el baile. La carpeta verde etiquetada contenía listas discográficas de canciones lentas, listas de canciones rápidas, guiones para los profesores que iban a hablar. Y nuestro DVD *Camino a Palmetto*.

No era momento para sentimentalismos. No podía pensar en la escena de apertura, en la que salíamos paseando del brazo en Capers Beach. Intercambié las grabaciones, guardé el original en mi mochila y me encaminé a la puerta.

El timbre para la segunda hora estaba a punto de sonar; aún podía llegar a clase de Lengua sin problemas. Salí rápidamente al pasillo iluminado, doblé la esquina y casi me dio un infarto al tropezarme con Kate.

- —¿Qué haces aquí? —solté de sopetón.
- —Se llama «permiso para salir de clase» —agitó la tarjeta plastificada delante de mis narices—. ¿Cuál es tu excusa? —entornó los ojos al mirarme—. ¿Por qué estás tan nerviosa, princesa?

Noté en su voz un desconocido tono de frialdad que no me gustó. ¿Me habría visto salir de la sala audiovisual?

- —Me encanta tu ramillete —cambiando de tema a toda prisa, di un leve tirón a una campana de color púrpura particularmente llamativa prendida entre las flores—. ¿Te lo ha regalado Baxter?
- —Mmm... más o menos —tartamudeó—. Le dejaron encargarlo por teléfono. Anoche fui a recogerlo a la floristería... —se interrumpió y, luego, me miró con descaro—. ¿Sabes? No tengo por qué justificarme contigo. Has dejado bien claro lo que piensas de él.

Me fijé en el orgullo con el que llevaba aquel cursi ramillete y solté un suspiro. Mike y yo teníamos ya bastantes problemas entre ocupar el trono y acabar con Baxter y A.P. No nos podíamos permitir que también Kate se pasase al otro bando.

—Kate —dije con voz melosa mientras le rodeaba la barbilla con la mano—. ¿Es que no te das cuenta? Lo único que quiero es que seas feliz. Y... si una relación a distancia con un chico que está en rehabilitación es para ti la felicidad... bueno, ¿quién soy yo para juzgarte? —esbocé una sonrisa y le apreté el hombro en señal de despedida—. Nos vemos mañana por la noche.

Capítulo XVII

Fuera, foco maldito



—Tengo el honor de presentaros —leyó Jenny ante el micrófono para todo el alumnado— al príncipe y la princesa del Palmetto: ¡Mike King y Natalie Hargrove!

Habían pasado tres horas. Maquillada y con mi vestido largo de color ciruela, me encontraba junto a Mike, de la mano, tras el telón que nos separaba de nuestros compañeros. Ambos llevábamos nuestra reluciente corona. La energía del instituto en pleno me llegaba desde el otro lado del telón. Cuando este se levantase, la multitud armaría un escándalo y Mike me conduciría hasta el centro del estrado para nuestro vals, el baile de apertura. Me moría de ganas por salir.

Sabía que mi ramillete estaba en el escenario, en una urna de cristal iluminada por un foco, para que todo el mundo pudiera aproximarse y admirarlo de cerca. También sabía que, en un reproductor de vídeo situado al fondo de la sala, el asombroso DVD aguardaba su gran estreno.

- —¿Preparada, cielo? —Mike me apretó de la mano.
- —Llevo preparada mucho tiempo —respondí.

Un redoble de tambores ascendió desde el foso de la orquesta y el resplandeciente telón de color púrpura se levantó ante nuestros ojos. Mike y yo parpadeamos a causa de las potentes luces que nos deslumbraban. Contuve el aliento. El gimnasio estaba abarrotado de personas que conocíamos, ahora transformadas con su ropa de gala. Gruesas colgaduras de perlas adornaban el techo, otorgando a la estancia el aspecto de una carpa opalescente. Comenzó la música del vals clásico en el Palmetto, y Mike se giró hacia mí con una sonrisa.

—¿Me concede este baile? —preguntó.

Lo habíamos practicado infinidad de veces: en la habitación de Mike, en los pasillos del instituto y también debajo de las gradas, entre caricias. Pero cuando empezamos a bailar, caí en la cuenta de que no habíamos ensayado ni una sola vez desde lo de J.B. Por un instante, dio la impresión de que ambos nos acordamos a la vez, e intercambiamos miradas con cierto temor. Aunque luego, sorprendentemente, los pasos nos vinieron a la memoria con la misma naturalidad que si hubiéramos estado practicando durante toda la semana, de la mañana a la noche. Las luces eran

tan brillantes que no podía distinguir a nadie entre el gentío; pero me imaginaba sus caras, vueltas hacia arriba y sonrientes, durante nuestro primer baile.

—Un aplauso para la pareja real —instó Jenny cuando el vals terminó. La ovación fue ruidosa y apasionada—. Ahora, os invito a todos a salir a la pista y *a mover el esqueleto*.

Mike me hizo girar en el aire como pirueta final y me echó hacia atrás para besarme.

- —¿Algo de beber? —preguntó.
- —Algo de beber.

Nos encaminamos hacia el fondo de la sala, donde el equipo de bambis que Rex Freeman tenía como protegidas estaba adulterando, como era habitual, los gigantescos cuencos de ponche sin alcohol (elaborado por las encargadas del comedor del instituto).

—Menuda maniobra, Rex —comenté entre risas.

Se encogió de hombros. Tenía las mejillas tan coloradas como su pelo.

—No puedo hacer solo todo el trabajo —replicó—. Un par de copas bien cargadas para el príncipe y la princesa —ordenó a sus empleadas.

Nos entregaron las bebidas y Mike y yo nos sentamos en una tarima y contemplamos la fiesta que estaba en pleno apogeo a nuestro alrededor. Todos nuestros compañeros se habían arreglado al máximo. Las chicas llevaban elaborados peinados y colores llamativos; los chicos vestían elegantes esmóquines con pañuelos de bolsillo que hacían juego con el tono del vestido de su pareja.

—Lo necesitábamos, ¿verdad? —comentó Rex con una extraña nota de sinceridad en la voz—. Después de la semana que hemos pasado, tenemos que relajarnos, ¿eh?

Mike y yo nos miramos y asentimos con un gesto.

Rex nos dio una palmada en el hombro a cada uno.

- —Sois vosotros, chicos, quienes hacéis que las cosas vuelvan a estar bien. Otra pareja de príncipes podría haberse achantado. Pero vosotros os habéis mantenido fuertes toda la semana.
- —Gracias, colega —dijo Mike, colocando una mano sobre la de Rex pero sin dejar de mirarme. Rex bajó la vista y arrastró los pies. Al levantar de nuevo los ojos, había perdido su expresión de seriedad y sus ojos mostraban su habitual brillo travieso.
- —Bueno, me estoy ablandando un poco —comentó—. Voy a ver si vuelvo a ser yo mismo montándomelo con esa bambi de allí.

Una vez que se hubo ido, apoyé la cabeza en el hombro de Mike, que se estaba riendo.

—Mira allí, en la pista de baile. Mis esfuerzos están dando sus frutos.

Seguí la dirección del dedo de Mike y vi a Kate, con un vestido rosa de cóctel, besándose con un jugador de fútbol americano alto y de pelo oscuro, desconocido para mí.

- —¿Quién es? —pregunté.
- —¿Qué más da? —repuso Mike—. No es Baxter Quinn. Rex me ha dicho que Baxter ha tenido el valor de presentarse en el baile...
 - —¿Qué? —pregunté ahogando un grito.
- —No te preocupes —Mike me frotó la nuca—. No llegó a cruzar la puerta. Por lo visto, apestaba a whisky, y Glass le envió directo a su agente de la condicional señaló de nuevo la pista de baile, donde el defensa de fútbol americano estrujaba a Kate—. Da la impresión de que ese tío va a cumplir con su trabajo esta noche.

Todo empezaba a encajar. El agente Parker no paraba de expulsar de la pista a los chicos que alborotaban demasiado, pero al menos nos dejaba un cierto respiro.

Antes de que nos diéramos cuenta, nos llamaron a Mike y a mí al estrado, donde el comité encargado del baile había colocado dos tronos en los que nos sentaríamos para ver nuestra película de *Camino a Palmetto...* o eso creían ellos.

El director Glass salió a escena.

- —Seré breve —dijo con voz monótona.
- —¡Sí, seguro! —gritó alguien desde la pista.
- —Quiero felicitar al alumnado —prosiguió Glass sin hacer caso— por vuestra madurez y delicadeza durante esta semana tan difícil para todos.
 - —¡Ya te enseñaré yo delicadeza, gilipollas! —gritó de nuevo el gamberro.

Madre mía. Yo era la primera en lanzar pullas sobre lo bobalicón que era el director Glass, pero me sorprendía que alguien tuviera semejante osadía. Traté de imaginarme quién sería tan caradura... Más le valía a Baxter Quinn no haber vuelto a escondidas al instituto.

¿Por qué el director no interrumpía su discurso para silenciar al público?

- —Sé que todos seguiremos intentando superar la pérdida de Justin Balmer, cada uno a su manera. Siempre está en nuestra mente, y en nuestro corazón.
 - —¡Y una mierda!

Un momento, yo conocía esa voz. Un tanto infantil, con un ligero timbre nasal. No, imposible. Volví la vista a Mike para comprobar si estaba pensando lo mismo que yo. Me devolvió la mirada y esbozó una sonrisa. ¿Es que no lo oía?

- —Quiero dar las gracias a todos los alumnos por su total cooperación con el agente Parker —continuó Glass.
- —¿Alguien ha pasado ya por un registro corporal completo? —vociferó con tono lascivo la voz entre el público.

Me levanté del trono y di un paso adelante. Tenía que averiguar de dónde procedía.

- —Nat —susurró Mike—. Siéntate. ¿Qué haces?
- —Tengo que encontrarlo —respondí, también con susurros.
- —Ahora no es el momento. Nos encargaremos de A.P. más tarde.
- —No me refiero a A.P. —repliqué—. Esa voz… es la voz de…

J.B.

Atormentada, me tropecé hacia atrás y acabé cayendo a gatas sobre el estrado, justo delante del trono. Justin caminaba hacia nosotros, pero no tocaba el suelo con los pies, sino que se desplazaba lentamente por encima de las cabezas de nuestros compañeros. Era como si una luz emanara de su interior. Y estaba de lo más sexy con su esmoquin. Llevaba un pañuelo en la solapa... del mismo púrpura oscuro que mi vestido.

Alargó las manos como si me las estuviera ofreciendo y, entonces, vi que estaban atadas con una cuerda, y con una larga y espesa rama de musgo. En el hueco de ambas palmas sujetaba un puñado de pastillas.

«Desátame», dijo en silencio, moviendo los labios.

—¡NO! —chillé.

El director Glass se rió por lo bajo frente al micrófono.

- —Venga, Natalie, no seas modesta. He tenido el honor de ver vuestro documental con antelación y estoy en condiciones de afirmar que, esta noche, vamos a ver algo muy especial.
- —Está aquí. Nos está observando —protesté entre gemidos. ¿Por qué nadie hacía nada con respecto a J.B.?—. Va a…

Mike se levantó y me rodeó con el brazo.

—Se refiere a Justin —explicó al público con voz tranquila—. Pues claro, cielo; claro que nos observa esta noche —me dijo con voz dulce, lo bastante alto como para que todo el mundo lo oyera—. Nat está agotada, fuera de sí. Todos lo estamos — añadió Mike mientras afirmaba con la cabeza.

Escuché los murmullos que recorrieron la sala. Una capa de sudor me cubría el pecho, y frente a mí veía estrellas de color rojo. Entre medias, distinguí a J.B., que se cernía directamente sobre nuestras cabezas. Trataba de quitarle la corona a mi príncipe.

—Puedes quedártela —grité, al tiempo que arrancaba la corona de Mike—. Espera, también te puedes quedar la mía.

Para sujetarme la corona al peinado, mis amigas se habían pasado una hora colocando horquillas y habían utilizado un bote entero de laca. Iba a necesitar todas mis fuerzas y la mitad de mis folículos capilares para despegármela de la cabeza.

Pero así me libraría de ella para siempre.

Arrojé las dos coronas, como si fueran fatídicos discos voladores, lo más lejos posible. En medio de silencio sepulcral, aterrizaron con estruendo en el estrado,

frente a nosotros, dando vueltas sin parar.

—No puedo respirar —jadeé, agarrándome la garganta—. Me he quitado la corona, y aún no puedo respirar. ¿Qué más quieres de mí?

Mike me levantó en brazos para sacarme de allí.

—Disfrutad de la película —le dijo al público mientras giraba la cabeza hacia atrás—. ¿Qué te pasa? —me susurró una vez estuvimos solos detrás de la cortina.

Volví la vista al escenario. El director Glass, visiblemente nervioso y con voz entrecortada, advirtió:

—Que todo el mundo permanezca tranquilo.

Mientras tanto, mi corona dejó de rodar y se detuvo en mitad del estrado.

Capítulo XVIII

Aquello que destruimos



—¿Está ahí mi corona? —pregunté el lunes por la mañana a la mujer encorvada sobre el contenedor de basura del instituto. Nunca había visto allí a nadie, salvo a los alumnos; pero me gustaba tener compañía.

Encuentra tu propio cofre del tesoro, princesa —me espetó con un gruñido—.
 Este es mi territorio.

Cuando volvió a introducir la cabeza en el contenedor, me fijé en que llevaba un chándal de nailon que le quedaba grande y las chanclas de usar y tirar que te ponen después de arreglarte las uñas de los pies. Aun así, la envidié por la determinación que su voz denotaba. Esa mujer sabía lo que quería. Sabía lo que le pertenecía por derecho propio. Me recordó a alguien que yo había conocido...

—¡Eh! —se incorporó de repente. Sujetaba en alto la mugrienta raspa de un pescado y la agitó frente a mi cara como quien agita un dedo—. ¿No eres la cría que ganó ese concurso… de reina, o algo así? ¿No deberías estar ahí adentro, en clase?

Aspiré por la nariz, inhalando aquella peste a pescado tan conocida para mí.

- —Estaba buscando mi corona —expliqué—. Se me ha perdido.
- —Toma —soltó una carcajada y hundió la mano en la basura—. Ponte esto.

Sacó un gorro de bufón que alguien había tirado tras la fiesta de Mardi Gras y me lo lanzó. Estaba cubierto de una maloliente pasta verdosa y aterrizó en mi pecho con un golpe húmedo. Me despegué el gorro de mi vieja sudadera del Palmetto y lo sostuve frente a mí.

- —Te favorece —soltó un eructo y volvió a hurgar en una caja de pollo frito tirada en el contenedor—. Si me disculpas, es mi hora del desayuno.
- —Sí, claro —asentí con la cabeza. Oí el timbre, que sonaba en la distancia. Luego me acordé: tenía que ir al instituto.

Yo era Natalie Hargrove, y empezaba mi primera semana como princesa del Palmetto recibiendo consejos sobre moda de una indigente.

- —¡Puf! —exclamé. Solté el gorro y corrí hacia el interior para lavarme las manos.
- —Dios mío, ¿qué es ese olor? —dijo Kate Richards tapándose la nariz cuando irrumpí en el cuarto de baño más cercano.

- —Cerrad el pico, bambis —espeté, metiendo a Kate en el mismo saco que las demás—. Venga, a un lado.
- —Con mucho gusto. Vaya peste —comentó Steph Merritt, apartándose—. ¿Quieres que te preste un cepillo, necesitas algo? —preguntó.

Me miré en el espejo. Tal vez hubieran pasado unos días desde mi última ducha. Mi pelo estaba tan grasiento como para aliñar una ensalada. Y la sudadera, aun con la mancha verde del gorro de bufón, seguía sin combinar con mis vaqueros verde oscuro. Y sabía que si mi madre pudiera ver mi maquillaje lleno de churretes, me castigaría sin salir de casa.

Pero no estaba dispuesta a aceptar la caridad de nadie, ni de las pordioseras de la calle, ni de las bambis con sus cepillos.

—Estoy perfectamente —mentí por centésima vez desde mi crisis nerviosa en el baile del viernes.

Había sido un largo fin de semana. Mike fue a mi casa, pero no quise verlo. El teléfono sonó y lo desconecté. Mamá llamó a mi puerta y la cerré con llave. Lo único que hacía era ver nuestro DVD *Camino a Palmetto* una y otra vez y obsesionarme con la idea de qué habría ocurrido en el baile después de que me hubiera marchado.

Además: no sabía cómo quitarme de la cabeza el hecho de haber visto un fantasma. Parecía que solo era cuestión de tiempo hasta que J.B. regresara para perseguirme otra vez, y para siempre.

Aquella mañana de lunes había llegado con demasiada rapidez, y empezaba a darme cuenta de que, en realidad, yo tenía dos identidades. Por una parte, estaba la Natalie que aquellas bambis tenían delante: andrajosa, fuera de sí y sin bañar. El ángel caído. Y luego estaba mi yo verdadero, al que solo le importaba, le obsesionaba, esperar a que J.B. regresara.

Salí del cuarto de baño y, aturdida, caminé por el pasillo. ¿En serio iba a asistir a mi primera clase, a sentarme, a abrir mi carpeta con el escudo del Palmetto, a tomar apuntes? ¿En serio iba a soportar la máquina de rumores otra semana más?

—Nat —noté que una mano, desde atrás, me daba un toque en el hombro. Era Amy Jane y parecía preocupada—. Te he estado llamando todo el fin de semana.

Asentí en silencio, mordiéndome la lengua.

- —Estoy tratando de organizar una reunión para ver vuestra película de *Camino a Palmetto*, y tengo que saber cuándo estás libre.
 - —No es necesario —murmuré.
- —Sí que lo es. Tú y Mike habéis trabajado mucho, mano a mano. Y que os quedéis sin vuestro gran momento por esa inoportuna bajada de azúcar que tuviste... Mmm, ¿es esa mancha en tu sudadera puré de guisantes?
- —Espera —levanté la cabeza de repente—. ¿Qué has dicho? ¿No proyectaron la película el viernes por la noche?

—Pues claro que no —Amy se encogió de hombros—. No parecía oportuno sin que la pareja real estuviera presente. Después de que te desmayaras, los demás… en fin, se nos cortó el rollo —se inclinó para hablarme—. ¿Te encuentras bien? Te veo las pupilas un poco dilatadas.

—¿Me estás diciendo que Ari no puso el DVD? —agarré las correas de mi mochila en busca de apoyo.

Amy Jane asintió al tiempo que se mordía el labio.

Así que los viejos enemigos seguían en pie. El viernes por la noche no se había conseguido nada. Y ahora, solo era cuestión de tiempo hasta que Baxter alzara de nuevo su cabeza de drogata. Conociendo el frívolo historial de Kate, B.Q. no tendría problema en engatusarla otra vez. Y peor todavía, no contaba yo con garantía alguna con que coaccionar al agente Parker para que arrestara a Baxter en lugar de a mí. El viernes por la noche se había producido un momento perfecto, cuando los astros parecieron alinearse con el fin de mantenernos a flote a Mike y a mí. Por culpa del fantasma de J.B., todo cuanto teníamos a nuestro favor se nos escapó de las manos. Tendríamos que volver a empezar desde el principio. Pero, en aquel momento, supe que no lo conseguiríamos.

—Entonces, te puedo apuntar para el miércoles a las cuatro, el jueves a las seis o el viernes a... ¿Nat? —me llamó Amy Jane mientras me alejaba—. ¿Adónde vas?

Giré la esquina para salir al pasillo donde Mike y sus compañeros del equipo de fútbol americano tenían sus taquillas. La suya estaba vacía.

- —¿Dónde está Mike? —pregunté al siguiente grupo de alumnos junto al que pasé. No conocía sus nombres, pero ellos tenían que conocerme a mí y sabrían quién era mi novio. Sin embargo, en vez de darme alguna respuesta que me pudiera ayudar, el grupo al completo se apartó de mí, nervioso, y se pegó a las taquillas.
 - —No lo sabemos —gritó uno de ellos—. No nos hagas daño.
 - —¿Es que nadie os ha dicho que lo que no sabes sí puede hacerte daño?
- —Señorita Hargrove, una palabra, por favor —era la señora Runner, la secretaria, que inesperadamente había asomado la cabeza por una esquina. Pegué un bote, como si hubiera visto un fantasma, otra vez.
 - —¿Una palabra? —repetí yo—. *Destronada*.
 - —¿Perdón?
 - —¿Es que existe otra?

Se rascó la barbilla.

- —No sabría decir, la verdad. Pero el director Glass quiere verla en su despacho
 —anunció—. Ahora mismo.
- —Yo... —miré por detrás del hombro, a través de las separaciones de cristal de la pecera, y vi al agente Parker entablando conversación con el director. Los acompañaba otro policía.

El corazón me golpeaba en el pecho con tanta fuerza que apenas podía pensar. ¿Se había acabado ya? ¿Lo sabían?

- —No puedo —dije por fin, dando un paso atrás y luego, otro—. Tengo... otra reunión.
- —¿Cómo dice? —preguntó la señora Runner. Por muy ingrato que fuera su trabajo, seguro que no estaba acostumbrada a que los alumnos le dijeran que no.
- —Dígale a Glass que otra vez será —añadí y pasé por su lado a toda prisa—. Lo siento.

En realidad, sí tenía otra reunión. Solo se me ocurría una persona capaz de ayudarme a salir de aquella nube de angustia. Me encaminé a la planta de arriba, al cuarto de baño de las de primero de bachillerato, y subí los escalones de dos en dos.

—Tracy —dije al abrir la puerta de un empujón. Unas chicas que susurraban por lo bajo en un corrillo se separaron y se quedaron mirándome—. Tengo que verte.

De pronto, un montón de cejas adornadas con un *piercing* se arquearon.

Tracy estaba sentada en suelo, con las piernas cruzadas. Se había soltado las trenzas de su larga y negra melena, que ahora rozaba las baldosas. Sus gafas de sol zafiro parecían establecer una barrera más fría de lo normal entre nosotras. Consultó su reloj.

- —Lo siento, va a sonar el timbre.
- —Sáltate la clase —sugerí con voz inexpresiva.
- —Ahora tengo que leerle las cartas a otra persona —explicó con tono gélido—. ¿Y si vuelves durante el almuerzo?
- —Me parece que no; ahora estoy— aquí no me atreví a mirar otra vez al espejo pero, de pronto, me pregunté si el hecho de mantenerme firme y hacer uso de mi privilegio como alumna de último curso resultaba menos efectivo con el mal aspecto que tenía.

Nos sostuvimos la mirada unos treinta segundos, hasta que las otras chicas de primero empezaron a sentirse incómodas; recogieron sus neceseres de cáñamo y se atusaron sus rizos estilo rastafari.

- —¿Sabes qué, Tracy? —dijo Portia Stead mientras encogía sus hombros morenos y desnudos—. Podemos volver en el siguiente cambio de clase.
- —No —respondió Tracy con una nota de nerviosismo—. ¿Por qué no os quedáis…?

Pero, a toda prisa, las chicas salieron en fila del cuarto de baño y Tracy y yo nos quedamos solas.

- —¿Qué te pasó? —preguntó ella. No lo dijo con desagrado, como habían hecho las bambis aquella mañana; ni siquiera como Mike, el viernes por la noche. Tracy preguntaba con sincero desconcierto.
 - —No lo sé —admití yo, dejándome caer sobre uno de los pufs en el suelo. Qué

gusto relajarse, echarse hacia atrás y cerrar los ojos.

—Corta —ordenó.

Cuando abrí los ojos, Tracy sujetaba una baraja de tarot. Yo había presenciado cómo leía las cartas a otras chicas, montones de veces; pero nunca me había atraído la idea. Sus profecías con respecto a mí siempre llegaban de forma verbal. Tracy sabía mejor que nadie en el Palmetto cómo enterarse de los rumores primero y luego examinarlos en busca de mentiras. Si aquel día en particular quería meterse en terrenos más profundos, no pensaba discutir con ella.

Alargué el brazo, corté la baraja por la mitad y aguardé a que colocara las cartas. Había contado con notar una especie de hormigueo mágico al tocarlas, pero fue como si estuviéramos jugando al mus o al póquer.

Tracy dispuso seis cartas en dos hileras de tres. Las miró fijamente unos minutos mientras recorría los bordes con los dedos. Movía los labios, aunque sin emitir sonido alguno. Sonó el timbre y ninguna de las dos se meneó.

—No sé qué has hecho —dijo por fin—. Pero te sientes muy culpable —frunció los ojos y se frotó la frente—. Las cosas te iban bien, pero te aprovechaste de alguien, de una persona vulnerable.

Noté la garganta reseca. No podía tragar. Tracy levantó la vista para mirarme.

- —Nat, no soy yo la que habla aquí, ¿de acuerdo? —carraspeó—. Te estás… eh, te estás quedando sin gente en la que puedas confiar.
- —Bueno, pues dime qué hago —repliqué—. Mira las cartas y dime cómo puedo arreglar las cosas. Aún puedo recuperarlas.

Tracy se mordió el labio.

- —Algunas ya se han ido —anunció con lentitud.
- —Tracy, tienes que ayudarme. Confío en ti.

Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

- —No te puedo decir nada más, Nat. Solo veo lo que está en las cartas.
- —Léelas otra vez —insistí—. Venga, corto otra vez la baraja.
- —Sabes que no funciona de esa manera.
- —No, no lo sé —protesté—. Ya no sé nada.
- —Sí sabes cómo tomar medidas drásticas —manifestó ella—. Eso está claro. Se te ocurrirá qué hacer para salir de esta —ladeó la cabeza—. O puede que no. Pero creo que, esta vez, estás verdaderamente sola.

Un claxon sonó en el exterior y Tracy volvió a consultar su reloj.

—Mira, tengo que irme, en serio —explicó mientras se levantaba.

Pensé en Mike, a quien más o menos había tenido esperando todo el fin de semana. Y ahora que por fin estaba preparada para recurrir a él en busca de ayuda, no lo encontraba por ninguna parte. Necesitaba averiguar si ya no quería saber nada de mí después del viernes por la noche. Para cuando la pregunta hubo tomado forma en

mi mente, Tracy había abierto la ventana y se disponía a salir por ella.

—Espera... —dije elevando la voz.

Fue descendiendo poco a poco por unos ladrillos, se agachó y saltó hasta el suelo, un piso más abajo. Al caer, las gafas de sol se le escurrieron hasta la punta de la nariz. Cuando subió la vista para mirarme, caí en la cuenta de que nunca le había visto los ojos. Sus iris tenían un extraño color púrpura ahumado, y había algo en ellos que resultaba, no sé... brumoso, como las nubes que pasaban por encima de la bahía después de una tormenta.

Me dedicó un largo y exagerado guiño final; luego, se ajustó las gafas sobre sus luminosos ojos. Segundos después, se escabulló entre los cipreses en dirección a la salida.

Una autocaravana blanca estaba detenida en el camino de acceso. Tracy abrió la puerta y se subió. Me encontraba a quince metros de distancia, mirando por una ventana que podría no haberse limpiado en toda la historia del instituto, pero saltaba a la vista que la autocaravana en la que Tracy se había montado era la misma en la que había entrado Slutsky la noche que estuvimos en el bar. El almacén de compraventa de drogas no se quedaba quieto, era evidente. El alma se me cayó a los pies en mayor medida ante la idea de que la máquina de rumores se enterase de que yo había tenido en mi poder las pastillas para la epilepsia de J.B. Me estaba quedando sin agujeros en el cinturón de la paranoia y, peor todavía, me había quedado sin gente a quien recurrir.

No quedaba nadie en quien pudiera confiar, excepto yo misma.

Capítulo XIX

No duermas más



Esta vez no había un rastro de migas de pan, ni calzoncillos estilo *boxer*. Fui a la catarata sola. El encuentro con Tracy aquella mañana, en el cuarto de baño, me había dejado paralizada. Sus ojos turbulentos me perseguían, y mi mente no dejaba de reproducir las profecías que había anunciado. Había acertado con respecto a que Mike saldría elegido príncipe del Palmetto. Había acertado con respecto a que la venganza estaba próxima (aunque al final fue J.B. quien se vengó, y no yo). También había acertado aquel mismo día, al asegurarme que no me quedaba ninguna opción, que estaba completamente sola. La única predicción que aún estaba por llegar era la «caída» que seguiría a la venganza. Me faltaba resolver lo que significaba exactamente, y ello me había conducido hasta la catarata, esa noche.

Volvía a llover, y el empinado sendero colina arriba estaba lleno de barro. Me agarré a las ramas de los cipreses para mantenerme en pie mientras escalaba e iba pisando las plantas carnívoras que alfombraban el camino. Las caminatas a solas por la noche nunca me habían asustado, pero ahora estaba temblando.

Tal vez me ayudaría el recuerdo de que ya no tenía nada que perder.

En lo alto del sendero me recibió el ulular de una lechuza que, encaramada a un abeto, parecía un enorme gato negro. Pasé por debajo de la rama que colgaba a baja altura y entré en la gruta de piedra horadada por el agua. Era la primera vez que me hallaba en la catarata sin Mike y la primera que, según me pareció, la veía como era en realidad. Cuando quedábamos allí, para nosotros solo era un telón de fondo. Aquella noche en particular, el hueco en la piedra me resultaba estrecho, peligroso; me resbalaba y percibía la humedad y el frío.

Me quedé parada junto al borde de la piedra, donde tiempo atrás me encantaba colocarme, descollando sobre Mike, que se ponía nervioso si me acercaba a la orilla lo bastante como para que el agua me cayera sobre el pelo. Ahora, al mirar por el borde, sentí vértigo. Me retiré hacia atrás y me senté para recobrar el aliento.

Allí estaba a salvo. Por fin, sola y a salvo. Era un sentimiento al que me había propuesto acostumbrarme.

Tenía un plan. Sabía qué debía hacer.

Sin embargo, no estaría bien no despedirme de Mike. El corazón me dio un vuelco solo de pensarlo. ¿Cómo podía enfrentarme a él? Y aun así, ¿cómo expresar todo lo que habíamos hecho mal? ¿Cómo justificar dónde había terminado yo después de aquella noche? ¿Cómo advertirle lo que debería hacer a partir de entonces?

Si tratas de entender, lo conseguirás. Siempre tuya, Natalie

Nada de disculpas, pues más que escasas o demasiado tardías, las disculpas suelen resultar inoportunas. Se daría cuenta con la nota que le había dejado en la taquilla. De no ser así...

Ahí estaba su cara. Mike abarrotaba el álbum de recortes que había traído conmigo, en la mochila.

No había tenido intención de abrirlo; era una de esas cosas que no puedes dejar atrás. De pronto, me puse a escudriñar nuestra vida en común, pasando una tras otra las delicadas páginas, buscando alguna clase de respuesta.

Habíamos ido creciendo juntos, abrazados, durante tres años, y por mucho cuidado que yo hubiera puesto en documentar nuestra relación, nunca me había tomado el tiempo suficiente para examinar con detenimiento el álbum una vez elaborado. Resultaba curioso; la mayoría de las fotos se habían tomado desde el mismo ángulo, con la cámara a la máxima distancia que uno de nuestros brazos podía alcanzar. Se diría que habíamos estado tan obsesionados el uno por el otro que nos negábamos a separarnos el tiempo suficiente para que una tercera persona tomara la fotografía.

No sabía cuál de nosotros dos había iniciado el distanciamiento en las últimas semanas. Ahora, lo único que sabía era que hacía frío, y que la incesante neblina de agua empañaba las hojas del álbum, forradas de plástico. Me temblaban los dedos, y se iban volviendo azules a medida que pasaba las páginas. Al final del libro, diez hojas en blanco, señaladas y reservadas para otras fotos nuestras: las que pensaba hacer en el baile del Palmetto, el viernes por la noche.

Pues que se quedaran en blanco. De esa manera, al menos, resultarían más puras. Al menos, no supondrían más que mentiras piadosas sin importancia.

Una vez, en la clase de redacción de tercero de secundaria hicimos un ejercicio. Tenías que imaginar que tu casa estaba en llamas y solo disponías de unos minutos para escapar. ¿Qué cinco cosas cogerías camino a la salida?

Se supone que el ejercicio te hace darte cuenta de lo que más valoras, lo que no puede ser reemplazado. Y sugiere que sabrías inmediatamente, en el ardor del momento, lo que más te importa. Recuerdo que no entendía nada. ¿Por qué tu mundo entero tenía que estallar en llamas para que consiguieras ver las cosas así de claras?

Tiempo atrás, habría llevado conmigo a la catarata mi ramillete del Día del Jazmín, metido en la mochila, arrugado; pero las cosas habían tomado un rumbo diferente al que yo esperaba. Donde ahora me dirigía no habría necesidad de una flor de seda gigantesca, ni de lazos colgantes o el adorno de la corona, tan especial.

Las manos me temblaban. Cerré el libro de recortes y metí la mano en la mochila en busca de algo que, sin ninguna duda, me tranquilizaría.

—Nat, ¿qué haces?

Era Mike. Pasó por debajo de la rama para reunirse conmigo.

- —¿Qué haces *tú*? —repliqué mientras soltaba la mochila.
- —No estabas en el instituto, y tampoco en casa. Tuve un mal presentimiento.

El chubasquero negro de Mike chorreaba cuando se lo quitó y lo arrojó al suelo. Fuera, la lechuza ululante emprendió el vuelo.

—No deberías haber venido —declaré.

Mike suspiró y cruzó los brazos. Se apoyó en la losa de piedra, al otro lado de la cueva. Se encontraba tan cerca que me resultó agobiante; pero, al mismo tiempo, estaba demasiado lejos.

- —Nat, hoy he tenido una llamada —dijo, mirando a todas partes menos a mí—. Era tu padre.
- —Imposible —solté yo. A pesar de las circunstancias, mi mente se aceleró en busca de una explicación rápida, de una salida. Pero estaba muy cansada. Ya no podía más.
- —No estoy enfadado —afirmó Mike. Se sentó junto a mí y me cogió de la mano
 —. Sé que parece de locos, pero por fin cobran sentido un montón de cosas. Incluso entiendo que me mintieras.

Zarandeé la mano para apartarla de la suya.

- —No sabes nada de lo que hice, ni por qué lo hice. No sabes nada de mí.
- —Tu padre me contó mucho más de lo que me habrías contado tú —prosiguió—.
 Dijo que ha intentado volver a ponerse en contacto contigo.

Por un segundo, me pregunté cómo exactamente habría resumido mi padre nuestro sórdido pasado. ¿Le habría hablado a Mike de los dos años durante los que día tras día fingía ir a trabajar en el muelle y acababa desplomado sobre la barra del bar? ¿O lo lejos que había llegado desde el día que sus amigotes de la comisaría le colocaron un par de esposas en las muñecas? Mike sería un novato a la hora de que mi padre lo engañara, pero yo misma me había creído muchas veces sus disculpas, sus juramentos, para luego encontrarme con otra decepción más.

- —No conoces a mi padre —declaré con determinación—. Es un estafador, Mike.
- -Está preocupado por ti -razonó Mike-. En eso coincidimos.

Me levanté y recorrí de un lado a otro el limitado filo de piedra. No daba crédito a que estuviéramos manteniendo semejante conversación. Casi lamentaba que nunca

más fuera a ver a mi padre, que nunca tendría la oportunidad de echarle una bronca por aquello.

—Mike, no debes creerte lo que te diga todo el mundo. No te llamó porque estuviera preocupado por mí —expliqué—. En mi opinión, te llamó porque le llegaron noticias sobre tu fondo fiduciario.

Mike negó con la cabeza.

—Estás alterada —dijo. Trató de rodearme con sus brazos—. Solo estás cansada y alterada.

Lo aparté de un empujón.

—Eres un inconsciente.

Entonces, el rostro de Mike enrojeció de ira y él avanzó hacia mí, dominándome con su altura.

- —¿Yo soy un «inconsciente»? —preguntó—. Yo fui quien quiso confesar lo que ocurrió desde el primer momento. No soy quien se ha pasado la vida huyendo de su pasado.
- —¿Por qué habrías de hacerlo? —espeté—. Eres Mike King. No tienes ni idea de lo que es la necesidad de huir.

Hablando de lo cual...

Hora de irse. Me habría gustado marcharme de Charleston de una manera agradable. Me habría gustado un apacible gesto de despedida en la catarata; pero ahora que Mike había aparecido y había convertido mi deseo en una imposibilidad, solo quería largarme lo antes posible. Recogí del suelo mi mochila, donde metí el álbum a empujones.

- —¿Qué es eso? —preguntó Mike, quitándomelo de las manos. El álbum se abrió por una fotografía de nosotros dos en aquel mismo lugar, en un momento de nuestra relación mucho más inocente. Levantó la vista y me miró. Sus ojos se cuajaron de lágrimas—. ¿Por qué lo has traído? —preguntó—. ¿Qué más llevas en esa mochila?
 - —Nada —mascullé—. Déjame sola, ¿quieres?
- —Natalie, ¿qué pasa? —agarró la mochila que me colgaba del hombro, pero yo sujeté con fuerza las correas. Tras unos segundos de tira y afloja, noté que la cremallera se rompía. Se dividió por la mitad, dejando al descubierto cuanto contenía a través de un hueco que recordaba a las mandíbulas de una planta carnívora de color púrpura. Unos veinte paquetes de Juicy Fruit rebotaron en todas direcciones y ahogué un grito cuando lo único que en realidad no quería que Mike viera salió disparado por el aire y aterrizó a sus pies.

Se agachó para cogerlo. Contuve el aliento. Tragó saliva al recorrer con la vista el billete de autobús para Nueva York, solo de ida.

Frunció el ceño. Consultó su reloj y dijo:

—Vas un poco justa para la hora de salida, ¿no crees?

-Mike.

Di un paso hacia él, pero me apartó de un empujón. Tropecé hacia atrás y me choqué contra la pared. Al empujarme, sus manos en el torso me resultaron bruscas.

—Déjame adivinar —dijo con un veneno en la voz desconocido para mí—. Te crees que no lo entiendo, ¿eh? La atormentada y compleja Nat y su novio incauto y con un fondo fiduciario. ¿Es eso lo que piensas?

Tiempo atrás, me habría lanzado sobre él y le habría suplicado que uniese sus labios a los míos para que dejáramos de decir cosas que no sentíamos. Lo horroroso era que, para entonces, sí sentíamos todo cuanto estábamos diciendo.

- —Déjame sola —dije yo—. Suelta mis cosas y déjame sola.
- —No —dobló el billete y se lo guardó en el bolsillo—. ¿Crees que puedes desaparecer así, por las buenas, y que lo que hicimos desaparecerá también? No permitiré que me abandones, Nat. Dadas las circunstancias, no.
- —Te irá mejor sin mí —dije, aunque lo que quería decir era que a ambos nos iría mejor. Nadie acusaría a Mike estando solo, y quizá en algún lugar, muy lejano, también habría un nuevo comienzo para mí—. Dame el billete —exigí alargando la mano.

-No.

Mike cruzó los brazos sobre el pecho. No tuve otra elección. Me lancé a él una última vez. Y, una última vez, me empujó hacia atrás.

Solo que en esta ocasión me empujó con la fuerza suficiente para que el resultado fuera distinto. En esta ocasión, seguí tropezándome hacia atrás hasta que ya no había más suelo sobre el que tropezar. Mi pie se quedó en el aire, por encima del borde de la cascada, y Mike y yo nos miramos a los ojos.

Lo supimos. En ese mismo instante, los dos supimos exactamente lo que iba a ocurrir.

Alargó la mano en busca de la mía. Demasiado tarde.

En cierta manera, siempre había sido demasiado tarde para Mike y para mí. Por descontado, yo había intentado empezar de nuevo cuando me trasladé a vivir al distrito de Palmetto, pero supongo que el pasado de algunas personas es demasiado potente. El mío tenía la costumbre de perseguirme. Solo podía luchar contra él hasta cierto punto, antes de que me arrastrara.

Cuando llegó el momento, dejé que sucediera. Se podría decir que incluso me alegré al caer, con tanta elegancia como pude acopiar, a través de la cortina de agua helada y, acto seguido, me desplomé con ella. Hasta llegar a la charca negra, inmóvil, de más abajo.

Capítulo XX

Novicios en la acción



Hay quien dice que la vida pasa a toda velocidad por delante de tus ojos justo antes de que mueras. En mi caso, recordé un solo momento. También había agua, pero la caída fue diferente.

Tenía trece años y estaba a punto de ir a nadar desnuda por primera vez.

—Date prisa —llamó Sarah desde el otro lado de los arbustos de cicuta—. Entraremos en calor al meternos en el agua.

Sarah había dejado su ropa amontonada a mi lado. Bajé la vista a su transparente sujetador rosa, sus vaqueros cortados, la camiseta blanca sin mangas que había comprado en un paquete de tres en la tienda del barrio. Me imaginé el aspecto que debía tener al otro lado del matorral, desnuda, con la excepción de unas chanclas y el collar de dientes de tiburón que siempre llevaba puesto. Bajo la luz de la luna, el tatuaje en la parte baja de su espalda resaltaría en contraste con su pálida piel. Estaría tiritando y ciñéndose el cuerpo con los brazos. Se le notaba en la voz que estaba deseando lanzarse al agua, con los chicos.

Yo estaba nerviosa. Nunca había visto a esos chicos que Sarah había conocido en el aparcamiento del cine, al otro lado de la ciudad, una noche que había salido con otro. Por la manera en la que contaba la historia, uno de ellos bajó la ventanilla de su Chevrolet Camaro y Sarah se metió en el coche a través del hueco, antes incluso de que el chico terminara de pedirle que abandonara a su pareja a cambio de otra más emocionante.

—Estamos hablando de chicos de Palmetto —me había contado aquella noche por teléfono—. Conducen rápido, hablan rápido y se mueven rápido. No se parecen a nadie que conozcamos.

No tardó mucho en convencerme de que la acompañara a reunirse con ellos detrás de una de las mansiones de La Ensenada. Quienquiera que fuese el dueño, ni siquiera era su residencia habitual, me contaba Sarah, entusiasmada; era una casa de fin de semana, de las que solo poseían las estrellas de cine.

Tuvimos que hacer autostop para llegar. Llevábamos nuestros trajes de baño y nuestra ropa más especial en una bolsa de playa, para que nadie de nuestro barrio

diera importancia al hecho de vernos en la calle. Una cosa era escaparse a escondidas y quedarse en Cawdor; cruzar al distrito de Palmetto era otra historia. La gente podría imaginarse que te creías por encima del barrio del que procedías.

Los chicos nos superaban en número. Eran más corpulentos y mayores que nosotras, y cada uno de sus trajes de baño debían de costar el doble que el mío y el de Sarah juntos. Me avergonzaba de mi bañador de imitación, de una pieza y color liso, con la espalda de nadadora que me hacía parecer aún más plana de lo que era. Sarah me lo notó en la cara.

—Tengo una idea —dijo con voz cantarina.

Veinte minutos más tarde, aún estaba esperando a que yo acopiara el valor para desnudarme y reunirme con ella en el muelle. Íbamos a quedarnos ahí de pie unos minutos, bajo la luz de la luna, y luego nos zambulliríamos en el agua, a la distancia suficiente de los chicos para parecer pequeñas siluetas, el tiempo suficiente para que captaran lo esencial.

Por fin, volvió sobre sus pasos a través de la cicuta, me agarró de la camiseta y me la sacó por la cabeza de un tirón.

—¡Eh! —bromeé yo—. Creí que te gustaban los tíos.

Las dos nos doblábamos de risa mientras me desabrochaba la cremallera de los vaqueros y me los sacaba de las piernas a sacudidas.

- —Menos mal que te has decidido de una puta vez —esbozó una amplia sonrisa y me miró de arriba abajo mientras yo, tiritando, me rodeaba el cuerpo con los brazos —. Espléndida. Bueno, ¿cuál de los chicos te pides? Yo voy a empezar por Tommy.
 - —¿Empezar? —me eché a reír.
- —La noche es joven, cariño —se encogió de hombros con gesto teatral. Comenzaba a darme cuenta de por qué mi madre y sus amigas llamaban «puta» a la madre de Sarah, calificativo que se tardaba mucho en adquirir, sobre todo en los círculos de amistades que mamá frecuentaba en el camping para caravanas. Pero, para mí, el entusiasmo de Sarah era más bien una ofensiva. Era la única chica de cuantas conocía que parecía mantener el control de lo que hacía con su cuerpo. Si deseaba algo, lo conseguía. Era casi como un tío.

Me di cuenta de que me miraba fijamente, esperando a que me pidiera el chico que quería en primer lugar.

- —Pero es que no conozco a ninguno —alegué—. ¿Cómo se supone que voy a elegir?
- —Bien pensado —convino ella—. Los conocerás en el agua; será más sexy. Primero un sondeo y luego, eliges, ¿vale?

Asentí con la cabeza, forzando una sonrisa.

—Quédate a mi lado, Tal —dijo mientras me conducía a campo abierto—. Te enseñaré todo lo que tienes que saber.

Me quedé a su lado, y ella me lo enseñó. Al menos, durante un rato.

En cuanto el primer chico nos vio desnudas en el muelle, preparadas para lanzarnos al agua, se produjo una ráfaga de chapoteos mientras el grupo al completo se acercaba a nado para reunirse con nosotras. Sarah y yo unimos nuestras manos, las levantamos hasta arriba y nos zambullimos juntas en el agua.

Cuando salí en busca de aire, me encontré cara a cara con un chico rubio que se mantenía a flote en posición vertical. No lo había visto antes, con los demás. Sin decir una palabra, se acercó, me pasó la mano por la cara y me besó.

- —Soy Justin —dijo—. Llámame J.B.
- —Natalie —respondí, falta de aliento y tratando de mantenerme a flote—. Todo el mundo me llama Tal.
 - —Tienes una cara preciosa, Tal —dijo él—. Y un cuerpo muy indecente.

Solo me habían besado dos veces antes, y nunca nadie cuyo nombre desconociera y, sobre todo, nadie me había hablado de aquella manera. Y allí estaba ese chico, varios años más joven que los demás —puede que tuviera mi edad—, que actuaba como si él mismo hubiera redactado las nuevas reglas.

—¿Qué tal si te enseño mi lancha? —preguntó—. Creo que te gustará.

Volví la vista hacia Sarah, que chapoteaba alegremente con uno de los chicos, saltando y echando la cabeza hacia atrás. Me miró a los ojos y me hizo un guiño.

—De acuerdo —le dije a Justin.

Me cogió de la mano debajo del agua y nadamos hacia un muelle privado donde varias lanchas motoras relucientes estaban atracadas en hilera. Justin se impulsó hacia arriba por un costado de la lancha y salió del agua. Sin poder evitarlo, clavé la vista en su cuerpo mientras levantaba un asiento para coger una toalla del compartimento que ocultaba. Me pilló mirando y, cuando bajé la cabeza, dijo:

—Tranquila. Mira todo lo que quieras. Tengo la intención de hacer lo mismo dentro de un minuto, cuando te ayude a subir.

Seguía ruborizada cuando bajó los brazos y, cogiéndome de ambas manos, me subió a la lancha. Ahogué un grito al notar el aire frío en mi piel mojada, y también al darme cuenta de que estaba completamente desnuda y completamente sola con un desconocido, en el otro extremo de la ciudad.

- —Mmm, ¿dónde estará la otra toalla? —bromeó mientras se rascaba la barbilla.
- —Ay, por Dios —dije mientras me tapaba con las manos, a medias aterrorizada y a medias, eufórica—. Mejor será que me des tu toalla, ahora mismo.

Empezamos a forcejear hasta que me resbalé, y Justin aterrizó encima de mí con un golpe sordo. Volvió a besarme mientras me acariciaba la mejilla con dos dedos.

- —¿A qué colegio vas? —preguntó.
- —¿En serio te apetece hablar del colegio? —pregunté entre risas—. ¿Ahora?
- —Supongo que quiero llegar a conocerte. No sé —ahora le tocaba a él sonrojarse.

El agua se agitaba bajo la lancha, lo que me producía un ligero mareo. Pero era un mareo de los buenos.

—¡Por Dios! —masculló una voz a nuestra espalda—. Más vale que avisemos a ese tortolito de ahí.

Me aparté de golpe, tapándome con la toalla en la medida de lo posible. Dos chicos del grupo estaban de pie, mirándonos desde arriba, ambos chorreando, ambos con expresión socarrona. De pronto, no me sentí nada a gusto, desnuda en aquella lancha.

—Estas chicas no están aquí para charlas, hermanito —dijo el más alto de los dos. Se parecía a Justin, y era unos años mayor que él. Debía de ser Tommy—. Están aquí para echar un polvo; luego, se vuelven a casa.

Ahogué un grito y los tres se volvieron a mirarme.

—Ahh —dijo el otro chico. Su pelo oscuro y mojado le caía por encima de los ojos—. Me gustan las pordioseras cuando se hacen las inocentes.

Tommy asintió.

—Será más guapa de cara, pero es tan zorra como Slutsky, que anda por ahí.

Volví la vista hacia donde había dejado a Sarah. Escuchaba su risa de «me-lo-estoy-pasando-en-grande», que resonaba a través del agua. Y ahí estaba el chico por el que habíamos recorrido treinta kilómetros, llamándola zorra a sus espaldas.

- —Lo que tú digas —atajó Justin—. Estamos pasando el rato, ¿vale?
- —Date la vuelta, gentuza —me dijo Tommy.
- —Se llama Tal —indicó Justin.
- —He dicho que te des la vuelta, gentuza —ordenó Tommy en voz más alta—. Quiero ver tu sello de golfa.
 - —¿Qué? —pregunté.
- —Todas las golfas de Cawdor llevan el mismo puto tatuaje, justo encima del culo. Así los chicos como nosotros sabemos dónde apuntar cuando tenemos que...
 - —Tranquilo, Tommy —interrumpió el otro chico.
- —Si mi hermano pequeño va a empezar a frecuentar amistades peligrosas, primero tiene que entender unos cuantos asuntos —insistió Tommy—. Veamos la prueba instrumental «A».
 - —No tengo un tatuaje —declaré.
- —No me jodas —replicó Tommy mientras me escudriñaba—. ¿Es que Slutsky nos ha traído una cría? Vaya novedad.
- —Solo es cuestión de tiempo —se mofó el otro chico, y entrechocó los puños con Tommy.

Este se giró hacia Justin.

—Acuérdate, estas chicas sirven para tres cosas —mientras hablaba, Tommy levantó tres dedos—. Desnudarse, sacarte todo lo que puedan y convencerte para que

las lleves de vuelta al otro lado del puente.

Entonces, Justin volvió los ojos hacia mí y su mirada era diferente, como si me culpara tanto por que ambos estuviéramos allí como por tener que escuchar aquella charla.

- —Sí —repuso con voz fría—. Ya lo sé.
- -¿Qué? —susurré yo.
- —Cuando te pongan ese tatuaje de zorra, avísame —dijo Justin, que se ganó una ovación por parte de los dos chicos.

Me lancé hacia él, sin un plan concreto, consciente de que todo cuanto Justin Balmer me había dicho para engatusarme era mentira. Pero antes de alcanzarle, Tommy me agarró por las muñecas.

—Vaya —se burló—. La niña se pone guerrera. No te preocupes, cariño —dijo con voz melosa y un tono que rezumaba condescendencia. Acto seguido, agarró mi toalla a la altura de la cintura y empezó a tirar—. A ver, deja que te enseñe cómo se hace.

Presa del pánico, volví los ojos a Justin. Él apartó la mirada. Antes de que Tommy pudiera acabar de destaparme, canalicé todo mi miedo, toda mi humillación, y le entregué la toalla al tiempo que lo empujaba violentamente.

No me quedé para observar cómo tropezaba hacia atrás. Desnuda, me zambullí en el lago dejando que el agua fría y oscura me limpiase las lágrimas. Me olvidé de Sarah; me olvidé de mi ropa. Solo quería recorrer a nado el camino de regreso a casa.

Para cuando comencé tercero de secundaria en el Palmetto, había pasado por cosas mucho peores que aquel momento en el muelle. Tenía el pelo más largo, la piel más gruesa, un código postal y un fondo de armario como era debido, además de un apodo diferente, y todo para demostrar que había dejado atrás mi pasado, por completo.

Pero la primera vez que vi a J.B. en los pasillos de mi instituto nuevo, volví de golpe a aquel muelle privado, completamente expuesta, completamente indigna.

Pasó a mi lado por el pasillo; luego, se giró para volver a mirarme.

—Me suenas —dijo frunciendo los ojos—. ¿Nos conocemos?

Epílogo



Hubo un tiempo en que te imaginabas tu despedida del instituto con un final de cuento de hadas. Las inocentes bagatelas te seducían con tanta facilidad. Sucumbías tan rápidamente a los agentes de las tinieblas, mientras masticabas tu Juicy Fruit en la creencia de que te encontrabas en la cima del mundo.

Pasaron casi una semana buscando el cuerpo de Natalie Hargrove, y el mismo tiempo dedicó Dotty Perch a rezar por el alma de su hija. Agotó caja tras caja de pañuelos de papel, flanqueada por Darla y Dick, en el sofá de la hacienda de estilo mexicano a la orilla del lago. Dick le peinaba el cabello con los dedos, le preparaba la cuarta taza de café descafeinado con sabor a avellana. Nunca conseguiría borrar lo que le había ocurrido a la única hija de Dotty. El mal estaba hecho. La batalla, ganada y perdida. Pero por fin ella contaba con alguien que la cuidara, y con una casa construida a partir de toda una vida de codicia. Finalmente encontraría la felicidad. A ti te ocurriría lo mismo, en su lugar.

Doble D era otra historia. Trataba la antigua taquilla de Natalie como su muro de las lamentaciones particular. Con sus dedos rechonchos arrancaba el cartel pegado con celo sobre la puerta roja.

El cartel rezaba: «Kate Richards, de dama de compañía a princesa. Descubre a la nueva estrella del Palmetto».

Dado que el hueco que había dejado Natalie Hargrove lo había ocupado con tanta facilidad Kate Richards, se podría haber esperado ver a la nueva estrella del brazo de un príncipe apellidado King. Pero nadie del Palmetto había visto a Mike, o había tenido noticias de él desde el trágico accidente de Natalie. Quizá, después de todo, alguien había utilizado cierto billete de ida a Nueva York...

De vuelta al Palmetto, el agente Parker llevó a cabo un descubrimiento personal. El poli por fin se había decidido a vaciar la taquilla de Justin Balmer. En el interior, encontró un casco de fútbol americano, calcetines, calzoncillos ajustados. Y un estuche de cremallera.

Dentro del estuche, había un montón de fotografías.

De Natalie Hargrove.

Natalie, sirviendo limonada en la fiesta para recaudar fondos de tercero de secundaria.

Natalie, junto al asta de la bandera; se reía y echaba la cabeza hacia atrás, y el sol

relucía en su melena larga y oscura.

Natalie y su vestido lila de pedrería, que brillaba bajo la bola de nieve gigante en la fiesta de gala del curso anterior.

Y muchas más fotos de Nat que abarcaban los cuatro años que ambos llevaban en el Palmetto.

Prueba de que J.B. guardaba secretos que nadie sabía; enterraba verdades tras sus ojos verde esmeralda. Prueba de que las cosas no siempre son lo que parecen.

Hubo un tiempo cuando imaginabas que podías ser quien te propusieras. Que podías conseguir que el chico adecuado te amara y te rescatara de tu destino. Que podías engañar a todos y olvidarte de tu pasado.

Cuánto te esforzaste por conseguir todo lo que querías.

Con qué crueldad el destino, al final, te traicionó.



LAUREN KATE. (21 de marzo de 1981, Dallas, Texas, Estados Unidos) es una escritora estadounidense de literatura juvenil de ficción, creció en Dallas, fue a la escuela en Atlanta, y comenzó a escribir en Nueva York. Sus libros han sido traducidos a más de treinta idiomas. Vive en Laurel Canyon con su marido y le encantaría trabajar en un restaurante de cocina y aprender a surfear.

Notas

[1] Extensa región de los Estados Unidos donde el cristianismo evangélico tiene un profundo arraigo social. (N. del T.) <<

[2] De *slut*, «zorra» en inglés. (N. del T.) <<